

#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

SYLVIA DAY



aftershock
Arriésgate...



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Nunca mezcles los negocios con el placer. Nunca metas la política en el dormitorio. En cierto modo, yo había hecho ambas cosas al aceptar a Jackson Rutledge como amante. No puedo decir que no estuviera advertida.

Dos años después, Jax había regresado. Se había entrometido en un trato que me había costado mucho cerrar. Pero desde su marcha yo había aprendido una o dos cosas bajo la tutela de Lei Yeung, una de las empresarias más sagaces de Nueva York. Ya no era la chica ingenua que había conocido Jax. Él, en cambio, seguía siendo el mismo. A diferencia de la última vez, yo sabía exactamente a qué atenerme... y sabía lo adictivas que podían ser sus caricias.

Jax estaba en su elemento en las altas esferas donde se mezclaban el glamour, el sexo y la riqueza. Pero esta vez yo conocía las reglas del juego. En el implacable mundo de los negocios imperaba una máxima por encima de todas: mantén cerca a tus enemigos, y a tus ex-amantes, aún más cerca.

L  **LIBROS**

Sylvia Day

Aftershock

Afterburn & Aftershock - 2

Capítulo

1

—Ese hombre está como un tren. A mí, que me tome nota cuando quiera.

Miré con el ceño fruncido la tele de mi habitación de hotel mientras sacaba mis cosas de aseo. No sabía por qué había puesto un magazin de mediodía, pero desde luego no esperaba ver en pantalla al hombre del que estaba enamorada, ni oír como las glamurosas presentadoras hablaban con fruición de lo bueno que estaba.

—Quizá ponga cuartos oscuros en cada restaurante financiado por Pembry —comentó la otra.

Meneé la cabeza y entré en el cuarto de baño. Todavía me dolía que Jax hubiera invertido en Pembry Ventures. No estaba segura de haberlo perdonado por haberme hecho esa faena. Quizá no debía tomármelo como algo personal, quizá fueran solo negocios, pero hay cosas que no se le hacen a alguien a quien quieres, y fastidiarle el trabajo (un trabajo que, además, adora) es una de ellas.

Estaba decidida a descubrir el motivo. Y a hacerle pagar por ello. El hecho de que yo estuviera enamorada de él no cambiaba eso. Ni nada, quizá.

Acababa de colgar mi bolsa de maquillaje del toallero cuando empezó a sonar el teléfono de la habitación. Sabiendo que seguramente yo tardaba mucho más que Chad en deshacer el equipaje, deduje que estaría listo para bajar a ver las obras de su restaurante, en el mismo hotel donde nos alojábamos. El Atlanta Mondego iba camino de convertirse en un Destino turístico con mayúsculas y, para demostrarlo, pronto tendría las suelas de mis Jimmy Choo llenas de polvo.

Levanté el teléfono que había en la pared del baño, me lo puse en el hueco del cuello y dije:

—Hola. ¿Ya estás listo?

—¡Maldita sea, Gia! ¡Enciende tu móvil!

La voz honda y sensual de Jax se deslizó por mis sentidos, llevando consigo una ráfaga de recuerdos apasionados y entrañables. Al pensar que se había tomado la molestia de buscarme, sentí dentro de mí un cosquilleo de placer. Jackson Rutledge era un tipo muy ocupado que podía escoger a la mujer que quisiera. Que me siguiera por todo el país era completamente innecesario. Y muy halagüeño.

Me apoyé contra la encimera del baño.

—Noticia bomba: te estoy evitando.

—Pues te deseo suerte.

Apreté los dientes. ¿Y qué, que fuera un monstruo en la cama? ¿Y qué, que me alegrara de oír su voz? Seguía estando furiosa con él.

—Voy a colgar.

—No puedes huir de mí —dijo con voz crispada—. Y no me vengas con el rollo que me soltaste ayer. Tenemos que hablar.

—Estoy de acuerdo, pero eso suele significar que tú me dices que solo podemos follarse y que no me das ninguna explicación de por qué. No tengo paciencia para correr en círculos. A menos que tengas respuestas concretas, no pienso darte más tiempo.

—Vas a darme mucho más que tiempo, Gia.

Sentí un escalofrío. Conocía aquel tono. Era como si dijera «te voy a follar hasta que no puedas más».

—Que te lo has creído.

—Estoy a punto de aterrizar, Gia. Nos vemos en el hotel dentro de una hora.

—¿Qué? —mi pulso dio un brinco traicionero de emoción. Mis impulsos sexuales corrían a mil por hora desde que me había separado de él la noche anterior. Estaban ansiosos por cruzar la línea de meta—. ¡No puedo creer que me hayas seguido hasta Atlanta! ¿Cómo demonios has sabido dónde estaba?

—Por tu cuñada.

Denise iba a oírme. Estaba al tanto de todo, lo que significaba que lo había hecho a propósito.

—Pues da media vuelta y vuelve a casa. Estoy trabajando, Jax. Y en cuestiones de trabajo, no me fío de ti.

Noté por cómo tomaba aire que había puesto el dedo en la llaga.

—Está bien —replicó—. Mandaré un coche a buscarte. Nos vemos en mi hotel.

—Hoy tengo cosas que hacer. Ya te avisaré cuando tenga un rato y encuentre un sitio neutral donde podamos vernos —un bar, quizá, o incluso un centro comercial. Algún lugar donde no hubiera demasiada intimidad. Por desgracia no podía fiarme de mí misma estando con él, ahora que sabía lo que sentía por mí.

—En mi hotel, Gia —repitió—. Por estar en un sitio público no vas a salvarte. No sé dónde será, pero vamos a follarse como locos y sin prisas. Así que será mejor que, de paso, no acabemos en la cárcel y saliendo en los periódicos, ¿no te parece?

—En serio, deberías mirarte lo de tu ego.

—Nena, me pondré de rodillas si es necesario.

Ahora fui yo quien contuve la respiración. Sabía cómo minarme, cómo llegar hasta mí y dejarme indefensa. Intenté hacer lo mismo con él.

—Dime que me quieres, Jax.

Hubo un momento de silencio.

—Nuestro problema no es que nos queramos.

Colgó y yo me quedé con el teléfono en la mano. Como de costumbre.

—Por fin empieza a parecerme real —comentó Chad al pasear la mirada por la zona en obras.

Sonrei.

—Qué bien.

Tomó mi mano y la apretó. Había ido a mi encuentro en la obra, con una camisa de vestir con el cuello abierto remetida en unos vaqueros anchos. Llevaba el pelo castaño rojizo un poco largo, y el flequillo le caía sobre la frente y enmarcaba sus increíbles ojos verdes. No había duda al respecto: Chad Williams estaba buenísimo.

Al entrar había llamado la atención de muchas mujeres, pero no les había hecho ni caso. Yo confiaba en que siguiera así al menos hasta que abriera el primer restaurante. Había visto a unos cuantos cocineros volverse demasiado engreídos por exceso de atenciones, y sus negocios habían sufrido las consecuencias casi inmediatamente.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó, volviéndose para mirarme.

—La cadena hotelera estaba esperando los contratos firmados para empezar con la obra en serio —expliqué—. El arquitecto va a rehacer el diseño original para dar cabida a tres chefs. Cuando des el visto bueno y estemos de acuerdo, firmaremos y se pondrán manos a la obra.

—Dios mío —soltó un soplido y sonrió—. Estoy deseando verlos.

—Mañana echaremos un vistazo a los planos actuales. Así nos haremos una idea de cuál va a ser la disposición. Cuando volvamos a Nueva York, os reuniremos a Inez, a David y a ti para empezar a planear el duelo de menús. Convendría incluir variantes regionales, dependiendo de dónde esté cada hotel.

Chad asintió con la cabeza.

—¿Hasta qué punto podrá intervenir la cadena en el proceso?

—En la confección de los menús, mucho —contesté con franqueza—. Les escogimos por su talento y tenemos que dejarles hacer lo que se les da mejor. Pero, aparte de eso, la última palabra la tienes tú. Aquí, el cocinero famoso eres tú. De momento, tienen que tenerte en palmitas.

Esbozó una mueca de fastidio.

—Espero que eso no cause problemas.

—Sospecho que será más fácil que trabajar con tu hermana.

—¡Ja! Eso no lo dudes.

Bromeaba, pero vi un asomo de tristeza en sus expresivos ojos. Todo habría sido mejor, en general, si Stacy hubiera seguido adelante y hubiera acometido con él aquella empresa. Jax había contribuido a la ruptura entre los hermanos, lo cual no dejaba de resultar irónico teniendo en cuenta lo mucho que hacía por su propia familia.

—¿Habéis vuelto a hablar desde que se anunció lo de Rutledge Capital y Pembry Ventures? —pregunté con delicadeza.

Su boca se adelgazó.

—¿Para qué? ¿Para que se jacte?

—Para felicitarla. Ya sabes, para tenderle la rama de olivo.

—Se comportaría como una cretina si lo hiciera.

—Puede ser —le puse la mano sobre el hombro—. Pero te sentirás mejor si lo haces. Y más adelante, cuando entre en razón, podrás reprochárselo.

Aquello le hizo soltar una carcajada.

—Me lo pensaré.

—Mientras tanto, ¿tienes hambre?

—Un hambre de lobo. Vamos a comer —me tendió el brazo y lo acepté—. Por aquí hay un montón de sitios estupendos donde comer pollo frito y gofres.

—¿Pollo frito y gofres? ¿Al mismo tiempo?

—Es una combinación deliciosa, cariño. No sabes lo que te pierdes hasta que no la pruebas.

—Pues a mí creo que me mataría. O al menos me haría engordar otros cinco kilos que no me hacen falta.

Chad se llevó mi mano a los labios y me besó los nudillos.

—En ese caso, yo te ayudaré a perderlos.

—Eres un diablillo, Chad Williams —lo regañé con una sonrisa. Sus coqueteos inofensivos eran agradables si lo comparaba con Jax, tan peligroso en todos los sentidos.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Que conste que Lei me dejó caer que había algo entre Jackson Rutledge y tú.

Me tensé, sorprendida, y al instante me di cuenta de que Lei había hecho bien. Era preferible aclarar aquella cuestión enseguida a que Chad se enterara más adelante y creyera que se lo habíamos ocultado a propósito.

—Salimos juntos una temporada, hace un par de años.

—¿Y ahora? —me miró—. ¿Fue él quien te mandó las flores?

—Sí. Ahora es... —me lo imaginé en su avión privado, yendo detrás de mí. Ansioso por verme. Por acostarse conmigo—. Ha vuelto a aparecer en mi vida y se ha inmiscuido en mi trabajo, lo cual no me agrada en absoluto.

—¿Qué, exactamente? ¿Lo personal? ¿Lo profesional? ¿Ambas cosas?

—Mi trabajo es mi vida —contesté mientras salíamos a la calle y hacíamos señas a un taxi—. A ti no puede causarte más problemas, Chad. Inez, David y tú tenéis un contrato con Mondego. Esto sigue adelante.

—¿Y a ti? ¿Puede causarte problemas?

—Por mí no te preocupes.

Me rodeó los hombros con el brazo y me apretó.

—Claro que me preocupo por ti. Eres mi billete de la suerte.

Le di un empujón con la cadera.

—¿Tu billete hacia dónde?

—Como si no lo supieras, Gianna querida. Hacia la riqueza y el estrellato.

Tuve que reconocer que el pollo frito sureño con gofres estaba delicioso. Comí más de lo que debía y volví a mi habitación prácticamente bamboleándome, o eso me pareció. Me moría de ganas de echarme una siesta, pero a las tres y media teníamos una reunión con el director del hotel, y me preocupaba estar todavía sacudiéndome las telarañas del sueño a esa hora. No era una reunión importante, solo un encuentro de cortesía para tomar café, pero los negocios eran los negocios.

Abrí mi portátil, me senté a la mesa y eché un vistazo a mis e-mails. Contesté a dos de Lei sobre David Lee antes de abrir el de Deanna Johnson que había visto nada más abrirse la bandeja de entrada. Saqué el móvil del bolso, lo encendí y marqué el número que aparecía bajo la firma de la periodista. Hice caso omiso de los avisos de mensajes de voz y sms que había recibido de Jax.

—Deanna Johnson —contestó enérgicamente.

—Hola, soy Gianna Rossi —tenía abierto su perfil de LinkedIn en una pestaña de mi buscador, pinché en él y eché un vistazo a su foto. Era morena, guapa, con el pelo largo y ojos oscuros. Vincent y ella habían hecho muy buena pareja cuando habían salido juntos. El cabello oscuro de ambos formaba una especie de sincronía visual. No habían durado mucho. Claro que a Vincent rara vez le duraba mucho una novia. Le gustaban las relaciones estables, pero trabajaba tanto en el Rossi que difícilmente podía tener pareja.

—Hola, Gianna, ¿cómo estás?

Me apoyé en el cabecero de la cama y estiré las piernas, quitándome los zapatos.

—Bien, ¿y tú?

—Buscando una historia, como siempre —su voz cambió, se volvió más reconcentrada—. Vincent me ha dicho que querías que me informara de algo...

—Sobre Jackson Rutledge.

—Sí. Eso dijo —resopló—. ¿Te importa decirme por qué?

—Hemos estado... viéndonos.

Se rio suavemente.

—¿Un millonario enigmático, con más secretos que dólares? Conozco a los de su especie.

Me pellizqué el puente de la nariz, consciente de que sería mejor para mi cordura olvidar todo aquello. Pero sabía también que no lo haría.

—Solo quiero hacerme una idea más precisa sobre él. Necesito saber si estoy perdiendo el tiempo planteándome siquiera intentar que las cosas funcionen.

—Seguramente —contestó sin rodeos—. ¿Qué te interesa exactamente? No

soy detective privado, y hay un montón de libros por ahí sobre la familia Rutledge y sus diversos miembros. Buscando en Google puedes encontrar información sobre sus exnovias, por ejemplo.

—No, no es eso lo que me interesa. Quizá no puedas ayudarme. Puede que esté buscando algo que solo él puede contarme —suspiré—. No entiendo por qué es capaz de hacer cualquier cosa por su familia si no se parece a ellos, o no siempre. Desde luego, se pasa la vida advirtiéndome en su contra, alejándome de ellos. Creía que me mantenía oculta como si fuera una especie de vicio, pero ahora tengo la sensación de que intenta... protegerme de ellos.

—Si le importas, es muy posible que así sea. Ten en cuenta que los Rutledge son como tiburones tigre: están en el mismo vientre, pero se comen entre sí hasta que solo queda uno vivo.

Me quedé paralizada, recordando lo que me había dicho Jax la noche anterior. «Estás nadando con tiburones y te comportas como si estuvieras de vacaciones».

—Está bien —dije con cautela, pensando en el padre de Jax—. Entonces, ¿quién es el tiburón más fuerte de la familia? ¿Parker Rutledge?

—Sin duda alguna.

Jax decía que sus padres se habían casado por amor y habían acabado haciéndose desgraciados el uno al otro...

—¿Qué sabes de la madre de Jax?

—¿De Leslie Rutledge? Eso sí que es un enigma. Apenas se dejó ver en público durante los cinco últimos años de su vida, y antes ya evitaba los focos.

—Jax se niega a hablar de ella.

—Puedo preguntar por ahí, a ver qué averiguo, pero tardaré algún tiempo. En cuanto levantas una piedra de los Rutledge, empiezan a salir equipos de seguridad.

Suspiré. Había sido una ingenuidad por mi parte soñar con una vida «normal» con Jax.

—Te agradeceré cualquier cosa que averigües. Y te pagaré por las molestias, claro.

—Dalo por hecho.

Me incorporé y moví los hombros, echándolos hacia atrás. Iba a preguntarle directamente a Jax por su familia, pero no venía mal tener un plan B. Sobre todo teniendo en cuenta cómo habían salido las cosas hasta el momento.

—Gracias, Deanna.

—Oye, cuídate, ¿quieres? Los tíos como Jax pueden destrozarte la vida si no tienes cuidado.

—Sí, lo sé. Gracias. Cuídate tú también.

Colgamos y dejé mi teléfono sobre la mesa. Estaba repasando otra vez mi correo cuando sonó el pitido de un mensaje de texto en el móvil. Miré la pantalla

y vi que era de Jax. Mis pies ejecutaron un bailecito de claqué sobre la moqueta antes de que me diera cuenta de lo que hacía.

Sé qué estás pensando en mí.

Me quedé mirando el mensaje y resoplé.

—Vale.

Obviamente, el que piensa en mí eres tú, contesté.

También sueño contigo.

Aquello me hizo sonreír. Soñar con Jax era uno de mis pasatiempos favoritos cuando dejaba vagar mi mente. *Espero que sea una pesadilla en la que te reviento un negocio de los grandes.*

Un minuto después: *Era un sueño húmedo en el que me hacías una mamada.*

Me reí. Había cambiado de táctica desde nuestras conversaciones anteriores: había pasado de jugar sucio a jugar, sencillamente. Sabía cuándo una estrategia no funcionaba.

Empecé a escribir una respuesta, pero se me adelantó. Sonó mi móvil. Contesté y habló antes de que le dijera hola:

—Me la chupabas tan bien, nena —dijo con voz ronroneante— que no podía respirar. Era una pasada. Tu boquita caliente tirando de mi glande, tu lengua moviéndose alrededor de mi polla mientras me la sacudías con la mano. Me corrí a lo bestia y te lo tragaste todo, Gia, nena. Hasta la última gota.

Por un momento no se me ocurrió qué decir. Las imágenes que evocaban sus palabras habían inundado mi mente. Me encantaba chupársela. Me encantaba su tacto, su sabor, su olor. Pero sobre todo me encantaba cómo se entregaba con un placer impúdico. En esos momentos, sentí esa complicidad con él que tanto echaba de menos.

—Siempre te ha encantado chuparme la polla —dijo con voz sedosa—. Y yo me pasaría cada minuto del día metiéndotela en la boca si pudiera.

Recuperé el habla.

—Cabrón egoísta.

—Tratándose de ti, sí —suspiró—. Estoy tumbado en la cama, desnudo y empalmado, preguntándome por qué cojones no has llegado aún.

—¿No tienes nada que hacer?

—Sí, follarte a ti.

Oí de fondo el pitido de su e-mail y me reí.

—Embustero. Estás trabajando.

Antes habíamos jugado a menudo al sexo por teléfono, y con frecuencia alcanzábamos el orgasmo al mismo tiempo. No había en el mundo nada comparable a oírle decir mi nombre mientras se corría.

—Me confieso culpable —dijo, imperturbable—. Estoy intentando no pensar en ti y no lo consigo, fracaso estrepitosamente.

—Será quizá porque el asunto en el que estás trabajando es el mismo que me

echaste a perder.

—Me prometiste un asalto de sexo salvaje —ronroneó suavemente con evidente delectación—. Y estoy esperándolo, nena.

—No sé si te conviene acercar la polla a mis dientes mientras sienta por ti lo que siento en estos momentos.

Se rio y noté un hormigueo de placer. Tenía una risa preciosa, profunda y sonora.

—Me pones tan cachondo que ni la amenaza de lesiones físicas puede acabar con esta erección. Ven aquí, Gia.

—No puedo. Tengo una reunión dentro de un rato —me levanté y me acerqué a la ventana, inquieta. Aparté el visillo y miré la ciudad de Atlanta. ¿Dónde estaba Jax? Era una pregunta que me había hecho todos los días en los últimos dos años. Él, en cambio, no había tenido que preguntarse dónde estaba, dado que me había hecho seguir.

—Además, ¿no decías que teníamos que hablar? Dudo que quieras que nos dediquemos a eso cuando llegue.

Se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Tienes una familia fantástica. Siempre he sabido a qué atenerme con ellos, para bien o para mal. No se andan por las ramas ni pierden el tiempo con mezquindades. Son buena gente.

—Gracias —murmuré, emocionada. Estaba orgullosa de mi familia, orgullosa de ser una Rossi.

—Mi familia no es así, Gia. No te dejes engañar por el encanto de Parker. Solo se interesa por quien puede serle útil.

—Jax, y yo no tengo nada.

—Me tienes a mí —contestó muy serio.

—¿Insinúas que tu padre sería capaz de utilizarme contra ti?

—Puede ser. O de utilizarte, sin más. Podría pasar cualquier cosa, nena. Créeme, sé lo que me digo.

Me quedé pensando un momento, intentando asimilar la idea de que un padre y un hijo no se fiaran el uno del otro.

—¿Ha sido por él por lo que te has mantenido apartado de mí estos dos últimos años?

« ¿Es por él por lo que estás decidido a dejarme otra vez? » .

—Me mantuve alejado porque es lo mejor para ti.

Aquella evasiva me hizo enfadar.

—Y sin embargo aquí estás. Dame una buena razón para que vaya a verte, Jax.

—Que quieres venir.

—Te sugiero que encuentres otra mejor.

Resopló.

—Que quiero que vengas. Porque necesito estar contigo. Tú haces que me sienta... humano. Estar contigo me hace sentir que no soy por completo un mierda.

Cerré los ojos y me llevé la mano al pecho para frotar el dolor que sentía en el corazón. Quería saber por qué siempre se rebajaba a sí mismo, por qué creía que no era lo bastante bueno para mí. Sabía que iba a darle otra oportunidad solo para intentar conseguir esas respuestas, y aun así fui sincera y le dije:

—Estar contigo hace que me sienta sola. Me recuerda que quiero encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Alguien en quien pueda confiar.

—Ojalá fuera yo —contestó en voz baja.

—Sí. Ojalá.

Capítulo

2

Interrumpí a mi cuñada en cuanto contestó al teléfono.

—¡Traidora!

Denise, que estaba recitando el nombre de su salón de belleza, se detuvo en medio de la frase y dijo:

—Así que te ha llamado, ¿eh?

—¡Está aquí! —me senté al borde de la cama con un gruñido.

—¿En Atlanta? ¿En serio? —silbó. Oí un chirrido de fondo y me la imaginé sentándose en el taburete fucsia de detrás del mostrador de la peluquería—. Está loco por ti.

—No puedo creer que me hayas vendido así. ¿No pensaste que, si hubiera querido que supiera dónde estaba, se lo habría dicho yo misma?

—Vamos, nunca te he visto mirar a un tío como lo miras a él. Quiero que seas feliz, no puedes reprochármelo.

—Se merece sufrir un poco, Denise. Se merece echarme de menos y preguntarse qué estoy haciendo.

—Ah, y a te entiendo. Lo siento.

Balanceé las piernas, con los ojos fijos en mis uñas.

—No, no lo sientes.

—Bueno, un poco sí —contestó—. Entonces, ¿vais a daros un beso y a hacer las paces?

—No se trata de eso.

—Dime de qué se trata, entonces.

—Chico conoce a chica; chico deja plantada a chica, chico vuelve a aparecer dos años después, como si nada; chico se folla a chica y luego le chafa un asunto de negocios de los gordos; chico quiere volver a follarse a chica, y puede que ella también quiera, pero esta vez chico dice sin rodeos que en algún momento volverá a dejarla tirada como una colilla.

—Umm —el globo que había hecho con el chicle restalló al estallar—. Si no hubiera visto cómo mira chico a chica, te diría que le des una patada en el culo.

—Seguramente sería lo más sensato. Así que ¿cuál es la alternativa?

—Follártelo a lo bestia. Hacer que su mundo se tambalee. Demostrarle lo que va a perderse. Que sufra cuando decida que ha llegado el momento de dejarte, para que no sea capaz de hacerlo.

Si fuera tan sencillo...

—Me parece un plan absurdo.

—Puede ser —se rio, y sonreí de mala gana—. Pero ese tío es un ejemplar

de primera, Gianna. Hay cosas peores que pasar un par de horas en la cama con un tío bueno que además está enamorado de ti.

Me estaba diciendo lo que yo quería oír: una excusa para seguir adelante, en vez de cortar por lo sano y huir.

—Como consejera, eres un as, Denise.

—Lo que tú digas, pero, aunque Jackson te haga sufrir, piensa en lo bueno que es el sexo. Es fantástico para el cutis, se hace mucho ejercicio, y además es un subidón para el ánimo...

Puse los ojos en blanco.

—Voy a colgar.

—¡Te quiero! —añadió rápidamente.

—Yo también a ti —corté la llamada y me quedé allí parada un momento, dándome golpecitos en la barbilla con el extremo del teléfono.

Quería tanto a Jax que no me era posible dejarlo, ni siquiera por una cuestión de pura supervivencia. Y Jax me quería tanto que el único horizonte que imaginaba para nuestra relación era abandonarme. Tal vez Denise tuviera razón. Tal vez, en lugar de presionarlo constantemente, tuviera que quererlo con todas mis fuerzas. Hacer que de verdad sintiera mi amor, para que lo echara de menos cuando no lo tuviera, para que lo añorara tanto que al final tuviera que volver conmigo.

Pero el problema era que me había perjudicado profesionalmente. Y eso no podía olvidarlo. Era una herida demasiado honda.

Chad y Rick, el director del hotel, congeniaron enseguida. Disfruté oyéndoles hablar con sus acentos sureños, me encantaron los dos, y además lograron entretenerme. Pero cuando Rick nos invitó a cenar y Chad aceptó, yo rehusé la invitación: no quería entrometerme. Pensé que para él era importante conectar con Rick a su manera, sin tenerme revoloteando constantemente a su alrededor. No era su niñera, y no quería que sintiera que no confiaba en que fuera capaz de llevar aquel asunto él solo.

Llamé a Lei cuando llegué a mi habitación.

—Gianna —dijo al contestar, sabiendo que era yo por el identificador de llamadas de la oficina—, ¿cómo van las cosas por Atlanta?

—Chad está contento —dije—. Se siente a gusto y relajado, y está muy ilusionado. La visita ha conseguido lo que esperábamos.

Tan perspicaz como siempre, Lei preguntó:

—¿Y tú? ¿También estás bien?

—Jackson me ha seguido hasta aquí —no solía contarle a mi jefa asuntos tan íntimos, ni hablaba con ella como con Denise o con mis amigas. Se lo dije porque había un posible conflicto de intereses y no había modo de soslayarlo. No

pensaba permitir que Jax volviera a poner en peligro mi trabajo.

—¿De veras? —su voz sonó pensativa—. Bien... ¿Y cómo te sientes al respecto?

—No estoy segura. No —puntalicé—, no es verdad. Me fastidia que haya complicado más aún una relación ya complicada de por sí invirtiendo en Pembry Ventures. Y no solo eso, sino que llamó directamente a Isabelle para asegurarse su defección. No puedo fiarme de él, Lei.

Cada vez que pensaba en lo que había hecho, volvía a enfadarme.

—Ese es un defecto fatal.

—Lo sé —el caso era que no podía sacudirme la impresión de que Jax había actuado premeditadamente para que nos distanciáramos, pero no sabía si por ello era más peligroso, o menos—. Si crees que estoy poniendo en peligro mi trabajo, necesito que me lo digas.

—Eso ya lo sabes. No voy a despedirte por quién sea tu novio, Gianna. Eso no es asunto mío. Pero si vuelve a hacer algo que dé la impresión de que ha conseguido información gracias a ti, deliberadamente o no, tendré que prescindir de ti porque entonces estaremos hablando de mis negocios. ¿Entendido?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Entendido.

—Está bien —su voz se suavizó—. ¿Qué tienes mañana en la agenda?

Se lo dije. Hablé tranquila y con voz firme, pero no pude desprenderme del miedo que había arraigado en mí. Había planeado todo mi futuro en torno a mi trabajo y no tenía un plan B.

—Llámame para contarme qué le ha parecido a Chad el proyecto del arquitecto cuando lo vea. Y cuidate, Gianna. Para mí no eres solo una empleada. Creo que lo sabes.

Asentí con la cabeza, aunque no pudiera verme.

—Sí. Gracias, Lei.

Colgamos y tiré mi teléfono sobre la cama. Empezaba a dolerme la cabeza y me aflojé el pasador que sujetaba mi pelo en un pulcro moño a la altura de la nuca. En ese momento odiaba a Jax de todo corazón. No sabía cómo enfrentarme a las emociones que había agitado dentro de mí desde que había vuelto a aparecer en mi vida. Oscilaba entre el deseo de curar sus heridas y el impulso de hacerle daño.

Ping. Mensaje entrante.

Al ver que era de Jax y que decía « *Me estoy volviendo loco de deseo por ti* », estallé.

Lo llamé. Todo lo que iba mal en mi vida era culpa suya y tenía que saberlo.

—Dime que estás en el vestíbulo —dijo al saludar, con voz ronca.

No me anduve con rodeos.

—Me encanta mi trabajo. Es lo más importante de mi vida, y corro peligro

de perderlo por tu culpa.

Tardó un segundo en cambiar de tono.

—Joder, Gia...

—Si me quieres, dime ahora mismo si voy a acabar despedida por culpa de esto. Puedes acostarte con quien quieras, Jax. No me necesitas.

—Dios mío —exhaló bruscamente—. Los negocios que tenía que hacer con Ian Pembry, ya los he hecho.

Era otra evasiva. Y yo estaba harta de evasivas. Jax las utilizaba constantemente.

Colgué y arrojé el teléfono sobre la cama. Empecé a desvestirme, ansiosa por darme una ducha y quitarme de encima el cansancio y la tensión acumulados durante el día.

Empezó a sonar mi teléfono. *Clic*. Era hora de apagarlo.

Descolgué también el teléfono de la habitación antes de que empezara también a sonar. Había ido a Atlanta con idea de pasar algún tiempo alejada de Jax, y necesitaba estar lejos de él a pesar de que mi cuerpo protestara cada vez que pensaba en privarme de él.

—No lo necesito para tener un orgasmo —me regañé a mí misma en voz alta. Pero, naturalmente, eso suponía prescindir de lo que de verdad me encantaba de acostarme con Jax: él en sí mismo.

Veinte minutos más tarde, estaba hablando con el servicio de habitaciones con el pelo envuelto en una toalla cuando me sobresalté al oír que alguien llamaba a la puerta con impaciencia.

Supe que era Jax antes de que dijera:

—¡Abre la maldita puerta, Gia!

Apreté los dientes. Era imposible que en el hotel le hubieran dado mi número de habitación. Me sacó de quicio que tuviera los contactos necesarios para saltarse las normas que tenía que respetar todo el mundo.

Volví a concentrarme en mi llamada.

—¿Sabe qué? Que sea una botella de Sainte Michelle, en vez de una copa, por favor. Gracias.

Jax llamó aún con más impaciencia.

Colgué y me quedé mirando la puerta con cara de pocos amigos.

—Que te jodan —dije.

—Te estás comportando como una cría —a pesar de que sonó amortiguada por la puerta, su voz rebosaba furia.

—A ver si te enteras, Jax: no quiero verte.

—Pues es una lástima, porque tú no puedes quedarte ahí para siempre, Gia, pero yo puedo ponerte un guardia en la puerta que se asegurará de que, cuando salgas, irás directamente a verme. Tú eliges cómo quieres que hagamos esto.

Entorné los párpados, descorrí el cerrojo y abrí la puerta de un tirón. Jax se

vino derecho a mí, obligándome a retroceder hacia el interior de la habitación. Conseguí ver de pasada a un tipo con traje detrás de él. Después, Jax cerró la puerta de una patada.

Retrocedí rápidamente mientras recorría con la mirada su cuerpo de arriba abajo. Llevaba pantalones negros de traje y chaleco a juego. La camisa y la corbata, de color gris, no lograban suavizar la impresión siniestra de su atuendo. Por el aspecto de su pelo, cuyos mechones más largos le caían sobre la frente en atractivo desorden, daba la impresión de que se había pasado muchas veces los dedos por él. Sus ojos marrones tenían una expresión ardiente cuando me inspeccionaron, y su irritación se hizo visible en el ceño que arrugó su frente.

Había dicho que yo estaba muy sexy cuando me enfadaba con él, y entendí lo que quería decir cuando me vi ante su presencia de más metro ochenta, rebosante de crispada virilidad. Las facciones de su bello rostro estaban tensas, la mandíbula rígida, la curva sensual de sus labios paralizada en una línea inflexible. Tenía un aire peligroso y salvajemente erótico.

—Me estoy cansando de que siempre me dejes colgado —dijo rechinando los dientes.

—Chico, conozco esa sensación.

Miró al techo como si pidiera paciencia.

—¿Yeung te lo está haciendo pasar mal?

—No —crucé los brazos y deseé llevar puesto algo más que el albornoz del hotel, un escudo muy endeble para mi desnudez—. La verdad es que ha sido muy comprensiva, teniendo en cuenta lo que ha pasado.

Me observó cuidadosamente. Llenaba por completo la entrada de la habitación, bloqueando la salida, el armario y el cuarto de baño. El Mondego era un hotel muy bonito, decorado con buen gusto y discreta elegancia, pero aquella suite no era ni de lejos tan lujosa como la de Nueva Jersey a la que me había llevado Jax.

—Mi trato con Pembry no tiene nada que ver contigo.

—No te creo.

Levantó las cejas.

—¿No me crees tú o no me cree Yeung?

—Yo. Estoy segura de que lo habrás hecho por varias razones, pero también estoy convencida de que yo soy una de ellas. Y como te ha salido tan bien y me ha hecho reflexionar sobre hasta qué punto eres un estorbo, no puedo estar segura de que no vayas a hacer otra cosa que me haga odiarte. Eso es lo que quieres, ¿no? Quieres que ponga fin a esto porque tú no puedes.

Su semblante no reveló expresión alguna, pero en sus ojos cambió algo.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque te doy miedo. Sobre todo, te da miedo lo que sientes por mí.

—¿Sí?

—O eso, o tu papá ha hecho que huyas despavorido. ¿Cuál de las dos cosas es?

—Ya te he dicho cómo es mi padre —repuso en voz baja.

Aquello me hizo detenerme en mi retirada.

—Supongo que tengo más confianza en ti que tú mismo. Creo que puedes imponerte a él, Jax. Y confío en que cuides de mí.

Se rio y su voz sonó horrible y desganada.

—¿Crees que voy a defenderte del lobo feroz?

Me quedé mirándolo, atónita. Era la primera vez que veía aquel lado amargo de su carácter. En cuanto me descuidé, me tomó entre sus brazos, se apretó contra mí y acercó su cara a la mía. Era maravillosamente guapo. El hombre más bello que había visto nunca. Y estaba muy cabreado.

—El lobo feroz voy yo, nena —dijo con voz ronca—. ¿Quieres estar conmigo? ¿Quieres ser mi novia? ¿Quieres ir conmigo a fiestas, a eventos, cenar con la familia?

—¡Sí! —me puse de puntillas—. Estoy harta de que solo me quieras para echar un polvo, Jax. Para eso tienes docenas de mujeres. ¡Yo me merezco algo mejor!

—¿Docenas? ¡Pero si desde que te conocí soy prácticamente un monje! Dos mujeres, Gia. Dos. Y puesto que tú te has follado a dos tíos, no eres quién para hablar. Tenía derecho a esas dos, aunque fuera algo sin importancia.

Sofoqué un grito, horrorizada por que me hubiera hecho vigilar tan de cerca que supiera con cuántos hombres me había acostado desde que nos habíamos separado.

—¿Quieres el paquete completo? —preguntó con aspereza—. Muy bien. Tu vida está a punto de cambiar por completo. Tu intimidad es cosa del pasado. Vas a...

—¡Como si tuviera intimidad! Dios mío, llevas años siguiéndome. ¿Estás...?

—Gia, cualquier cosa cuestionable que hayas hecho está a punto de convertirse en noticia en potencia. Igual que la vida de tus hermanos. Y lo mismo puede decirse de la de tus padres y tus amigos. Si sales a la calle, te seguirán los fotógrafos. Querrán saberlo todo, desde a quién votas a qué llevas puesto.

Tragué saliva con dificultad.

—Vas a venirte a vivir a mi casa. En mi apartamento estarás a salvo, pero no sé a qué se expondrán tus hermanos. O tu cuñada. Llevarás escolta constantemente. Y no quiero ni oír hablar de lo incómodo que es ir siempre acompañada por un guardaespaldas al que tienes que informar diariamente de tu agenda.

—No puedes asustarme —susurré, pero era mentira. El corazón me latía con fuerza de pura ansiedad. Siempre había sido muy celosa de mi familia. Si algo les amenazaba, allí estaba yo, dispuesta a enfrentarme a lo que fuera por ellos.

—Claro que sí —me advirtió en tono sombrío—. Hasta ahora solo has visto mi lado bueno, pero, ya que lo quieres todo, eso es lo que vas a tener. Lo bueno y lo horrible.

—Muy bien, hazlo —lo desafié, enfadándome de nuevo. Se estaba comportando como un capullo adrede.

—Viajo mucho. Tendrás que acostarte a las tantas para ir a fiestas en las que te aburrirás como una ostra, y al día siguiente tendrás que levantarte temprano para ir a trabajar. Yo te diré qué ropa tienes que ponerte, qué debes decir y cómo comportarte. A eso me dedico, Gia. En la política y en los negocios, la imagen lo es todo, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Has avanzado mucho por ese camino. A veces casi no te reconozco.

Me rebelé, apartándome de él de un tirón.

—Gracias, Jax —dije en tono rebosante de sarcasmo—. Me has puesto la decisión muy fácil.

Su boca dibujó una sonrisa cruel.

—¿Verdad que te he asustado?

Estaba tan furiosa que me dieron ganas de gritar. Nunca nos habíamos tratado mal el uno al otro. De pronto deseé más que cualquier otra cosa poner distancia entre nosotros.

—Me enfrentaría a todo eso y a mucho más por un tío que me quisiera de verdad —le dije friamente—. Pero no pienso aguantar esta mierda de un capullo como tú.

Pareció a punto de dar un puñetazo en la pared.

Señalé la puerta.

—Márchate, por favor, Jax. Ahora mismo no quiero verte —otra mentira. Nunca me cansaría de mirarlo. Pero estaba harta de luchar con él. Si había querido tomarme un descanso, era por un buen motivo.

—Soy sincero contigo y te cabreas —se pasó la mano por la cara y soltó una maldición.

—No —puntalicé—. Querías asustarme y estás consiguiendo lo que buscabas. Me conformo con que nos veamos solamente para follar, pero, cuando a mí me venga bien, no cuando tú quieras. Te llamaré cuando me apetezca, así que no te molestes en llamarme. No voy a contestar. Y deja de aparecer donde esté. Es de locos.

—Maldita sea —avanzó e hizo amago de agarrarme.

Retrocedí rápidamente.

—No me toques.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Eso es como pedirme que deje de respirar. ¿Qué cojones quieres de mí, Gia? Estoy intentando darte lo que me pides y aun así no es suficiente.

—¡Tienes toda la razón! Me pones todas esas trampas y no me dejas salida.

¿Por qué voy a querer dar el primer paso?

—¡Vivir bajo el microscopio forma parte de mi vida! No puedo cambiarlo.

—Podrías haber dicho «escucha, Gia, compartir mi vida no será fácil, pero te quiero. Haré todo lo que pueda para asegurarme de que por nuestra vida privada merezca la pena soportar ese infierno», o algo parecido.

—Dios mío —dejó escapar un gruñido de exasperación—. ¡Esto no es una puñetera novela romántica! Solo soy un tío que intenta transigir con lo que quieres para poder acostarme contigo.

De eso nada. Jax sabía lo que yo quería y seguía resistiéndose a brazo partido.

—Bueno, ahora puedes seguir con tu vida y tenerme... cuando a mí me apetezca —levanté una mano en señal de advertencia—. Ahora no, créeme. Te llamaré cuando vuelva a Nueva York

—Está bien, como quieras —dio media vuelta y se acercó a la puerta con la espalda tiesa y los hombros rígidos.

Había todavía una parte de mí que deseaba darse por vencida, hacerle volver y pedirle que se quedara, acostarme con él y sentir de nuevo aquella maravillosa intimidad, aquella cercanía sensual que no había sentido con nadie más. Pero teníamos muchas cosas en que pensar y para eso necesitábamos tiempo (y espacio).

Jax abrió la puerta de un tirón y salió al pasillo. Me tragué las palabras que tenía atascadas en la garganta, recogí mi móvil de encima de la cama y lo utilicé como distracción para no verlo marcharse.

Al oír cerrarse la puerta, cerré los ojos y exhalé un suspiro tembloroso. No íbamos a recuperarnos de aquello. Lo nuestro iba a cambiar. Para siempre.

—Yo...

Me quedé sin respiración al oír su voz.

—Te quiero, ¿de acuerdo? Te quiero tanto que me estoy volviendo loco.

Alargué la mano hacia la silla del escritorio, intentando sostenerme porque de pronto me temblaban las piernas. Había querido oírle decir aquello, pero, ahora que se había cumplido mi deseo, sus palabras no parecieron calar en mí. No me di cuenta de lo alterado que estaba hasta que me agarró de los brazos y escondió la cara en mi cuello.

—Te quiero en mi casa —dijo en voz baja—. Quiero despertarme contigo, quedarme dormido abrazándote, volver del trabajo y cenar contigo. Quiero lo que teníamos en Las Vegas, pero entonces las cosas eran distintas. Te tenía solo para mí. Ahora no va a ser así.

Levanté la mano derecha y la puse sobre la suya.

—Lo entiendo. Y puedo afrontarlo.

—Eso espero —murmuró, dándome la vuelta—. Porque después de esto no voy a ser capaz de separarme de ti, Gia. Para bien o para mal, eres mía.

Capítulo

3

—Si sigues intentando asustarme —susurré, emocionada—, tendrá que ocurrirte algo mejor.

Se rio en voz baja, roncamente.

—Tengo suficiente miedo por los dos.

Tomó mi cara entre sus manos y me hizo levantarla para besarme. En cuanto sus labios tocaron los míos, el amor traspasó mi corazón como una punzada dolorosa. Agarré su muñeca y me puse de puntillas para besarlo. El deseo y el ansia se apoderaron de mí, agitados por su olor delicioso, por el contacto de su cuerpo cálido y duro, por su sabor.

Gruñó, atrayéndome hacia sí. Llevaba tanto tiempo deseándolo que me parecía imposible saciar mi deseo. Nuestras lenguas se enredaron, lamí su boca, mis labios se deslizaron sobre los suyos con ansia impúdica.

—Ven aquí —tiró del lazo de mi bata, la abrió y la bajó hasta mis codos doblados.

Lo solté el tiempo justo para quitarme las mangas y dejar que la bata cayera al suelo.

—Dios —me atrajo hacia sí y apretó contra él mi cuerpo desnudo.

Los botones de su chaleco se me clavaron en la piel y de pronto me di cuenta de que llevaba todavía puesta la ropa que usaba para trabajar. En Las Vegas, nunca lo había visto así cuando estábamos juntos. Girando la cabeza, miré el espejo de la pared y me estremecí al ver nuestro reflejo: a Jax, tan formal y amenazador, un hombre de negocios peligrosamente atractivo; y a mí misma, desnuda e impúdica.

—Míranos —susurré, y vi cómo observaba nuestro reflejo. Vi que el deseo crispaba su cara, imprimiéndole una belleza primitiva y cargada de virilidad.

Frotó la nariz contra mi sien y cerró los ojos.

—Eres tan hermosa, nena... Estás tan buena que me vuelves loco de deseo. Tengo mucho miedo de estropear esto. De mirarte un buen día y descubrir que tus ojos han perdido ese brillo que tienen cuando me miras.

—Jax... —siempre me había hecho sentir como si ninguna otra mujer pudiera compararse conmigo. Pero por feliz que estuviera de tenerlo por fin a mi lado, el dolor que me había hecho pasar seguía latiendo como una herida enconada—. Me hiciste mucho daño —le dije en voz baja—. Me rompiste el corazón.

Su frente tocó la mía.

—Nos hice daño a los dos. Ojalá pudiera decir que no volverá a pasar, pero

no sé cómo va a salir esto, ni si te acostumbrarás a vivir conmigo.

—Estoy segura de que yo también cometeré errores —empecé a desabrochar los botones de su chaleco uno a uno—. Solo tenemos que querernos el uno al otro.

Ladeó la cabeza y volvió a besarme, con tanta ternura que se me saltaron las lágrimas. Deslizó las manos por mi torso y las desplegó bajo mis pechos, colocando los pulgares bajo su curva. Acarició con las yemas de los dedos mi piel erizada y mis pezones se endurecieron. Gemí, suplicándole una caricia más carnal. Sentía en las entrañas un ansia profunda y dolorosa, y mi sexo estaba ya húmedo y caliente.

Siempre había sido así con Jax: como si mi cuerpo reconociera el suyo, como si solo pudiera adaptarse a su cuerpo.

De pronto se puso en marcha, me levantó en brazos sin esfuerzo y me tumbó sobre la cama. La toalla que envolvía mi pelo se aflojó y cayó. Se colocó encima de mí, con las manos apoyadas a los lados. Pasó la punta de la nariz por mi canalillo.

—Dime que tienes un preservativo.

Me mordí el labio y lamenté tener que decir que no.

Cerró otra vez los ojos y respiró hondo.

—Entonces será mejor que no me desnude.

—Jax... —dije con voz suplicante, porque no podía imaginar no sentirlo dentro de mí, no sentir su sexo tan duro, largo y grueso.

Levantó la cabeza y me estremecí al ver el ardor de sus ojos oscuros. Sabía perfectamente lo que sentiría si daba rienda suelta a su deseo por mí.

—No podría retirarme —dijo con voz gutural por el deseo—. Imposible.

Abrió la boca para decirle que no importaba, que tomaba la píldora, que quería sentirlo dentro de mí sin que nada se interpusiera entre nosotros, pero sonó el timbre, seguido por un rápido:

—Servicio de habitaciones.

Gemí.

Una expresión de fastidio cruzó su cara. Luego se rio en voz baja.

—Salvados por la campana.

—Espera.

Pero ya había recogido mi bata del suelo y me la estaba echando encima.

—No te muevas —ordenó.

Se acercó a la puerta, impidió entrar al camarero y se encargó de todo en el pasillo. Cuando volvió a entrar, llevaba una bandeja en una mano, manteniendo hábilmente en equilibrio la botella de vino, una copa y un plato de comida tapado con una campana.

Lo dejó todo sobre el escritorio y me miró cuando me senté y estiré las piernas.

—Me estás matando.

—Te lo mereces.

Esbozó una sonrisa irónica.

—No lo dudo. Aun así, hasta un hombre desesperado tiene sus límites. Tengo que salir de aquí.

Hice un mohín.

—Aguafiestas.

—Vuelve a Nueva York, preciosa, y te daré todo lo que puedas soportar —se pasó una mano por el pelo, atusándose—. Voy a empezar a hacer los preparativos para tu vuelta.

Levanté las cejas.

—¿Tienes que hacer preparativos para follar conmigo?

—No, para que te mudes a mi casa. Y tengo que dejarte cenar, o no tendrás fuerzas para todo lo que pienso hacer cuando follemos —me agarró cuando me levanté y me dio un beso rápido y duro—. Y si estás dispuesta a seguir conmigo, lo haremos como es debido. En nuestro apartamento, en nuestra cama.

Tragué saliva.

—Tengo que hablar con mis hermanos. Con mis padres.

—Lo haremos juntos.

—Vas muy deprisa teniendo en cuenta que acabas de dar tu brazo a torcer.

Su rostro se cubrió de ternura.

—Llevo un tiempo pensando en ello. He intentado planearlo, dar con un modo de que funcione...

—Quizá no sea tan difícil como crees.

Me puso el pelo todavía húmedo detrás de las orejas.

—A los medios vas a encantarles, Gia —murmuró—. Eres un bombón. Derrochas atractivo sexual, nena, y tienes un cuerpo de infarto. En cuanto te vean y vean cómo te miro, se imaginarán toda clase de proezas sexuales. Y eso es una noticia bomba.

Le di un empujón.

—¡Habla en serio!

—Se equivocarán, creerán que solo quiero pasármelo bien contigo. Enseguida empezarán a hacer especulaciones sobre cuánto tiempo va a durar lo nuestro. Nos emparejarán con otras personas, inventarán noticias solo para tener una excusa para publicar otra foto tuya.

Lo había visto otras veces, con otras parejas. Pero lo mío con Jax era distinto. No éramos famosos. Yo era una desconocida y, aunque él era un Rutledge, trabajaba entre las bambalinas de los círculos políticos que habían hecho famosa a su familia.

—No me crees —frotó otra vez su frente contra la mía—. Tienes que creerme. He visto lo que puede pasar. He visto a gente destrozada por el estrés.

Una sospecha me impulsó a preguntar:

—¿Alguien a quien querías?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

Se retiró y vi que se había cerrado en banda.

—Que arrojó la toalla —dijo inexpresivamente—. No voy a dejar que eso pase contigo.

Clavé los dedos en su estrecha cintura. Me costaba pensar que hubiera querido a otra mujer. Pero más aún me costaba pensar que esa mujer le había herido tan profundamente que había estado dispuesto a rechazarme con tal de no volver a sentirse vulnerable.

Me besó en la frente.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Pasado mañana.

—Está bien. A ver si podemos reunirnos con tu familia esa misma noche. Al día siguiente haremos la mudanza.

Me sentí como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de saltar y sin saber dónde aterrizaría.

—Haces que me dé vueltas la cabeza.

Dio un paso atrás y me guiñó un ojo.

—Lo mismo digo, nena.

—Estás a kilómetros de aquí.

La voz de Chad me hizo salir de mis cavilaciones. Lo miré, sentada junto a él en el avión, y le dediqué una sonrisa de disculpa.

—Lo siento.

—¿Debería preocuparme?

Negué con la cabeza.

—Es personal.

Levantó las cejas.

—Mejor para mí, supongo. Aunque no tanto para ti, por lo que se ve. ¿Quieres hablar de ello?

Me pensé si de veras quería intimar hasta ese punto con Chad, y luego pregunté:

—¿Alguna vez has vivido con una novia?

—Qué va. Ha habido una o dos que pasaban mucho tiempo en mi casa, lo cual era muy cómodo, en lo tocante al sexo, pero no tanto para conservar mi intimidad y salir por ahí con mis amigos. Supongo que prefiero reservar esa clase de compromiso para cuando me case. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando que, en cuanto a lo del compromiso, estoy de acuerdo

contigo.

El buen humor que había en su mirada se desvaneció.

—¿Rutledge te ha pedido que te vayas a vivir con él?

—Algo parecido —más bien me lo había ordenado, pero...

Tardó un segundo en contestar.

—Puede que yo tenga algo que objetar a ese respecto.

—¿Sí? —me giré en el asiento para mirarlo de frente.

—Dices que hace un par de años que conoces a ese tío. ¿Y le ha dado por perseguirte justo cuando has empezado a trabajar conmigo? Ayudó a que rompiera mi trato con Stacy, y luego empezó a sondear a Isabelle. ¿Y ahora está dispuesto a compartir su casa contigo, la chica que tiene toda la información sobre mí y conoce todos mis planes?

Respiré hondo e intenté procesar lo que acababa de decir.

—Antes de ayer no parecía importarte mucho.

—He estado pensando.

De acuerdo. «Mierda». Me sentí como si hubiera actuado a mis espaldas.

—No creo que sea algo personal. De hecho, sé que no lo es. Jax siempre dice que los negocios no deben ser personales.

—Para mí sí es personal —replicó.

Aquello me llegó al alma. Yo misma le había dicho algo parecido a Jax cuando me había soltado aquella frase.

—Y también es personal para Stacy. No es que vaya a querer triunfar, es que querrá ser mejor que yo. Tener más que yo. Querrá demostrar que me he equivocado, ¡y él está de su parte! Los de Pembry han puesto muchas expectativas en ella. Querrán tenerla contenta.

Tenía razón, maldita sea.

—Pero lo mismo puede decirse al contrario —señalé con calma—. Yo también voy a enterarme de qué se trae entre manos.

Lo cierto era que anteriormente no había pensado de ese modo en mi relación con Jax, como en una situación que exigiera andarse con pies de plomo en ciertos asuntos. No había querido hacerlo. Quería que lo nuestro fuera auténtico, sincero y hermoso. Pero ninguna de las personas con las que trabajaba compartía conmigo esa esperanza, empezando por Jax. Él, naturalmente, esperaba que los golpes vinieran de fuera, pero en cualquier caso era evidente que tenía que ser un poco más realista respecto a lo que iba a suponer estar con Jax.

«Estás nadando con tiburones...» .

Chad me miró fijamente.

—No te ofendas, Gianna, pero puede que Rutledge esté fuera de tu alcance, que juegue en otra división.

—Bueno, de eso no hay duda, lo cual no quiere decir que no pueda

manejarlo. Dicho esto —respiré hondo—, si quieres que otra persona se encargue de tus proyectos con Savor, lo entenderé.

Frunció los labios.

—Me sabe muy mal decirlo, pero puede que sea lo mejor.

Tenía planeado ir derecha al trabajo al aterrizar en La Guardia, pero finalmente decidí pasarme primero por casa. La conversación con Chad me había alterado y necesitaba tiempo para reponerme antes de enfrentarme a Lei.

Abri la gran puerta metálica del *loft* y me encontré a mis dos hermanos en el sofá, concentrados en un videojuego.

—¡Toma eso, chaval! —exclamó Angelo, tirando del mando hacia la derecha—. ¡Vamos! Ese cabrón está a punto de liquidarme.

—¡Aguanta! —Vincent se levantó y comenzó a apretar frenéticamente los botones—. Tengo a seis encima.

Me paré en el umbral, feliz de estar en casa.

—¡Detrás de ti! —le grité a Angelo cuando un zombi se acercó a su avatar.

Se levantaron de un salto y dos pares de ojos oscuros giraron hacia mí.

—¡Qué susto me has dado! —se quejó Vincent mientras pulsaba el botón de pausa en la pantalla.

—Hola —me saludó Angelo, y volvió a concentrarse en la partida—. ¿Qué tal Atlanta?

—Un infierno —contesté secamente, y me volví para cerrar la puerta. El apartamento olía a beicon y vi lo restos del desayuno en la encimera y el fregadero. Mis hermanos estaban demasiado acostumbrados a que los lavavajillas se encargaran de todo en el Rossi.

—¿Tienes el día libre? —preguntó Vincent al acercarse a mí. Al verlo solo con los calzoncillos, me acordé de por qué mis amigos del instituto estaban siempre tan ansiosas por ir a casa.

—No, tengo que ir —contesté—. Solo quería dejar aquí mis cosas.

—Vuelve aquí —masculó Angelo—. Estos monstruos me están haciendo picadillo.

Vincent puso los ojos en blanco.

—Maldita sea. Esperaba que siguieras tú con la partida, Gianna. Este rollo solo os gusta a Nico y a ti.

—Ahora mismo, no. Oye, antes de que se me olvide, gracias por ponerme en contacto con Deanna.

—De nada —sonrió—. Gracias por hacerme la colada.

Choqué a propósito con su hombro al pasar a su lado camino de mi cuarto. Nuestro apartamento era, sobre todo, un enorme espacio diáfano, pero habíamos levantado algunos tabiques para separar los dormitorios y que diera la impresión

de que había intimidad. Eran, más que habitaciones, gigantescos compartimentos, pero nos servían mientras reformábamos la casa.

Me di cuenta de que estaba pensando en dejar un lugar en el que me sentía completamente a salvo y en paz para vivir con un amante del que apenas cuarenta y ocho horas antes ni siquiera me fiaba del todo.

Me senté al borde de mi cama y me agarré las rodillas. Tenía las palmas sudorosas. Iba a renunciar a muchas cosas por estar con Jax. Él, en cambio, no iba a arriesgar nada por estar conmigo, o eso me parecía.

Empezó a sonar mi teléfono. Hurgué en mi bolso y lo saqué sin mirar. No me sorprendió ver el nombre de Jax en la pantalla.

—Hola.

—Hola, nena —su voz sonó profunda y baja, cargada de intimidad—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Es increíble cuánto pueden cambiar las cosas en un par de días.

—¿Algo va mal?

Resultaba irónico y divertido que me conociera tan bien. Tal vez Chad tuviera razón al preocuparse de que fuera un libro abierto.

—¿Hay algo que vaya bien?

Su tono se volvió enérgico.

—Sé más concreta.

—Chad Williams tiene ciertos recelos justificados respecto a que yo, su directora de proyecto, me esté acostando con el enemigo. Por lo visto, enrollarme contigo ha dado al traste con nuestro acuerdo.

—¿Quién se ha enrollado con quién? —preguntó Angelo, mirándome con el ceño fruncido desde la puerta de mi cuarto. Era el más bajo de mis tres hermanos, medía un metro ochenta raspado, y era también el que tenía el pelo más largo, con ondas oscuras que rodeaban su bella cara y acariciaban sus hombros. Había roto muchos corazones al casarse con Denise.

—Joder —mascullé, lamentando no poder dar al botón de reseteo para que el día empezara otra vez—. ¡Fuera de aquí!

—No he entrado —replicó mi hermano—. Has dejado la puerta abierta.

—¡Pues ciérrala!

—¿Has vuelto con ese capullo?

Me puse de pie.

—¿Te he pedido tu opinión?

—¡Gia! —bramó Jax por el teléfono.

—Espera —le dije, mirando con furia a mi hermano—. Estoy hablando por teléfono, Angelo. ¡Cierra la puerta y no te metas donde no te llaman!

—¿Estás hablando con Jax? —entró en mi cuarto como si tuviera todo el derecho a hacerlo—. Deja que hable con él.

—¿Cómo dices?

—¡Gia! Maldita sea, dime algo —me espetó Jax.

—Ahora mismo estoy un poco ocupada —repliqué—. Luego te llamo.

—No me...

Colgué y lancé el teléfono a la cama en el instante en que Angelo hacía amago de agarrarlo.

—¿Es que te has vuelto loco? —le grité.

—¡El que se ha vuelto loco es Rutledge si cree que vas a irte a vivir con él!

Miramos los dos hacia la puerta, desde la que Vincent acababa de interrumpirnos.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Largo! —dije señalando a Angelo.

—Rutledge quiere que Gianna se vaya a vivir con él —contestó Angelo, mirando a Vincent y cruzando los brazos.

Vincent levantó las cejas.

—¿Y el anillo?

Levanté las manos.

—¡No puedo creerlo! Estamos en el siglo veintiuno, ¿lo sabías?

—Las reglas no han cambiado —repuso, y él también cruzó los brazos—. Si quiere la leche, tiene que comprar la vaca.

Entorné los párpados.

—¿Acabas de llamarme « vaca » ? ¡Y para tu información, no soy virgen! He practicado el sexo. ¡Más de una vez!

Se taparon los oídos y Angelo se puso a canturrear en voz alta.

—¡Esto es ridículo! —los miré con enfado—. Soy una persona adulta. Puedo hacer lo que quiera.

Vincent bajó las manos.

—¿Y quieres vivir con ese tío? ¿En serio?

—Puede ser. Es decisión mía.

Angelo volvió a cruzar los brazos.

—Vas a romperle el corazón a papá.

—Ay, Dios mío —me froté las sienes, intentando mantener a raya el dolor de cabeza—. ¿Ahora vas a intentar que me sienta culpable? Que conste que Jax quería sentarse con todos vosotros para hablar de este asunto.

—¿Y qué? —preguntó Vincent, enfadado—. ¿Se supone que tenemos que aplaudirle?

—Yo le aplaudo —dijo Angelo inesperadamente—. Hacen falta huevos para enfrentarse a los hermanos y a la familia de una chica y decirles que quieres vivir con ella.

Vincent sacudió la cabeza y apretó la mandíbula.

—Si tanto le apetece estar contigo, debería casarse contigo.

Nos volvimos los tres y vimos a Jax en la puerta de mi habitación. Llevaba la

ropa de trabajo y estaba guapísimo con su traje gris pizarra, su camisa blanca y su corbata negra. Me di cuenta de que debía de ir camino de mi casa cuando me había llamado por teléfono. A pesar de todo, me hizo un poco de ilusión pensarlo.

—En este sitio no hay ni pizca de seguridad —señaló con voz crispada—. ¡Dios mío, pero si he entrado sin más!

Vincent levantó los puños.

—Yo te daré seguridad.

Agarré mi teléfono y mi bolso y salí. Si todo iba a estallar en casa y en el trabajo, prefería irme a la oficina.

—¡Gia! —Jax me agarró del brazo cuando pasé a su lado—. Lo tengo todo controlado. No te preocupes.

—Para ti es muy fácil decirlo —le dije levantando la barbilla—. Tú no arriesgas nada.

Apreté los dientes.

—Te quiero. Lo arriesgo todo.

Capítulo

4

Lei estaba hablando por teléfono cuando llegué al trabajo. Se paseaba por su despacho mientras hablaba por el micrófono de los auriculares. Me saludó con la mano y me dedicó una rápida sonrisa, lo cual solo hizo que me supiera aún peor la noticia que tenía que darle.

Como estaba ocupada, me fui a mi mesa y empecé a revisar mi buzón de voz, anoté mensajes para Lei y tomé nota de las llamadas que tenía que devolver. Normalmente estar en el trabajo me relajaba, pero ese día estaba demasiado nerviosa. Movía los pies sin parar debajo de la mesa.

—Gianna...

Miré hacia el despacho de Lei y la vi apoyada en la jamba de la puerta. Iba vestida con pantalones rojos y camisola blanca de seda y llevaba el pelo negro recogido en una sencilla coleta. Parecía más joven de lo que era, y muy delicada, pero sus ojos oscuros la delataban: Lei podía ser tan delicada como un tigre de dientes de sable.

—¿Qué tal Chad? —preguntó.

Me levanté y apoyé las manos en el escritorio para sostenerme firme.

—Está muy contento con el Mondego, con el proyecto y con cómo avanzan las obras. Y también está feliz con la elección de David e Inez, pero... conmigo no.

—¿Ah, no? —sus ojos se agrandaron—. ¿Qué ha pasado?

—Jackson Rutledge. Más concretamente, el hecho de que Jax me haya pedido que me vaya a vivir con él.

—Entiendo —se enderezó—. ¿Por qué no hablamos en mi despacho?

La seguí, sintiéndome un poco como si me hubieran llamado al despacho de la directora para echarme una bronca.

Más allá de los grandes ventanales del amplio despacho de Lei, Manhattan se extendía para asombro y deleite de la vista. Torres relucientes cuya arquitectura, ideada para impresionar, hacía sombra a edificios con siglos de antigüedad. Depósitos de agua de madera levantados sobre pilotes delgados como cerillas, rasgos del paisaje de la ciudad tan distintivos y amados como cualquier otro hito arquitectónico. Piscinas azules en las azoteas y verdes jardines en las terrazas señalaban los apartamentos de los ricos. Grúas gigantescas recordaban que la ciudad, rebosante ya de vida, seguía creciendo.

Aquel paraíso de cristal y metal era el paraíso del *gourmet*. Nueva York era famosa por su estupenda comida y sus grandes cocineros, y Lei era una fuerza motriz de aquel mundo que yo amaba tanto. Era un golpe muy duro sentir que la

estaba decepcionando.

—Hace una semana —comenzó a decir—, hacía dos años que no sabías nada de él.

—Lei, voy a serte sincera. Estoy cansada de escuchar a todo el mundo, incluida a mí misma. Nunca me habían presionado tanto para que me mantuviera alejada de algo. ¡Ojalá la gente estuviera tan dispuesta a ayudar cuando me pongo a dieta!

Se apoyó contra la parte delantera de su mesa y agarró el borde con las manos. Aquella broma sin gracia no le hizo esbozar siquiera una sonrisa.

—Bueno, yo me fui a vivir con Ian con el tiempo. No fue algo planeado. Sencillamente, cada vez pasaba más noches con él y llegó un momento en que pareció absurdo que siguiera pagando el alquiler de mi casa.

Se detuvo como si estuviera pensando en cuál era el mejor modo de decirme algo que tal vez yo no quisiera oír. Después, lo dijo sin más rodeos:

—Pero sé más espabilada de lo que fui yo. Hazle firmar un acuerdo jurídico para que no tengas que pelearte por cosas insignificantes mientras se te rompe el corazón.

Apreté los puños.

—Estás muy segura de que va a acabar mal.

—No debería tener que recordarte que Ian tardó diez años en darme la puñalada por la espalda. Jackson ha tardado menos de una semana en hacer más o menos lo mismo. Vamos, Gianna. Tú no eres una ingenua.

—Aprendo de mis errores —contesté, y lamenté que mi voz sonara tan a la defensiva.

—No digo que no tengas que correr ese riesgo. Arriesgándose es como se consiguen las mayores recompensas. Solo te digo que mitigues esos riesgos. Estás hablando de una fusión, pero no estás pensando en tomar las precauciones más elementales.

De pronto, me sentí como una idiota.

Lei lo notó y suavizó el tono:

—Jackson ya te ha costado el proyecto del Mondego. No dejes que te quite nada más.

El resto del día transcurrió como de costumbre, pero yo no dejé de sentirme fatal. Dudaba seriamente entre decirle adiós a Jax y despedirme de la vida que había levantado sin él. Lo más fácil era olvidar que había vuelto a mi vida, pero, después de desear una cosa tanto tiempo, era durísimo renunciar a ella ahora que la tenía al alcance de la mano.

Poco después de las tres sonó mi teléfono y contesté con todo el entusiasmo del que fui capaz.

—Gianna —dijo Chad, un poco alterado—, ¿puedo hablar con Lei?

Cerré los ojos, consciente de que iba a pedirle trabajar con otra persona. Yo me había hecho ilusiones de que el lapso de tiempo transcurrido entre su regreso a Nueva York y aquella llamada significara que había cambiado de idea, o al menos que había decidido esperar un poco antes de apretar el gatillo.

—Voy a ver si está libre. No cuelgues.

Me levanté y me acerqué a la puerta de su despacho. Estaba trabajando en su ordenador, con las cejas fruncidas por encima de las gafas rojas. Llamé suavemente.

Levantó la vista.

—¿Sí?

—Te llama Chad Williams.

Se quitó las gafas y asintió.

—Pásamelo.

Regresé a mi mesa y transferí la llamada. Luego, intenté concentrarme en otra cosa que no fuera el murmullo de la voz de Lei. Pero era demasiado fácil ponerme a pensar en Jax, acordarme de su voz la última vez que me había dicho que me quería.

Había estado loca por él desde la primera vez que lo había visto. No sabía cómo renunciar a él. Tampoco sabía cómo vivir con él. No iba a ser fácil integrarlo en mi vida. Iba a tener que cambiarla de arriba abajo para hacerle un hueco.

¿Por qué no me había enamorado de alguien sencillo y con buen carácter? Alguien que introdujera un poco de diversión en mi vida, en vez de un montón de problemas.

—Gianna...

Levanté la vista cuando Lei salió de su despacho con los labios fruncidos pensativamente.

—¿Sí? Me preparé para el golpe. ¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de dirigir un proyecto de la magnitud del contrato con el Mondego?

—Chad acaba de tener una reunión con Jackson Rutledge —dijo.

Estiré la espalda y noté un nudo en el estómago. Mierda. ¿Iba a volver a jorobarme Jax?

—¿Por qué?

—Se ha ofrecido a invertir tres millones de dólares a cambio del treinta por ciento de las acciones.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

¿Qué significaba aquello? ¿Intentaba robarme a Chad? ¿Cómo iba a hacerlo, teniendo Chad un contrato con Lei?

Mi jefa arrugó el ceño.

—Básicamente, nos está ofreciendo una garantía de que no saboteará a Chad, una garantía que asciende a tres millones de dólares.

Me quedé mirándola mientras intentaba asimilar la noticia.

Se encogió de hombros.

—Chad va a decirles a sus abogados que echen un vistazo a los papeles, pero también va a mandármelos a mí. Quiere asegurarse de que no hay un posible conflicto.

Asentí lentamente con la cabeza y miré mi cajón pensando en el móvil que guardaba dentro.

—No ha dicho nada de que quiera trabajar con otra persona —añadió Lei—. No hay motivo para ello, si la oferta es válida.

—Ya —dije, pero seguía intentando asimilar el significado de lo que había hecho Jax.

—Deduzco que le hablaste de los recelos de Chad.

Me levanté lentamente e hice un gesto afirmativo.

—Pero no sabía nada de esto, te lo juro.

—Ya lo veo, por tu cara —se quedó mirándome un momento más—. Parece que Jackson intenta despejarte el camino.

—Sí —era un disparate. ¿Qué tenía él que ganar?

Resultaba deprimente tener que hacerme esa pregunta. ¿Cómo era posible que lo quisiera más que a nada en el mundo y que al mismo tiempo dudara constantemente de él?

Sonó el teléfono de mi mesa y contesté, aliviada por tener una excusa para esquivar la mirada penetrante de Lei.

—Gia —la voz de Jax hizo que dentro de mí se desatara un tumulto aún más violento—. Esta noche hablamos con tu familia, cuando cierre el restaurante. Tengo mucho trabajo, así que nos vemos allí. Un chófer estará esperándote cuando salgas de trabajar y se quedará contigo hasta que sea la hora de llevarte al restaurante. Él se encargará de cargar las cosas que vas a traerte al ático para pasar estos días, hasta el fin de semana. Después iremos a recoger el resto. Deja que...

—Jax, por favor, ¿quieres frenar un poco? —me dejé caer en mi silla, sintiéndome agotada.

Se quedó callado un instante.

—Hemos tardado dos largos años en llegar a este punto.

—Sí. Dos años de vacío. Sin saber ni una sola palabra de ti. Y ahora, de repente, entras en mi vida como una apisonadora, arrojando con todo. Estoy hecha polvo. Agotada. No puedo pensar. No sé cómo resolver esto.

—¿Qué es lo que hay que resolver? —replicó, molesto, lo cual solo consiguió irritarme más aún.

Me erguí en la silla, pero bajé la voz. Odiaba tener una conversación tan

personal en el trabajo, pero me sentía incapaz de retrasarla. Llevaba horas bullendo por dentro y estaba a punto de estallar.

—¿Por qué narices has tardado tanto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué luchas por mí ahora?

—¡Porque tú por fin estás luchando por mí! —replicó—. Estabas contenta con cómo nos organizábamos en Las Vegas. Querías que siguiera siendo así, seguramente pensabas que seguiríamos así un año o dos, a ver qué pasaba. Y eso no era posible, Gia. El tiempo que pasamos juntos era tiempo prestado. Un poco más y alguien nos habría descubierto y habría empezado a perseguirte, a intentar aprovecharse de ti mientras yo estaba a miles de kilómetros de distancia. La verdad es que dejé que durara demasiado.

—¡Podrías habérmelo explicado!

—Tonterías. Has tenido muchas oportunidades, Gia. Esperé a que llegaras a la conclusión de que merecía la pena luchar por lo nuestro. No pasaba ni un día sin que esperara que llamaras o aparecieras de repente. Ni siquiera me dejaste un mensaje para decirme que estabas enfadada. Llamaste un par de veces, mandaste un par de e-mails y luego nada. Tiraste la toalla.

—Entonces, ¿era una especie de prueba? —pregunté, rabiosa—. ¿Me rompiste el corazón para ponerme a prueba?

—Puede ser. Y no creas que no me fastidia haber sido yo quien ha tenido que volver para conseguir que por fin dijeras que querías más.

—¡Eres un capullo!

—Tienes mucha razón, lo soy. Nunca he dicho lo contrario.

Sentí el picor de las lágrimas y aquello fue la gota que colmó el vaso. Estaba en el trabajo. No iba a derrumbarme en mi mesa y que cualquiera que pasara por allí me viera llorar.

—Tengo que dejarte.

Colgué. Lei había vuelto a su despacho en algún momento, por suerte. Me quedé allí parada un minuto, temblando de rabia y de tristeza. No podía creer que Jax me culpara a mí del tiempo que habíamos pasado separados.

Cerré los ojos, respiré hondo y me obligué a olvidarme de todo aquello. Guardé a cal y canto mis emociones y me concentré en el trabajo que tenía entre manos.

—Que te jodan, Jax —susurré al sentarme en mi silla.

Después, me volqué en el trabajo.

Un Mercedes negro estaba esperándome junto a la acera cuando salí de trabajar. Lo reconocí nada más verlo porque el conductor que esperaba junto al coche tenía un aire reconcentrado y amenazador, a pesar de su traje negro y almidonado. Se notaba a la legua que era un guardaespaldas y sus ojos se

clavaron en mí tan fijamente que noté su mirada a pesar de que llevaba puestas unas gafas de sol de espejo.

¿Había elegido Jax a propósito a un guardaespaldas capaz de intimidarme? Otra táctica para asustarme. Otra prueba.

Últimamente había descubierto muchas facetas nuevas de Jackson Rutledge. ¿Había estado enamorada de un espejismo todo ese tiempo?

El conductor me saludó con una enérgica inclinación de cabeza y abrió la puerta trasera. Me deslicé dentro y me hundí en el asiento de piel, suave como la mantequilla. Cerré los ojos y anhelé estar en casa. Quería tenderme en mi cama y llamar a mi amiga Lynn, a Las Vegas. Ella estaba a mi lado cuando conocí a Jax, y había sido testigo de las semanas que siguieron. Si alguien podía ayudarme a poner las cosas en perspectiva, era Lynn.

El motor cobró vida con un ronroneo y el coche se apartó de la acera. Consciente de que teníamos un lento camino por delante debido al atasco de hora punta en Manhattan, repasé mentalmente los días anteriores y procuré ordenar mis ideas para hacerme entender mínimamente, al menos, cuando hablara con Lynn. No llegué muy lejos: al poco rato, me di cuenta de que estábamos entrando en un aparcamiento subterráneo. Abrí los ojos, me erguí y reconocí el edificio de Jax.

—Creía que íbamos a mi casa —le dije al chófer.

—Me han dicho que la traiga aquí.

Estuve a punto de ponerme a discutir, pero sabía que no era culpa suya. Era Jax quien me estaba sacando de quicio. Y, si no tenía la suficiente sensatez para dejar que me tranquilizara un poco antes de verlo, iba a recibir lo que se merecía.

Uno de los conserjes me abrió la puerta y salí. El chófer me condujo al ascensor, introdujo el código del ático y dejó que subiera sola.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso del ático y vi que Jax me estaba esperando en el vestíbulo particular. Verlo fue como un mazazo.

Se había quitado la chaqueta del traje en algún momento y se había desabrochado el chaleco. Tenía floja la corbata y el botón de arriba de la camisa, desabrochado, dejaba ver su garganta morena y fuerte como una columna. Se había subido las mangas y enseñaba los antebrazos poderosos y llenos de venas.

Iba vestido como un empresario, pero exudaba la potente virilidad de un hombre en la flor de la vida. El deseo se agitó en los márgenes de mi ira y mi frustración.

—Pon la palma de la mano en el panel —ordenó, señalando con la barbilla el panel de seguridad que había junto a su puerta.

Apreté los dientes, pasé a su lado y mis tacones tamborilearon sobre el suelo de mármol. Apoyé bruscamente la mano en el cristal y pitó tres veces.

—Gianna Rossi reconocida y archivada —anunció una voz femenina

informatizada mientras se abría la puerta.

Entré en su apartamento, tensa y dispuesta a luchar. Le oí cerrar la puerta detrás de mí.

Esperé a que dijera algo, pero se limitó a pasar por mi lado con paso confiado y sensual. Se comportaba como un hombre al que le gustaba follar y sabía que lo hacía bien. Esa sutil arrogancia sexual siempre me había excitado. A pesar de lo enfadada que estaba, seguía sin ser inmune a ella.

Se detuvo ante la vitrina de metal y cristal que había delante de los ventanales, agarró una botella de cristal y sirvió un líquido ambarino en un vaso corto. Bebió un sorbo de espaldas a mí.

El silencio se alargó, inundando la habitación. Dejé el bolso en uno de los sillones de piel negros y crucé los brazos mientras lo observaba, esperando. Siguió allí parado, como si estuviera solo en la habitación.

Por fin dije:

—Creía que tenías que trabajar hasta tarde.

—Y así es —contestó con voz firme.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Exhaló bruscamente.

—¿Qué es lo que dijiste en Atlanta? Algo así como que merece la pena aguantar toda esta mierda con tal de seguir juntos.

—No te comportes como si yo tuviera alguna autoridad o algún control sobre lo que está pasando aquí —crucé los brazos—. El que dirige el espectáculo eres tú, a mí solo me arrastras de un sitio a otro.

Jax se volvió para mirarme.

—Me dedico a arreglar problemas, Gia. Ya lo sabes.

—¡No es solo eso! No se trata solo de Chad y de mi familia. Lo nuestro siempre ha sido así. Tú dices cuándo y cómo y dónde y cuánto tiempo. Yo no pinto nada. No tengo ningún control.

Su rostro se crispó. Dio un paso hacia mí.

—¿Eso es lo que piensas? ¡Santo cielo, Gia, me tienes agarrado por los huevos!

—Si es así, no es eso lo que quiero. Quiero que seamos un equipo, Jax. No quiero que ninguno de los dos sienta que está a merced del otro.

Dejó el vaso sobre la mesa baja al pasar junto a ella, directo hacia mí.

—Estoy completamente a tu merced —afirmó en voz baja, con unos ojos tan oscuros que parecían negros—. Llevo todo el día teniendo la sensación de que, con cada paso que doy para acercarme a ti, solo consigo alejarte más de mí. Noto cómo me rechazas, cómo quieres distanciarte. Y no puedo soportarlo.

—Y yo tengo la sensación de estar tratando con un extraño. No sé quién eres cuando te comportas así. No puedo evitar preguntarme si alguna vez te he conocido de verdad. Y si no es así, ¿de quién demonios me he enamorado?

—Nena —tomó mi cara entre sus manos y acercó sus labios a los míos. Rozó mi boca de un lado a otro. Una, dos veces. Luego su lengua lamíó la comisura de mis labios y sentí su aliento cálido y húmedo y su sabor, teñido por el licor que había estado bebiendo.

Gemí y eché la cabeza hacia atrás, intentando besarlo más profundamente. Una de sus manos rodeó mi nuca mientras la otra se deslizaba hacia abajo para agarrar mi cadera. Sus caricias ardientes hicieron que se me pusiera la piel de gallina. Me apretó suavemente y mis pechos se hincharon, volviéndose pesados y tiernos.

Respiré hondo y aspiré su aliento. Sentí que mi cuerpo se agitaba al reconocer a Jax como al único hombre al que deseaba frenéticamente, el único al que no podía resistirme. Levanté las manos y metí los dedos entre su pelo oscuro, sedoso y espeso para acercarlo a mí.

—Tú me conoces, Gia —susurró junto a mis labios—. Me quieres.

—Jax... —me apreté contra él, apoyándome en sus músculos flexibles y duros—. ¿Hemos cometido demasiados errores?

—Seguramente —su boca se deslizó por mi mandíbula y mi garganta, chupando suavemente—. Pero hay una cosa que siempre hemos hecho bien.

Me rodeó la cintura con el brazo y movió las caderas, apretando su miembro erecto y rígido contra mi vientre. Mi sexo se contrajo, hambriento de él.

—No podemos estar todo el tiempo en la cama —señalé, acordándome de los fines de semana en Las Vegas, cuando apenas desenredábamos nuestros cuerpos.

Me levantó en brazos, sosteniéndome como si no pesara nada.

—Dos años separados y seguimos enamorados. Tiene que ser más fácil estando juntos.

—De momento, no ha sido así —pero de todos modos me quité los zapatos.

Se dirigió a su dormitorio.

—Por eso voy a recordarte por qué merece la pena seguir adelante.

Capítulo

5

Una hora antes, habría dicho que las posibilidades de que Jax consiguiera acostarse conmigo eran nulas. En ese instante, sin embargo, al ver su bella cara crispada por el deseo y sus ojos suavizados por un sentimiento mucho más tierno, deseé olvidarme de todo excepto de cómo me hacía sentir. Quería que me recordara cómo habían sido las cosas entre nosotros en otra época, eso a lo que yo me había aferrado tanto, lo que confiaba en poder recuperar.

Me depositó sobre la cama y se tumbó sobre mí apoyando una rodilla en el edredón. Me apartó de la mejilla un mechón de pelo y deslizó la mirada hacia abajo, hasta el lugar donde su mano acariciaba mi muslo metiéndose bajo mi falda.

—Quiero que te desnudes —le dije.

Su boca, aquella boca perversamente sensual capaz de volverme loca, dibujó una sonrisa engreída.

—Conque sí, ¿eh?

Me estiré, sabiendo que de ese modo le provocaría. Al oír que dejaba escapar un gruñido gutural, le obsequé con una sonrisa idéntica a la suya.

Me agarró por la corva, me hizo levantar la pierna y ladearla, me subió la falda y dejó al descubierto mi liguero y mis bragas a juego.

Se lamió los labios.

—Nena... Va a encantarme ver cómo te arreglas para ir a trabajar cada mañana.

Me di cuenta entonces, bruscamente, de que a partir de entonces íbamos a compartir momentos cotidianos como aquel, y deseé que así fuera. Quería al hombre que había sido mío tan poco tiempo.

—Sigues llevando demasiada ropa encima.

Se incorporó y se quitó el chaleco, dejándolo caer al suelo. Se tiró del nudo de la corbata de seda y la dejó caer sobre la moqueta. Cuando comenzó a desabrocharse la camisa, me apoyé en los codos para mirar.

Dejé escapar un suave ronroneo de placer.

Se detuvo y levantó una ceja. El brillo de sus ojos me hizo mover las piernas con nerviosismo. Jax sabía que estaba buenísimo, sabía cuánto me gustaba mirarlo.

—No pares —le dije.

—Me encanta que me mires así —se desabrochó otro botón.

Me mordí el labio inferior. Siempre había sido atlético y musculoso, pero ahora se le veía más fuerte. Más definido. Su piel dorada se tensaba sobre sus

músculos prominentes. Quise pasar las yemas de los dedos por cada palmo de su cuerpo, lamerlo como si fuera mi postre preferido, hacerle sentir lo mucho que lo amaba.

Se quitó la camisa y yo cambié de postura, me puse de rodillas para tocarlo. Gruñó cuando deslicé las manos por sus hombros y luego por sus bíceps, apretándolos y acariciándolos.

—¿Cómo es posible? —me pregunté en voz alta—. Eres todavía más apetecible que antes, y ya eras un dios.

—Nena... —selló mi boca con la suya y me dejó sin aliento cuando deslizó su lengua sobre mis labios.

Mis manos se deslizaron ansiosamente por su pecho y sus abdominales, siguiendo el contorno de cada músculo, de cada cavidad.

—Qué duro estás —susurré, deseosa de sentir todo aquel mármol cubierto de seda apretado contra mí.

—El ejercicio propio de la frustración sexual —me agarró por la muñeca y apreté mi mano contra su miembro erecto, presionándolo contra mi palma—. Como no podía tenerte, gastaba mis energías entrenando. Los sueños húmedos me estaban matando.

Agarré su verga y la acaricié de la base a la punta.

—No siempre has estado tan frustrado —mascullé, pensando en las mujeres que habían disfrutado de él, que habían tenido lo que era mío—. Por lo menos, en dos ocasiones.

Me agarró por la coleta y me hizo echar la cabeza hacia atrás para que lo mirara.

—Siempre —dijo con vehemencia—. Me has dejado inservible para otras mujeres, Gia.

—Qué bien —besé su hombro—. Pero sigues vestido.

—Acaba tú —me quitó la goma y metió los dedos entre mi pelo.

Empezaron a pesarme los párpados, embriagada por el ansia sexual que irradiaba de Jax. Al sentir las yemas de sus dedos acariciar mi cuero cabelludo, me embargó una oleada de felicidad. Cada palabra que decía, cada gesto que hacía parecían ideados para seducirme.

Y estaba dando resultado.

Luché con el cierre escondido de sus pantalones de traje, abrí la bragueta y descubrí que llevaba calzoncillos negros ajustados. Tenía la polla tan dura, tan lista, que su ancho glande asomaba por encima de la cinturilla. Reluciente y lubricada, parecía llamarme, incitándome a bajarle los calzoncillos por debajo de las caderas.

Un sonido suave y ansioso inundó el aire entre nosotros. Jax tenía un cuerpo deslumbrante. Fuerte, grande, duro. Allí parado, con los pantalones desabrochados, la polla expuesta sin ningún pudor y deliciosamente erecta y el

cuerpo fibroso y fuerte, era la cosa más erótica que yo había visto nunca.

Lo quería dentro de mí.

Bajó la cremallera de mi falda y empezó a desabrochar los botones de mi blusa. Mientras tanto, sus labios se deslizaron por mi garganta y su lengua resbaló por la vena que palpitaba en mi cuello.

—Voy a lamerte todo el cuerpo —prometió, y sus palabras fueron como un soplo de aire sobre mi piel húmeda.

Rodeé su polla con las manos y la sentí caliente y mojada. Estaba tan excitado que lubricaba sin parar. Su miembro era un potente afrodisíaco, y mi sexo estaba tan ardiente y húmedo como el suyo. Resbaladizo de deseo, se tensaba con avidez, ansioso por que la gruesa verga que acariciaba amorosamente lo llenara por completo.

Me llevé los dedos a la boca, paladeé su sabor y sentí que su aroma denso y delicioso me embriagaba.

Me observó, maldiciendo en voz baja. Sus manos se crisparon sobre la seda de mi blusa y los botones saltaron y cayeron al suelo.

—Te quería desnuda —masculló y, agarrándome por la cintura, hizo que me diera la vuelta y me tumbó boca abajo sobre el borde de la cama—. La próxima vez será.

Me subió la falda por encima de las caderas y dejó mi culo al descubierto. Me agarró por la corva y me hizo levantar la pierna y apoyarla en la cama para abrir mi sexo. Después apoyó las manos sobre las curvas gemelas de mis nalgas y las apretó. Su aliento rozó, rápido y caliente, mi piel erizada, y sus dientes me arañaron y me mordieron suavemente.

—Dios mío, estás hecha para follar —dijo con voz hosca—. Te hicieron solo para volverme loco.

Metió un dedo bajo el encaje de mi tanga y lo deslizó desde la cintura hasta la carne húmeda de mi entrepierna. Su nudillo rozó mi sexo y me estremecí, jadeando, cuando un temblor me sacudió por dentro.

Rompió el encaje y me sobresalté, sorprendida por el rápido y fuerte tirón que rozó mi piel y por el ruido de la tela al rasgarse. Se tumbó sobre mí, su cuerpo febril y caliente cubrió mi espalda, sus manos se metieron debajo de mí para agarrar mis pechos hinchados. Su polla se posicionó, gruesa y ardiente, entre los cachetes de mi culo, y empujó, metiendo entre ellos su largura de acero.

La sensación de estar indefensa, a su merced, me puso al borde del orgasmo. Me derretía ante un hombre tan excitado que era capaz de arrancarme la ropa. El deseo de Jax era irresistible, cegador. Amaba mi cuerpo tanto como yo el suyo. Más aún, quizá. Parecía imposible, pero era lo que me había hecho sentir siempre.

—No esperes —le supliqué, frotando las caderas contra él.

—¿Qué quieres, nena? —ronroneó mientras acariciaba mis pezones duros—. Dime lo que quieres.

Yo estaba jadeando, me retorció, excitada por el contacto de sus pesados testículos contra los labios húmedos de mi sexo.

—Fóllame, Jax. Fóllame fuerte.

Frotó la nariz contra mi sien.

—¿Quieres esto?

Con un movimiento de caderas, la punta de su polla se introdujo en la hendidura de mi cuerpo. La presión aumentó cuando el glande se abrió paso dentro de mí, ensanchándose para dejar espacio a su grueso mango.

Gemí y cerré los ojos con fuerza, temblando. Jax estaba por todas partes, en cada bocanada de aire que respiraba, en cada centímetro de mi piel.

—Qué tenso, nena —masculló apretando los dientes mientras se retiraba y volvía a penetrarme aún más profundamente. Lentas y fáciles embestidas que lo hundían dentro de mí con cada acometida. Gruñó y me agarró por las caderas, que yo movía en círculos ansiosamente, sujetándome mientras me follaba cada vez más hondo—. Tenso y cremoso. Dios, qué maravilla. Voy a correrme a lo bestia para ti. Voy a llenarte entera.

Clavé las uñas en el edredón. Abrí los ojos, aturdida, y separé los labios para respirar. Me ardían los pulmones. Intenté desasirme, quería que se moviera más rápido, más fuerte. Sorprendí un movimiento por el rabillo del ojo y nos vi reflejados en el espejo sujeto a la puerta del vestidor.

Mi sexo se tensó, intentando atraerlo más adentro, hacia donde lo necesitaba. Giró la cabeza para seguir mi mirada y se detuvo a contemplarse encorvado sobre mí, con los pantalones sujetos apenas a la parte de arriba de los muslos.

Era una imagen impúdica y sensual. Yo, sujeta y todavía vestida por completo, con el sexo abierto y ensartado por su enorme polla, y Jax con las nalgas prietas por la fuerza de sus embestidas, los bíceps gruesos y flexionados de tanto amasar mis pechos y la espalda reluciente por una fina pátina de sudor.

Esbozó una sonrisa perversa.

—Te gusta ver cómo te follo.

Para demostrarlo, se retiró y volvió a penetrarme, y su cuerpo entero se tensó al hundirse de nuevo en mí. Gemí. Mi sexo succionó ansiosamente su polla. Mis pezones se crisparon dolorosamente contra las palmas de sus manos.

—Ah, sí, claro que te gusta —ronroneó con voz perversamente seductora—. Voy a llenar el techo de espejos, Gia, nena. Vas a ver cómo rindo culto a este cuerpo tan sexy noche y día. Nunca olvidarás por qué aguantas lo que hay fuera de esta cama. Voy a grabarme en tu cerebro. Cada vez que cierres los ojos, me verás montándote y suspirarás de placer.

Alcancé el clímax. No pude evitarlo. Grité cuando la tensión se rompió por fin y el placer curvó mi espalda en un tenso arco contra su pecho.

Jax gruñó y perdió el control, me folló con fuerza, rápidamente, hundiéndose profundamente hasta estallar con una maldición furiosa. Hundió los dientes en mi hombro. Se corrió dentro de mí, acompañando mi orgasmo con gruñidos desgarrados mientras su cuerpo temblaba violentamente por la fuerza de su eyaculación.

Era demasiado. Yo no podía ver, no podía pensar. Arañé el edredón, intentando instintivamente alejarme de aquella riada de sensaciones, de la polla que escupía su semen mientras seguía hundiéndose dentro de mí, obligándome a acogerla de nuevo, a sentir más cuando ya no me era posible soportarlo.

Jax me mantuvo atrapada y poseída, una prisionera sometida al inagotable deseo que nos unía.

Me desvistió, limpió su semen de mi cuerpo con una toalla tibia y me tumbó sobre la cama. Yo estaba floja entre tanto, sin aliento y ligeramente irritada por que él pudiera moverse y pensar mientras yo estaba aturdida por una oleada de endorfinas postorgásmicas.

—Das asco —le dije cuando por fin se tumbó en la cama a mi lado, gloriosamente desnudo.

Apoyó la cabeza en la mano y sonrió, pasando los dedos con ligereza por mi canalillo para rodear luego mi ombligo.

—Creo que te has perdido los diez minutos que me ha costado levantarme.

—La próxima vez, te dejo para el arrastre —gruñí.

—Umm —se inclinó sobre mí y me besó en los labios—. Me hace feliz que vaya a haber una próxima vez. Montones de veces. Tienes que compensarme por estos dos años.

Entorné los párpados.

—No pienso cargar con esa culpa. Te marchaste. Aunque yo no te siguiera, fuiste tú quien se largó.

—Entonces soy yo quien tengo que compensarte por estos dos años —se deslizó sobre mí, me separó los muslos con las rodillas y se colocó entre ellos—. Será mejor que empiece.

Estiré el brazo para apartarle el pelo de la frente. Estaba todavía más guapo después de hacer el amor. Parecía más joven, como si sus facciones se hubieran suavizado, le brillaban los ojos y su sonrisa tenía un encanto juvenil. Parecía feliz, y se me encogió el corazón al pensar que era yo la responsable de su felicidad, incluso sin habérmelo propuesto.

Giró la cabeza y besó la palma de mi mano.

—Te quiero.

—Jax... —me picaron los ojos—. Antes soñaba con que me decías eso.

—Te lo dije muchas veces —confesó— mientras dormías.

Aquello me dolió más que el convencimiento de que nunca me había querido.

—¿Entenderé alguna vez por qué nos hiciste pasar por ese infierno?

La luz de sus ojos se apagó. Su sonrisa se desvaneció.

—Me temo que sí.

La tensión envaró su cuerpo grande y fuerte, y lamenté haber sacado a relucir aquel tema. Rodeé sus caderas con las piernas, atrayéndolo hacia mí.

—Vamos a ponernos de acuerdo en no traer a la cama nada, más que a nosotros mismos —murmuró mientras pasaba la nariz por mi mejilla—. Quiero que tengamos un lugar donde solo estemos tú y yo, un lugar donde podamos recordar por qué lo demás no importa, solo lo que hay entre nosotros.

Asentí con la cabeza y deslicé las manos por su espalda, arriba y abajo. Escondiendo la cara en su cuello, aspiré profundamente y dejé que el olor familiar y amado de su piel me anclara al presente.

—Por mí, perfecto. Pero te advierto desde ya que, si no empiezas a incluirme en tu vida, no llegaremos mucho más lejos de esta cama.

Esbozó una sonrisa contra mi piel.

—Es usted dura de pelar, señorita Rossi.

—Desde luego que sí.

Su espalda se arqueó bajo mis manos. Empezó a penetrarme con un gruñido entrecortado.

—A decir verdad —dijo con voz gutural—, y yo también.

Envuelta en una de sus batas, me bebí una copa de vino mientras lo veía cortar fiambres y queso. Su enorme nevera estaba tan vacía como era de esperar en un soltero.

—¿Has vivido alguna vez con una mujer? —le pregunté.

—No.

Asentí, admirándolo con su pantalón de pijama suelto.

—¿No te preocupa sentir que es una especie de invasión de tu intimidad?

Me miró con sus penetrantes ojos oscuros por debajo de los mechones revueltos de su pelo.

—No.

—Esta casa es muy... aséptica. ¿No crees que te sacaré un poco de quicio ver mis zapatos tirados aquí y allá o mi bolso sobre la silla o...?

—¿O tus bragas en la alfombra porque te las he arrancado para follarte? —se irguió—. No, no va a importarme. ¿Estás teniendo dudas?

Bebí otro sorbo del aromático Riesling antes de contestar:

—Es solo que me preocupa que estés pensando tanto en mí que no te quede espacio para pensar en cómo va a afectarte esto.

Dejó el cuchillo y tomó su copa. Parecía peligrosamente tranquilo con

aquellos ojos que todo lo observaban.

—¿De qué tienes miedo, Gia?

Pensé en el mejor modo de decirle lo que me rondaba por la cabeza.

—Sé que te preocupa lo que se nos va a venir encima fuera de este apartamento, pero a mí me inquieta más lo que va a pasar aquí. Todo es muy divertido y encantador hasta que uno empieza a sentirse molesto por la realidad cotidiana de vivir con otra persona.

Jax se apoyó contra la encimera, cruzó los tobillos y se rodeó el pecho con un brazo. Sosteniendo la copa de vino en alto, parecía relajado y a gusto, lo cual no era cierto. Había clavado en mí su mirada acerada, desnudándome por completo.

—¿Como tu forma de salpicar agua por todas partes cuando te lavas la cara? —preguntó con sorna—. ¿O que acumules platos en el fregadero porque sigues sacándolos uno a uno del lavavajillas cuando tienes que usarlos? ¿O que tengas cargadores enchufados en todas las habitaciones para no tener que ir muy lejos a cargar el móvil? ¿O que me tropiece cada dos por tres con los zapatos que vas dejando por toda la casa?

Parpadeé.

—Eh... sí.

—El hecho de que me guste mirarte el culo, nena, no significa que no prestara atención al resto de tu persona cuando estábamos juntos en Las Vegas —esbozó una sonrisa—. Dicho esto, si de verdad te preocupa molestarme, podemos acordar cómo me compensarás cuando eso pase.

Puse los ojos en blanco y mascullé:

—Eres un tío, no hay duda.

—¿Y ahora te das cuenta? Gia, tu capacidad de observación deja mucho que desear.

Tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—¿Vamos a comer o qué?

—¿Vas a dejar de preocuparte?

—Supongo que sí, pasado un tiempo —pasé los dedos por el pie de la copa—. Hemos estado juntos seis semanas en total, en toda nuestra relación. En circunstancias normales, no me pedirías que me viniera a vivir a tu casa. Es demasiado pronto. Puedes decir que para ti no es para tanto y que estás preparado, pero voy a tener que verlo para creérmelo.

—Muy bien —se incorporó—. Tal vez, en circunstancias «normales», habríamos pasado unos cuantos meses dividiéndonos entre tu casa y la mía, manteniendo la ficción de que no nos estábamos precipitando, pero no habríamos pasado ni una noche separados. No tenemos tanto autocontrol.

—Puede ser —reconocí—. Pero a ti no te gusta dar tu brazo a torcer.

—He podido elegir —dejó su copa sobre la encimera, rodeó la barra del

desayuno y se acercó a mí con un paso lento y deliberado que me hizo estremecerme—. Podría haberme marchado. Podría haber mejorado la seguridad de tu *loft*, o buscarte otra casa, o dejar simplemente que te valieras por ti misma.

Se paró delante de mí y tiró del cinturón de mi bata, dejando mi cuerpo al descubierto. Se lamó los labios y entornó los párpados, cargados de deseo. Puso las manos sobre mis rodillas para separarme los muslos. El aire fresco acarició mi sexo cuando sus pulgares se deslizaron por la cara interna de mis piernas.

—Podría haber aceptado tu oferta y haberme convertido en el tío al que llamas cuando te apetece esto.

Rodeé sus caderas con las piernas y lo atraje hacia mí.

—Quizá no te habría llamado.

—¿Serías tan cruel? —desató el cordel de sus pantalones y se sacó la polla endurecida y gorda. Agarrándola con el puño, se preparó para mí.

Yo estaba hipnotizada, embelesada por la visión de su mano grande acariciando su verga rodeada de gruesas venas.

—Habría esperado todo lo posible.

—Y yo te habría mandado mensajes eróticos, te habría llamado, te habría perseguido... Ni en sueños habría sufrido solo —sus labios rozaron mi frente y susurró—: ¿Podemos hacerlo otra vez?

—De veras te has propuesto recuperar el tiempo perdido, ¿eh?

—No puedo evitarlo, es el efecto que surtes en mí —pasó su glande por los labios de mi sexo, apretando mi clitoris—. En cuanto apareciste en aquel bar de Las Vegas, estuve sentenciado.

Me agarré al asiento del taburete.

—Embustero. Habías salido a ligar. Media docena de tíos en una despedida de soltero, de copas por la ciudad. Estabas dispuesto a follar costase lo que costase.

—Sí —reconoció, sonriendo—. Igual que tú.

—Elegí al tío más bueno del bar —dije jadeante, retorciéndome mientras seguía provocándome con lánguidas caricias de su glande aterciopelado.

—Yo me ligué a la tía más buena del mundo —pasó la lengua por mis labios entreabiertos en una caricia descaradamente erótica—. Me pusiste a cien. Fue la mar de molesto estar empalmado durante horas.

—Imposible no darse cuenta —sonreí, recordando la emoción de aquel momento—. La tienes tan grande...

—¿La quieres?

Asentí.

—También la quería entonces. Te llevé a casa conmigo, ¿no? Sabía que pensarías que era demasiado fácil, pero no pude resistirme.

Se insertó en mi raja húmeda con un largo gruñido.

—Te habría perseguido durante días si hubiera hecho falta. Me parecía

impensable no acostarme contigo.

Tensé las piernas, lo atraje hacia mí y me estremecí cuando se deslizó inexorablemente dentro de mí. Gemí, diciendo su nombre, asombrada por lo vulnerable que me sentía cada vez que me tomaba.

—Gia, nena... —con una mano me agarró de la nuca y con la otra de la cadera, sujetándome mientras movía las caderas y se abría paso entre los delicados tejidos de mi sexo para hundirse más y más en él—. ¿Lo notas? Te estoy penetrando, pero tengo la sensación de que eres tú quien se está deslizando dentro de mí. Cada vez, es como si te metieras bajo mi piel.

—Eso quiero hacer —clavé las uñas en su espalda y flexioné los dedos—. Quiero que seas mío, Jackson.

—Bruja —dijo entre dientes, con la mandíbula tensa—. Creía que iba a acostarme contigo, a follar como un loco contigo hasta el amanecer y que luego me iría a casa con una sonrisa. Pero me masticaste, me tragaste y me sacaste todo el jugo. No podría haber salido de tu cama ni aunque hubiera querido, y te habría suplicado que me dejaras quedarme si hubieras intentado echarme a patadas.

—¡Ja! Ahora comprendo lo buen actor que eres —gemí cuando me penetró por completo y una inmensa alegría se apoderó de mí—. No tenía ni idea. Me hiciste creer que eras medallista en maratones sexuales.

Miró con ternura mi cara sofocada.

—Era un hombre hambriento, nena. Vivía de despojos y de comida basura, y tú fuiste mi primera comida casera de verdad. Te necesitaba, Gia, y no he parado de necesitarte desde entonces.

—Yo también te necesito —tanto... Demasiado. El solo hecho de estar en la misma habitación que él hacía que me sintiera viva.

Me agarró por el culo, me levantó y me llevó al sofá. Me tendió y, sin soltarme, se cernió sobre mí como un dios dorado.

—No lo olvides —dijo con voz ronca. Apartó con dedos temblorosos el pelo de mi frente—. Cuando las cosas se pongan feas, no olvides que te necesito.

Vi preocupación en sus ojos, la misma preocupación que me decía que no sintiera, y se me encogió el corazón. Después empezó a moverse dentro de mí, a cabalgarme con suaves y fuertes embestidas, y yo me dejé llevar.

Capítulo

6

—Esas vistas son una lata, tío —comentó Nico mientras dejaba una caja con mis cosas sobre la barra del desayuno y se acercaba a las ventanas—. Demasiado cielo, y además no se puede espiar a los vecinos.

—No necesito más vistas que esta —replicó Jax, agarrándome por la cintura cuando entré en su apartamento (en nuestro apartamento) detrás de mi hermano.

—Voy a vomitar —masculló Vincent, entrando por la puerta abierta cargado con mi maleta y un macuto—. ¿Dónde pongo esto?

—Déjalo en el suelo —le dije, y me revolví cuando Jax me mordisqueó el cuello.

Era una tarde preciosa de sábado, perfecta para salir a pasear por la ciudad. Una mudanza no era lo que más me apetecía, pero no me quejaba. Y tampoco se había quejado mi familia, lo cual me parecía un pequeño milagro.

Jackson Rutledge era capaz de vender arena en el desierto. En ningún momento había dicho que lo nuestro fuera un compromiso de por vida, y sin embargo había logrado transmitir un deseo serio y apasionado de vivir conmigo cuando nos habíamos sentado a hablar con mi familia, al cerrar el restaurante el jueves por la noche. Creo que los dos sabíamos que mi familia oía campanas de boda, pero Jax no parecía sentirse presionado por sus expectativas. Yo, por mi parte, me esforzaba por no hacerme ilusiones.

Lei me había deseado buena suerte el viernes, en la oficina, cuando le había contado mis planes, pero parecía muy poco entusiasmada. Era duro para mí, porque me había acostumbrado a buscar siempre su aprobación, y dependía mucho de ella.

—Parece que llego justo a tiempo.

Sentí que Jax se tensaba al oír la voz de su padre. Aflojó su abrazo y se incorporó, soltándose para volverse hacia Parker Rutledge.

—Traigo cerveza —dijo su padre, levantando un paquete de doce. Su sonrisa era amplia y su cara guardaba un parecido sorprendente con la de su hijo. Le tendió la mano a Vincent y se presentó. Luego me miró: Ahí está la mujer gracias a la cual mi hijo sonríe sin parar últimamente. Me alegro de volver a verte, Gianna.

—Hola, señor Rutledge.

—Parker, por favor —abrió el paquete de cervezas y le dio una Vincent. Luego entró en el cuarto de estar para estrecharle la mano a Nico—. He visto en el portal al otro Rossi. Parecía estar haciendo una apuesta con el portero.

Lancé una mirada a Jax y vi que su semblante se endurecía, convirtiéndose

en una máscara inescrutable. Tenía la mirada fija en Parker, que acababa de pasar una cerveza a mi hermano mayor.

—¿Qué os parece si nos reunimos todos la semana que viene? —propuso Parker, incluyéndonos a todos con una mirada—. Tus padres también, por supuesto. Y Regina, mi mujer.

—Los Rossi está tan ocupados como nosotros —contestó Jax con voz crispada—. Más, seguramente.

—No me cabe duda. Emprendedores americanos de pura cepa —Parker dejó el paquete de cervezas sobre la mesa baja y sacó una para él—. Pero seguro que encontraremos un hueco. A fin de cuentas, la familia es la familia.

La mirada oscura y pensativa de Nico buscó la mía. Se encogió de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

Cuando se marcharon todos, Jax me dejó para que ordenara mis cosas donde quisiera y se encerró en su despacho. No hablamos de ello, pero estaba segura de que antes de que apareciera su padre tenía planes distintos para nuestro primer sábado juntos. Parker Rutledge entraba en una habitación como un rayo de sol, y su hijo se volvía de hielo al instante.

¿Qué les ocurría? ¿Por qué cada vez que aparecía su padre se abría automáticamente entre nosotros un abismo?

En menos de una hora acabé de deshacer mi equipaje y me puse a dar vueltas por aquella casa desconocida, sin saber qué hacer. Pensé en ver la tele y luego decidí buscar en Internet horarios de películas y restaurantes para cenar. Ni muerta pensaba permitir que Parker me arruinara mi primer fin de semana viviendo con Jax.

Me dejé caer en el sofá, apoyé los pies en la mesa baja y me puse el portátil sobre las rodillas. Acababa de teclear mi contraseña cuando apareció Jax.

—Hola —lo saludé. Mi sonrisa se borró cuando vi la crispación de sus ojos y su boca—. ¿Va todo bien?

—Claro. ¿Por qué?

—Tienes el pelo muy alborotado, estás muy sexy —sus mechones oscuros estaban revueltos, como si hubiera estado metiéndose las manos entre ellos para liberar su tensión interna, lo cual yo habría hecho encantada por él.

Me lanzó una mirada avergonzada y se pasó la mano por el pelo para alisárselo.

—Estaba pensando que... ¿Te apetece ir a uno de esos aburridísimos eventos sobre los que te advertí?

—Con tal de verte con esmoquin, me apetece cualquier cosa.

Su boca se suavizó en una sonrisa irónica.

—Muy bien, entonces.

Cerré mi ordenador y lo dejé sobre la mesa.

—Pero tendré que ir de compras. ¿Cuándo es?

—Esta noche.

Levanté las cejas.

—¿No podías avisarme con más tiempo?

—Acabo de enterarme —contestó con fastidio—. Podemos hacer que venga una estilista con varios vestidos para que te los pruebes.

—¿En serio? ¿Es un asunto importante?

Se reclinó en la pared, en lo que podría haber sido una pose relajada, de no ser por lo tenso que estaba. Casi podía ver la agitación que irradiaba.

—Te voy a presentar como mi novia. Pero antes de que se te meta en la cabeza que quiero que tengas un aspecto en concreto, permíteme decirte que te llevaría igualmente si fueras vestida como estás ahora.

Me puse en pie y miré mi sencilla camiseta blanca de tirantes y mis pantalones piratas de color tostado.

—Ni lo sueñes.

—Nena, con ese cuerpazo todo te queda sexy —cruzó los brazos, poniéndose cómodo—. Es solo que no quiero que tengas que salir de compras y correr de un lado a otro por toda la ciudad.

—Puedo encontrar algo en cualquier tienda, a no ser que te parezca mal.

—En mi opinión, le quita toda la gracia al asunto. Puedo traer a alguien aquí y ver cómo te vistes y te desvistes. Si vamos de tiendas, me echarán a patadas de los probadores.

Una sonrisa contenida tensó mis labios.

—Pervertido.

—Me confieso culpable.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó con la mayor naturalidad de que fui capaz. No se me escapaba que la mayoría de los hombres no tenían una estilista de guardia para sus novias.

—¿Que me echen a patadas de los probadores? Por lo general, no.

Me dije que era mejor dejarlo correr.

—Bueno, es un alivio saberlo. De todos modos... prefiero salir un par de horas y dejarte trabajar.

—¿Y pasarte toda la tarde preguntándote si me dedico a vestir de punta en blanco a todas las chicas a las que me tiro? —preguntó, incorporándose.

—No quiero hablar de tus conquistas —agarré mi bolso del sillón y miré alrededor buscando mis zapatos.

—Solo quieres enfadarte conmigo por cosas que inventas dentro de tu cabeza.

Lo miré con enfado.

—Si tienes problemas con tu padre, no la tomes conmigo.

—Esto no tiene nada que ver con él.

—¿De veras? Porque tengo la impresión de que casi todo en tu vida tiene que ver con él.

—Tú, no —contestó con calma. Amenazadoramente. Se acercó a mí—. Deja de cambiar de tema y suéltalo de una vez, Gia.

—No importa, Jax. Cuando te conocí, ya sabía que tenías mucho éxito con las mujeres. Lo superaré.

—Tuve mis momentos —reconoció—. Pero nunca me ha importado un comino qué sentía la mujer a la que me estaba tirando, y mucho menos qué ropa llevaba.

Levanté la barbilla.

—¿Por qué siempre estás tan dispuesto a comportarte como un capullo de primera clase?

Se encogió de hombros.

—Solo digo lo que veo.

—No, intentas pintar un retrato tuyo que no tiene nada que ver con la realidad. No puedes seguir diciéndome que te conozco y al mismo tiempo empeñarte en que en el fondo eres un gilipollas —volví a dejar mi bolso—. Es como si intentaras convencernos a los dos de que eres lo que no eres.

—Más bien recordarnos a los dos lo que soy —se detuvo delante de mí—, lo que hay dentro de mí, esperando a salir.

—Creo que eso es lo que te hace pensar tu padre.

—Estás obsesionada con mi padre.

—Solo digo lo que veo —repliqué.

Se quedó mirándome un buen rato, con el cuerpo rígido. Entre nosotros, el aire pareció cargarse de tensión.

—Lo que parece ver es que mi padre y yo tenemos muchas cosas en común, además de la cara.

—Bueno, pues vamos a hablar de ello.

—No quiero hablar de ello.

—Solo quieres que nos peleemos.

Levantó la mano y, al frotarse la nuca, su bíceps tensó la manga de su camiseta. Gruñó.

—Lo que quiero es follarte a cuatro patas.

—Jax —me reí, no pude evitarlo.

Se notaba a la legua que estaba cabreado, y su reacción era tan típicamente... masculina.

—Tienes suerte de que me haya criado con tres hermanos, ¿sabes? Estoy acostumbrada a la chulería de los chicos.

—Y me estás volviendo loco.

—Eso lo estás haciendo tú solito, con ese desorden de personalidad múltiple que tú mismo has confesado —toqué su mandíbula con un dedo—. Espera, y a lo

tengo. Tienes un hermano gemelo. ¡Sois dos!

Cerró los ojos y se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Dios mío.

—Si me acuesto con los dos, ¿puede considerarse adulterio?

Bajó las manos y me miró.

—¿Estás enamorada de los dos?

Toqué su pecho.

—Estoy enamorada de ti.

Dando un suspiro, me abrazó y besó mi hombro.

—En política, la imagen lo es todo. A veces me piden que ayude a otras personas a mejorar la suya. Por eso conozco a un par de estilistas.

Subí las manos por debajo de su camisa para tocar su piel desnuda. Se estremeció suavemente y, al oír su leve gemido, se me disparó el corazón.

—Me alegra saberlo.

Quería saber más, pero por primera vez en nuestra relación teníamos tiempo para dejar que las cosas fueran creciendo por sí solas y desarrollándose. Me permití el lujo de disfrutar de ello.

Había unas cuantas cosas en la vida que me dejaban maravillada de asombro hasta cortarme la respiración. Jax con esmoquin encabeza la lista.

Lo vi cruzar el salón de baile con una copa de champán en cada mano. Caminaba con feroz elegancia, y su paso exudaba una sexualidad inconfundible. El hotel de Washington estaba lleno de potentados de la política y las finanzas, de hombres y mujeres que enarbolaban un poder inmenso. La luz de las gigantescas lámparas de cristal se reflejaba en las joyas de incalculable valor y en el cabello reluciente y perfectamente peinado de los invitados. Las copas de cristal tintineaban al entrecochar, y el zumbido de las conversaciones sonaba como un enjambre de abejas.

En medio de todo aquello, Jackson Rutledge destacaba entre la multitud.

Su pelo era casi tan negro como su esmoquin, su piel se veía ligeramente bronceada y unas cejas de corte arrogante coronaban sus ojos. Su esmoquin, de impecable factura, se ceñía a sus anchos hombros y realzaba la longitud de sus piernas.

Me lamí los labios discretamente. « Es mío ».

Me habría fijado en él en cualquier circunstancia, pero fue su mirada lo que hizo que se me acelerara el corazón.

—Sigue encantándome ese vestido —comentó al darme una copa e inclinarse para besarme el hombro.

Esbocé una sonrisa al acercar mis labios a la copa. El vestido de apagado color oro era el primero que me había probado. Jax había votado por él nada más

verlo, y había negado con la cabeza al ver los tres que me había probado a continuación. Una suave columna de seda listada enfundaba mi cuerpo, sostenida por finas tiras de lentejuelas en los hombros y la espalda. Al principio no había estado muy convencida del color, pero era cierto que el vestido insinuaba espléndidamente mis curvas, en lugar de ceñirse a ellas.

—Gracias.

Se volvió para mirar hacia el salón y apoyó la mano en mi cadera con gesto descaradamente posesivo.

—Dentro de un par de horas podemos volver a Nueva York. O podemos dormir aquí, en el hotel.

—O unirnos al Club de la Milla Aérea. A fin de cuentas, ¿qué sentido tiene tomar un avión privado, si no hacemos garrerías dentro?

Clavó los dedos en mi carne.

—Otra vez tengo una erección en público. Muchísimas gracias.

Me reí y me recosté en él.

—¿Qué tienes que hacer aquí?

—No estoy seguro —bebió un sorbo de champán—. En cuanto aparezca Parker, me haré una idea.

—Depende mucho de ti, ¿verdad?

Se encogió de hombros, pero vi de nuevo aquella crispación en torno a su boca. Poco después, la tensión se extendió también a su cuerpo grande y fuerte, y al seguir la dirección de su mirada descubrí por qué. Parker y Regina Rutledge acababan de llegar. Estaban junto a la entrada del salón de baile, rodeados por quienes estaban ansiosos por codearse con los Rutledge. Había varios personajes semejantes en la fiesta, pero Parker era el mago detrás del telón al que todo el mundo quería ver.

Miró hacia nosotros, sonrió al fijar la mirada en mí y luego miró a Jax. Parecieron comunicarse en silencio.

—Dame un segundo, nena —murmuró Jax, y se alejó, avanzando fácilmente entre el gentío, que se abría para dejarle paso.

Estuve mirándolo hasta que llegó junto a su padre. Después, observé el lenguaje corporal de ambos.

—Vaya, estás estupenda cuando te arreglas —comentó una voz conocida a mi lado.

Volví la cabeza para mirar a Allison Rutledge, antes Allison Kelsey. La recorrí con la mirada, fijándome en los cambios que se habían operado en ella. Apenas la había visto la noche que acompañé a Ian, así que aproveché la oportunidad para hacerlo ahora. Estaba más delgada que en Las Vegas, y ya entonces era muy flaca. Impecable y perfecta de una manera un tanto desabrida, parecía haberse endurecido y hastiado con el paso del tiempo. Había en sus ojos un tedio que era como un eco del que a veces veía reflejado en los

ojos de Jax.

Pero seguía estando tan guapa como siempre, con el cabello oscuro, muy corto y elegante, enmarcando su cara de facciones delicadas y sus grandes ojos azules. Su vestido de tono aguamarina contrastaba bellamente con su piel de porcelana.

—Hola, Allison —dije, volviendo a fijar la mirada en los dos atractivos miembros de la familia Rutledge que hablaban al otro lado del salón.

—Es un vestido precioso —me examinó atentamente—. A Gretchen debe de encantarle, porque también lo sugirió. Pero no es mi estilo.

Bebí otro sorbo de champán para disimular mi reacción al oír inesperadamente el nombre de la estilista. Así pues, Gretchen era un as en la manga para toda la familia Rutledge. Era bueno saberlo.

—Quizá te sorprenda saber que tampoco fue mi primera opción.

Su sonrisa era cualquier cosa, menos amistosa.

—Eres muy lista por dejar que te vista Jackson. Claro que evidentemente eres más espabilada de lo que pensaba, o no estarías aquí.

—¿Te importaría ir a fastidiar a otra persona? —pregunté, agitando la mano con indiferencia—. Este es mi espacio y te conviene salir de él.

—Si no recuerdo mal, no te gusta la hipocresía, ni las chorradas, así que mejor me las guardo. A fin de cuentas, tenemos que llevarnos bien. Ya que estamos, podríamos empezar ahora.

—No tenemos por qué hacer nada juntas —la miré—. Sugiero que hagamos lo posible por evitarnos.

Levantó las cejas como si aquello la sorprendiera y luego se echó a reír con una risa tan melodiosa como su voz.

—No es así como funcionan las cosas, Gianna. Tú y yo vamos a ser superamigas, de cara a la galería. Vamos a comer juntas, y a ir de compras juntas. Ted y yo cenaremos con Jackson y contigo. Iremos a partidos de béisbol, a exposiciones y a toda clase de sitios donde sonreiremos a la cámara y pareceremos unidas como hermanas.

—Has bebido demasiado champán.

—Dejaré que te lo explique Jackson —me puse alerta al ver que sus ojos brillaban sospechosamente.

—¿Explicar qué? —preguntó Regina Rutledge al reunirse con nosotras.

—La próxima campaña de Ted a la alcaldía. Esta vez, Jackson se ha superado.

Apreté con fuerza el pie de la copa, oyendo campanas de alarma.

Regina dibujó una sonrisa, pero su voz sonó áspera y fría.

—Creo que deberías dejar que Jackson se ocupe de Gianna. Es muy protector.

—Me doy por enterada —Allison me miró—. Haré planes para que cenemos

dentro de poco en Nueva York. Que te diviertas, Gianna. Y, repito, estás guapísima. Ese vestido te sienta como un guante.

Se alejó y me froté la nariz con el dedo corazón, mandándola discretamente a hacer puñetas antes de olvidarme de ella y apartar la mirada. Jax seguía junto a su padre, que había apoyado la mano sobre su hombro mientras hablaban con un señor de pelo blanco cuya cara me resultaba vagamente familiar.

—No le hagas caso —comentó Regina, entrando en mi campo de visión.

El pelo rubio le rozaba los hombros en elegantes ondas que recordaban a la época dorada de las estrellas de Hollywood.

—Está celosa. Tiene a un Rutledge, pero... —se encogió de hombros con indiferencia—. Ted no es Jackson, ni Parker.

Para mis adentros, le di la razón.

—Me alegra volver a verte —dijo.

Su boca se curvó.

—Tú y yo somos afortunadas. Jackson no perderá aguante con la edad, te lo aseguro.

Levanté las cejas. Aunque Regina estaba más próxima a mí en edad que su marido, seguía siendo la madrastra de Jax. Se me hacía raro hablar con ella de sexo.

Jax apareció delante de mí, me quitó la copa y se la pasó a Regina. Fijó sus ojos oscuros en mi cara, me agarró de la mano y me atrajo hacia sí.

—Baila conmigo.

Me llevó a la pista de baile, rodeándome con los brazos.

—Eres la mujer más bella de la fiesta.

—Con halagos no vas a conseguir nada —era embriagador estar en brazos de Jax en público, casi tan embriagador como en privado—. Pero debo decir que preferiría no usar los servicios de estilistas que también trabajen para Allison. No me cae bien, Jax.

Acaricié mi espalda con los dedos.

—Tampoco a mi padre le encanta, pero está casada con Ted. Es de la familia.

—Estoy harta de que me trate como si fuera un poste en el que afilarse las garras.

—Puede ser un mal bicho —comentó—, pero si tiene garras es por un buen motivo. Tú también vas a necesitarlas, Gia.

Le lancé una mirada arisca.

—Sé que crees que no soy lo bastante dura para enfrentarme a la vida que llevas, y voy a demostrarte que te equivocas. Dicho esto, no pienso molestarme en pasar tiempo con personas que me maltratan.

—Entonces, eso de que íbamos a ser un equipo, ¿solo se aplica a lo que tú elijas?

—¡Eso no es justo! Yo jamás te pediría que sufrieras en silencio mientras la

gente te insulta. Te respeto demasiado para pedirte eso.

Un músculo vibró en su mandíbula.

—No se trata de respeto, Gia. No debería tener que decirte que pienso hablar con Allison acerca de cómo te trata. Debería ser evidente. Pero nos guste Allison o no, tenemos que trabajar todos juntos.

—Yo no tengo que hacer nada por ella.

—Entonces hazlo por mí —replicó—. Esta es mi vida. Te dije claramente lo desagradables que podían resultarte algunos de sus aspectos.

Me sorprendió su vehemencia.

—A ti esto te gusta tan poco como a mí. Lo sé. No quieres estar aquí, en esta fiesta. Sería distinto si me pidieras que aguantara por algo que de verdad te importa, pero no es el caso.

—Esto me lo he buscado yo, Gia —contestó, crispado, con expresión dura y distante—. Y tú has tomado la decisión de quedarte a mi lado.

Sacudí la cabeza, intentando reconciliar al Jax que tenía delante con el que había conocido al principio. Aquel Jax había sido siempre divertido, exuberante, un hedonista en muchos aspectos.

—No te comprendo. La vida es corta, Jax. ¿Por qué pasarla dedicándote a cosas que no te hacen feliz?

—Acostarme contigo me hace muy feliz.

Le di un empujón en el hombro.

—Hablo en serio. Esto es importante. Necesito saberlo de verdad.

Estuvo un rato sin contestar, el tiempo suficiente para que acabara una canción y empezara otra. Sentí que dentro de él se operaba un cambio, que su respiración se agitaba y me apretaba con más fuerza.

—El momento de tomar otro camino llegó hace tiempo, y pasó.

—Eso es una excusa. No tienes ni treinta años. Tienes toda la vida por delante, y no hay nada en tu pasado que no puedas arreglar.

Jax miró por encima de mi hombro. Su mirada parecía distante y desenfocada, como si estuviera viendo algo que yo no podía ver.

—A veces no se puede volver atrás —masculló—. No te queda otro remedio que afrontar las consecuencias y reconocer tus errores.

—Pero no hay por qué seguir cometiéndolos —toqué su mejilla para que volviera a mirarme—. Estamos empezando de cero, Jax. Tenemos otra oportunidad para hacer las cosas bien. No malgastemos nuestras energías en personas y situaciones que nos deprimen.

Exhaló un suspiro y me dio un rápido beso en la frente.

—Salgamos de aquí.

Capítulo

7

—Estás fantástica —dijo Lynn, mi mejor amiga, mirándome de arriba abajo—. No te había visto tan guapa desde Las Vegas.

—Teniendo en cuenta que de eso hace un par de años, no me parece un cumplido muy halagüeño —era una broma y ella lo sabía, igual que yo sabía que últimamente estaba bastante guapa.

Llevaba tres semanas viviendo con Jax y había adelgazado unos dos kilos: la dieta de la luna de miel, sin luna de miel. Jax era insaciable y, debido a ello, yo comía mejor. Saber que alguien te veía desnuda todos los días era un gran incentivo para alimentarse bien.

Se rio y paseó la mirada por el Rossi.

—El restaurante también está genial.

Había mucho trabajo en los dos locales de mi familia, debido en parte a que en los medios se hablaba de Jax y de mí. Como me había esforzado por no saber nada de Jax durante el tiempo que habíamos pasado separados, no sabía lo mucho que aparecía su nombre en las noticias. Me había dicho que a los blogs de cotilleos y a la prensa del corazón iba a encantarles, pero había olvidado mencionar cómo lo adoraban a él. La gente quería verlo desempeñando un cargo público. Era joven, guapo, un Rutledge, y lo bastante implacable para ir siempre a por todas.

—Las vistas son tan deliciosas como siempre —añadió Lynn, mirando a mi hermano Vincent, que estaba ocupándose de la barra.

Él levantó la cabeza, la sorprendió mirándolo y le guiñó un ojo.

—Cálmate, corazón mío —masculló Lynn y, poniéndose un mechón suelto de su pelo rojo detrás de la oreja, le lanzó un beso.

Gruñí.

—Ya tiene el ego bastante subido.

—Más me gustaría subírselo a mí.

—Por favor, qué asco —puse los ojos en blanco. Había sugerido que quedáramos en el restaurante porque quería estar a gusto, sin tener que preocuparme de que alguien me hiciera una foto. Me había acostumbrado a ir siempre acompañada de un guardaespaldas, pero en el Rossi tenía además a mi familia para vigilar que nadie invadiera mi intimidad.

Me lanzó una mirada compasiva.

—¿De veras es tan duro?

—Bueno, no es terrible. No soy famosa, ni nada por el estilo. Pero siempre parece haber uno o dos fotógrafos merodeando a mi alrededor.

—Esas ratas, siempre al acecho.

Me encogí de hombros. Lo había asumido como parte de mi vida. Cada vez que me enfadaba, me recordaba a mí misma que Jax nos había roto el corazón a los dos para mantenerme alejada de los medios. Si algo había aprendido durante esas tres semanas, era lo feliz que podía hacerme estar con Jax. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

—Es solo que tengo que tener cuidado, nada más.

Se giró en el taburete y me miró de frente mientras balanceaba las piernas con aire juguetón. Con su vestido largo de flores, su chaqueta vaquera, y sus montones de pulseras y collares que hacía ella misma (y vendía), rebosaba elegancia bohemía.

—¿Cómo es Jackson, por cierto? Un día normal, quiero decir. En las entrevistas parece tan... reconcentrado.

—Y lo es. Pero también puede ser juguetón. Y divertido. Todos los días me hace reír.

Lynn sonrió.

—Mira qué sonrisa tienes. Casi compensa el que políticamente sea tan conservador.

Puse cara de fastidio. No quería enzarzarme en una discusión acerca de las opiniones liberales de Lynn. Eso se lo dejaba a mi padre, a quien le encantaba hablar con ella sobre sus puntos de vista políticos, muy parecidos en algunas cuestiones.

—Lo cual no quiere decir que no pueda ser también terco, irracional, exasperante...

—Un hombre, en definitiva.

—Sí.

—Entonces... hablando de política...

—No estábamos hablando de eso —dije con firmeza.

Me lanzó una amplia sonrisa.

—Yo sí. ¿Habéis conseguido reunir ya a toda la tribu?

—Todavía no —moví con nerviosismo los pies sobre la barra metálica del taburete—. Hemos quedado para almorzar este sábado. Era la única hora a la que podíamos todos.

—Dios mío, vas a tener que contármelo todo con pelos y señales. Ojalá pudiera verlo. Va a ser un almuerzo alucinante.

No se equivocaba. En muchos sentidos, los Rossi y los Rutledge eran dos familias de distinta raza.

Mordí un pedazo de *crostini* y miré mi móvil, que acababa de sonar encima de la barra. El mensaje de Jax me hizo sonreír. *Trae lasaña cuando vuelvas.*

Lynn también le echó un vistazo.

—Vaya, no me digas que ya se ha acabado el romanticismo.

Mi teléfono volvió a vibrar.

El helado para lamértelo del cuerpo ya lo tengo.

Lynn se rio y yo me reí con ella.

—Necesito un novio —volvió a mirar a Vincent, que estaba agitando una bebida—. O por lo menos un rollo.

La distraje para que dejara de mirar al rompecorazones de mi hermano.

—¿Qué tal el trabajo?

—Muy ajetreado —jugueteeó con sus largos collares—. Las ventas por Internet están creciendo muchísimo. Si siguen subiendo también los impuestos y el alquiler, puede que cierre la tienda y me dedique solo a la venta online.

—¿En serio? ¡Pero si te encanta tu tienda! —sabía cuánto le había costado abrirla y lo mucho que había ansiado demostrar que su dedicación a la joyería artesanal y a la cerámica no eran simples aficiones inútiles.

Se encogió de hombros, pero pude ver que aquello le preocupaba.

—No estaría mal marcarme mi propio horario y tener más tiempo para pensar en nuevos proyectos. Además, podría ir a más convenciones y ferias, y eso me beneficiaría.

Yo quería que siguiera pensando positivamente.

—Tienes que darme más tarjetas tuyas. La semana pasada llevé tus pendientes de amatistas a una fiesta y un montón de gente me dijo que eran preciosos.

—¿Sí? —se animó—. Es genial. Gracias.

Le pedí a Vincent con un gesto que nos pusiera otras dos cervezas mientras Lynn sacaba algunas tarjetas de su enorme bolso.

—¿Qué tal te va a ti en el trabajo? —preguntó al dárme las.

—Bien.

—¿Todavía te encanta?

—Pues sí —sonreí a mi hermano cuando nos puso delante dos vasos de cerveza recién tirada y se llevó los anteriores.

—¿Me estás ocultando algo?

Miré a mi mejor amiga con los ojos entornados. Era demasiado perspicaz.

—No, nada.

—¿Y a tu jefa no le importa que estés con Jackson? —insistió.

Suspiré y tomé otro *crostini*.

—No hablamos de ello. Y está bien, porque es mi jefa y no mi amiga, pero aun así...

—¿Crees que está molesta?

—Yo diría que se lo está tomando bastante bien, teniendo en cuenta que vivo con el socio del tío que le fastidió la vida. Todavía confía en mí, comparte conmigo información sensible, pero hay... algo entre nosotras que antes no estaba —y eso me molestaba. Muchísimo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? —mastiqué y tragué, acompañando el pan con un trago de cerveza—. Imagino que está esperando a ver cómo van las cosas. Cuando pase el tiempo suficiente, puede que se tranquilice.

Lynn arrugó la nariz.

—¿Has hablado con Jackson?

—No puedo. Él siempre intenta arreglarlo todo. Querrá intervenir y suavizar las cosas, y puede que la situación acabe siendo todavía más incómoda.

—Seguramente es la mejor cualidad que podía tener, desde mi punto de vista. Toda chica quiere que su mejor amiga acabe con un tío dispuesto a matarle los dragones —me guiñó un ojo—. Y lamerle todo el helado.

Riendo, giré la cabeza y paseé la mirada por el restaurante atestado de gente. En la entrada, junto a la recepción, varios clientes esperaban a que las mesas se despejaran y se montaran con enérgica eficacia, gracias a la insistencia de mi padre en contar con un robusto servicio de camareros. Había familias, parejas y grupos, y una estrella de televisión disfrutaba de un ilusorio anonimato en su mesa preferida. Me llamó la atención el flash de una cámara y miré hacia lo que parecía ser una fiesta de cumpleaños. Por encima del murmullo de las conversaciones y el tintineo de los cubiertos, un tenor italiano cantaba acerca del amor y el desamor a través del sistema de altavoces.

Me embargó un sentimiento de felicidad, como siempre que estaba en el Rossi.

—¿Acaba de helarse el infierno? —preguntó Lynn.

Volví a mirarla.

—¿Qué?

Señaló con un gesto de la barbilla y miré hacia donde indicaba. Parpadeando, vi a mi padre junto a Ted Rutledge, que le había pasado el brazo por los hombros. Ted vestía traje y corbata, mientras que mi padre llevaba su chaqueta blanca de cocinero, sus pantalones negros y el delantal rojo del Rossi. Giovanni Rossi seguía siendo un hombre guapísimo, con una buena mata de pelo canoso y una mandíbula firme. Un fotógrafo les hizo una foto.

—Desde aquí no lo veo bien —dijo Lynn—. ¿Eso que lleva en la camisa es una chapita de campaña electoral?

Miré primero a mi padre y luego a Ted. Efectivamente, Ted tenía algo prendido en la chaqueta.

—Es la segunda vez que viene esta semana —comentó Vincent detrás de mí.

Al mirar a mi hermano, vi que un músculo vibraba en su mandíbula.

—No sabía nada —le dije.

—¿No? —sus ojos marrones se endurecieron—. ¿Y Jackson? ¿Puede decir lo mismo?

Lynn se marchó sobre las ocho, pero yo decidí quedarme y esperar hasta el cierre para poder hablar con mi padre. También decidí volver al *loft* con Angelo y Vincent.

Como estaba cansada y de mal humor y no tenía ganas de discutir con Jax, le mandé un mensaje diciendo que no iba a ir a dormir esa noche y luego guardé el teléfono en el bolso. Bebí una copa de anisete aderezado con un poco de limón. Después de ver a Ted con mi padre, necesitaba un trago para calmarme.

Sentí que Jax entraba en el restaurante antes de verlo. Siempre había sido muy sensible a su presencia, pero esa sensación se había vuelto más intensa desde que vivíamos juntos.

—Gia —deslizó posesivamente las manos por mis caderas y el calor de su cuerpo se transmitió a mi espalda.

Miré a Vincent, que nos observaba con el ceño fruncido, y le dije a Jax por encima del hombro:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a recogerte —me rodeó la cintura con los brazos—. ¿No pensarías de verdad que iba a dejar que pasaras la noche en otra parte?

Acabé mi bebida.

—No sabía que estaba prisionera.

Se tensó al oír mi tono. Luego susurró:

—Si vamos a discutir, prefiero que sea en casa.

—No quiero discutir, por eso no iba a ir a casa esta noche.

Dio un paso atrás.

—Vámonos.

—No me estás escuchando.

Me hizo girarme y se inclinó hacia mí.

—Todavía no has dicho nada que merezca la pena escuchar.

—¿Perdona? —lo miré con rabia, intentando no hacer caso de lo guapo que estaba con su jersey negro de cuello de pico y sus vaqueros anchos.

Puso las manos sobre la barra, a ambos lados, encerrándome entre ellas.

—No voy a dejarte aquí para que sigas bebiendo y dando vueltas a lo que sea que te ha enfurecido, y desde luego no pienso dormir solo.

—Apártate, Jackson —ordenó Vincent, acercándose a nosotros.

Jax levantó la cabeza.

—Eres su hermano e intentas cuidar de ella. Eso lo respeto, pero es mi chica y la quiero, y tú tienes que respetarlo. No te metas en nuestros asuntos.

—Si no quiere irse, no tiene por qué hacerlo.

—¡No habléis de mí como si no estuviera aquí! —dije enfadada, lanzándoles una mirada de advertencia—. No me gusta que los Rutledge entren aquí y nos manejen a mí y a mi familia. ¡Dijiste que querías protegernos de la curiosidad pública, no exhibirnos!

Vi que entendía lo que me había hecho enfadar. Luego, su rostro pareció cerrarse sobre sí mismo y se volvió inexpressivo.

—Y puedes decirme lo que opinas... pero en casa.

—Es tarde y mañana tengo que trabajar. Además, quiero hablar con mi padre sobre ese asunto con Ted, sea lo que sea. Evidentemente, no sé de qué se trata porque nadie se ha molestado en explicármelo.

—Ya he hablado yo con tu padre de esto —contestó, y su tono sonó tan razonable y condescendiente que me rechinaron los dientes—. Y no me vengas con que es tarde cuando estás aquí sentada, bebiendo.

—Para que te enteres, Jackson: tengo edad suficiente para beberme una copita de licor. Y todo lo que se me antoje beber.

—¿También eres lo bastante madura?

—¿Qué quieres decir con eso?

Bajó la mano y descolgó mi bolso del gancho de debajo de la barra.

—Emborrachándote no vas a arreglar nada.

—¡Yo no me estoy emborrachando!

—Muy bien —me lanzó una sonrisa crispada—. Entonces no hay razón para que te quedes.

—Jax...

—Deberíamos callarnos los dos —se inclinó hasta que nuestros ojos quedaron al mismo nivel—. No pienso salir de aquí sin ti.

—Gianna —dijo Vincent—, ¿quieres que me encargue yo de esto?

—No, lo tengo todo controlado —me bajé del taburete. De repente tenía unas ganas locas de pelea. Al menos, si Jax solo tenía que vérselas conmigo, sería una pelea justa. Si se metían mis hermanos, acabarían a puñetazos—. Luego te llamo.

Jax se despidió de Vincent haciéndole un gesto con la barbilla. Luego puso la mano sobre mi codo para llevarme a la puerta. Despidió al guardaespaldas que esperaba junto a la entrada y me hizo salir al aire fresco de la noche, llevándome hacia un coche aerodinámico y sexy que esperaba en un vado.

Eché un vistazo al coche mientras Jax me abría la puerta del copiloto. No era la clase de coche que se alquilaba. Era, sin embargo, la clase de coche que a Jax le sentaba como un guante.

No dijo nada más mientras volvíamos al ático. Dejó que la tensión se hiciera cada vez más densa y ardiente. Manejaba el carísimo coche deportivo con enérgica facilidad, completamente relajado entre el caos de las calles de Manhattan y los taxis que circulaban dando bruscos bandazos.

Solo cuando entramos en el ascensor de nuestro edificio rompí el silencio, incapaz de soportar el peso de su mirada.

—¿De qué hablaste con mi padre?

—De que el Rossi apareciera como un pequeño negocio próspero y en expansión.

—¿Que apareciera dónde?

—En diversos medios.

Crucé los brazos.

—¿De carácter político?

Arqueó una ceja.

—¿Qué si no?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no hablamos de trabajo, ni del tuyo, ni del mío.

Se abrieron las puertas del ascensor y me indicó que saliera. Pasamos por el sistema de seguridad y entramos en el ático.

—Creo que tenemos que aclarar una cosa —arrojé mi bolso sobre el sillón—. Si no he entendido mal, trabajas en finanzas.

—Y tú trabajas con Lei Yeung —repuso mientras cerraba la puerta—. Pero eso no impide que te metas en el negocio de tu familia, ¿verdad?

Me volví hacia él.

—¡Yo jamás tendría una conversación con tu padre sin decírtelo!

—Eso no puedes afirmarlo aún —se quitó el jersey, dejando al descubierto su hermoso torso cincelado, que no pude evitar mirar—. ¿Y por qué no estás también enfadada con tu padre por no haberte dicho nada?

Tenía razón, lo cual me irritó. De pronto sentí que me estaba comportando de manera irracional, y detesté esa sensación.

—¿Qué haces?

Eché a andar por el pasillo.

—Me estoy preparando para irme a la cama.

—¡Estoy demasiado enfadada para dormir contigo!

—Cariño —dijo por encima del hombro—, lo mismo digo.

Me quité los zapatos y fui tras él hasta el dormitorio. Se quitó los zapatos y los vaqueros y en un instante estuvo gloriosamente desnudo.

Debajo de los vaqueros, había estado empalmado todo el tiempo.

Me quedé aturdida un momento. Después repliqué quitándome la ropa y lo también.

—No quiero que utilicéis a mi familia.

—Y yo no quiero que mi novia malinterprete mis intenciones —retiró bruscamente el edredón y se metió en la cama.

—¡Eres tú quien se empeña en decirme que tu familia no es de fiar!

Se apoyó contra el cabecero.

—Pero tú no estás enfadada con mi familia, ¿verdad? Estás enfadada conmigo. Y en vez de preguntarme, decides emborracharte y cerrar filas.

—No habría tenido que preguntarte nada si me lo hubieras dicho desde el principio —entré en el cuarto de baño—. Pero da igual. Tú siempre tienes razón, ¿verdad, Jax?

—Yo tengo la impresión de hacerlo todo mal —masculló detrás de mí.

Abrí el grifo de la ducha y me quité el maquillaje mientras se calentaba el agua. Cuando por fin me metí bajo el chorro, me tomé mi tiempo. Alargué la ducha todo lo que pude con la esperanza de que Jax se quedara dormido y dejara de hablar.

Con los ojos cerrados, permanecí bajo el chorro de agua caliente. Jax era un hombre que acobardaba a hombres de carácter dominante con una sola mirada. Manipulaba a los demás, se negaba a ceder terreno y era un estratega extremadamente agudo. Yo admiraba todas esas cosas en él. Me sentía atraída y excitada por su dominio de sí mismo, pero al mismo tiempo odiaba que se parapetara tras él dejándome fuera, que me excluyera y me tratara como a una oponente.

No me cabía en la cabeza pasar el resto de mi vida así, siendo tratada de esa manera.

—¿También voy a tenerte que sacar de aquí a rastras? —preguntó Jax, abriendo la mampara de cristal. Se quedó parado entre el vapor que se enroscaba ansiosamente alrededor de su cuerpo desnudo.

—Vete —le dije cansinamente mientras cerraba los grifos—. Esta noche duermo en el cuarto de invitados.

Apretó la mandíbula. Su pecho se expandió cuando tomó aire lenta y profundamente.

—Yo... —se detuvo—. Lo siento.

Asentí con la cabeza, lo aparté y pasé por su lado.

—Gracias. Yo también lo siento. Los dos nos hemos equivocado.

Me puse el albornoz que colgaba de la percha y envolví mi pelo en un turbante para secarlo.

—Buenas noches, Jax.

Me siguió por el dormitorio y, cuando me acerqué a la puerta del pasillo, me agarró del codo.

—No seas así. He dicho que lo siento y lo he dicho de verdad.

Me detuve y lo miré.

—Lo sé, y yo también lo he dicho de verdad, pero con eso no se arregla un problema fundamental de comunicación que estamos teniendo. No hablamos de la familia. No hablamos del trabajo. Salimos juntos y follamos, lo cual nos convierte en amigos con derecho a roce más que en cualquier otra cosa, ¿no te parece?

Me atrajo hacia sí y se arrimó al mismo tiempo de modo que nuestros cuerpos quedaran pegados.

—Te quiero, Gia. Nunca había querido a nadie así. Tú lo sabes.

Suspiré.

—Y yo te quiero tanto que no pude olvidarme de ti ni siquiera cuando creía

que me habías dejado tirada como si fuera basura. Pero eso supone que puedes hacerme muchísimo daño, Jax. Me está costando mucho vivir en la periferia de tu vida. Y si estar contigo me duele más que estar sin ti, tengo que decidir qué es mejor para mí.

—Tú eres el centro de mi vida —apoyó las manos sobre mis hombros—. No pasa un segundo sin que piense en ti.

—Puede que sea verdad, pero tienes una capacidad única para excluirme de todo, y no estoy segura de poder soportarlo.

—Eres tú quien me está excluyendo ahora —dijo en tono de reproche—. Hace un rato me rechazaste.

—Así que otra vez estamos manejando mal este asunto. Puede que sea una señal. Mira, necesito dormir un poco. Podemos hablar de esto mañana. ¿De acuerdo?

Agarró mi nuca.

—Duerme conmigo. No te tocaré si eso es lo que quieres.

Me moría de ganas de hacer lo que me pedía, pero también me preocupaba que fuera como poner una tirita en una herida que necesitaba muchas más atenciones.

—Quiero dormir en la habitación de invitados.

Me aparté y salí de la habitación. Sentí sus ojos clavados en mi espalda cuando salió al pasillo, detrás de mí. Curiosamente, me quedé dormida casi enseguida, a pesar de que tenía el pelo mojado y una opresión dolorosa en el pecho.

En algún momento, durante la noche, sentí que Jax se metía en la cama conmigo. Me tumbé de lado, me abracé a la almohada y volví a dormirme.

Capítulo

8

Fue un alivio llegar al trabajo al día siguiente.

Me desperté junto a un Jax malhumorado y mudo. El resto del tiempo que pasamos juntos esa mañana estuvo cargado de tensión. Camino del metro mandé un mensaje a mi padre pidiéndole que me llamara cuando pudiera. Después eché un vistazo a mi e-mail. Sentí un subidón de adrenalina al ver el nombre de Deanna. Ya casi no me acordaba del favor que le había pedido, pero en cuanto me acordé no pude evitar hacerme ilusiones de que tuviera noticias frescas.

—Por favor, que tenga algo —mascullé para mí misma cuando llegué a mi estación y subí rápidamente las escaleras para salir a la calle. Estaba desesperada por conocer algo, lo que fuese, que me permitiera hacerme una idea más clara del hombre al que amaba.

Por desgracia, el e-mail solo decía que la llamara, y cuando probé a llamarla me saltó el buzón de voz. No tuve noticias suyas antes de llegar a Savor, donde tuve que silenciar mi móvil y guardármelo.

—Buenos días —saludé a Lei al llegar.

—Buenos días —ladeó la cabeza—. ¿Va todo bien?

Parpadeé, sorprendida por la pregunta.

—Sí, genial.

Vaciló. Luego dijo:

—Ven a mi despacho.

Respiré hondo y la seguí, intentando prepararme para lo que podía estar a punto de suceder.

Pasó junto a su mesa y se acomodó en uno de los sillones grises de la zona de descanso. Con el pelo suelto y liso parecía más joven, a pesar de su llamativo mechón de canas. Esperó a que me sentara en otro sillón. Después dijo:

—Estas últimas semanas ha habido mucha... tensión entre nosotras. Lo lamento muchísimo.

Relajé los hombros.

—Yo también.

—Estoy preocupada por ti, y tengo mis reservas respecto a Jackson, pero la verdad es que... —giró su silla para mirarme de frente— el problema es mío. Estoy proyectando en ti mi propia experiencia.

—Te refieres a Ian.

Su boca roja dibujó una sonrisa desganada.

—Debe de ser evidente que lo quería. Era todo mi mundo. Si me hubieras preguntado entonces, te habría dicho que jamás me traicionaría. Que no tenía

valor para algo así. Te habría dicho que me quería demasiado para hacerme eso.

—¿Qué ocurrió? —nunca antes había sacado a relucir el tema, pero ahora que Lei había abierto la puerta, me moría de ganas por saber qué había convertido a mi jefa en la mujer que era actualmente.

—Estábamos trabajando en un acuerdo. Las negociaciones habían sido duras, pero yo llevaba ventaja e Ian me dejó hacer —una arruga pensativa apareció en su frente lisa—. Por desgracia, a veces me centro tanto en la cacería misma que me olvido de prestar atención a mi presa.

Miró el horizonte de Manhattan a través de las ventanas.

—Estaba demasiado segura de mí misma y pedí demasiado sin dar lo suficiente a cambio. Y lo que es peor, hice que el hombre que se sentaba al otro lado de la mesa de negociación se sintiera impotente e insignificante. En algún punto, por el camino, decidí hacer cualquier cosa para ponerme en mi sitio.

—¿En qué sitio?

—Detrás de Ian, y no delante de él. Creo que Bruce se sintió insultado por que Ian le obligara a tratar conmigo directamente. Creo que nunca me vio como la socia y la compañera de Ian, sino más bien como su ligue, y eso fue lo que utilizó contra mí.

—¿Cómo?

—Insistía en que nos reuniéramos una y otra vez, diciéndome que necesitaba aclarar no sé qué puntos o discutir posibles alternativas. Nos veíamos en los restaurantes de los hoteles en los que se alojaba, como hicimos tú y yo con los Williams en el Four Seasons. Después me di cuenta de que lo que se proponía era dejar un rastro de documentos que demostrara que habíamos tenido una aventura.

—Lei... —sentí en cierto modo el sufrimiento que estaba recordando. Su tono de voz transmitía tanto dolor...—. ¿Qué hiciste?

—Nada, y quizá ese fue mi error. Ian es celoso por naturaleza, así que en ese sentido era especialmente vulnerable. Me negué a confirmar o a negar sus acusaciones porque me dolió terriblemente que les hubiera concedido algún crédito. Le dije que lo averiguara por sí mismo, y al parecer fui juzgada y condenada.

—Vaya. Lo siento.

Se desembarazó de mi compasión encogiéndose de hombros, pero me dedicó una sonrisa desganada.

—De eso hace ya mucho tiempo.

Tamborileé con los dedos en el brazo de la silla mientras me pensaba si debía hablar de Jax con alguien que no se fiaba de él. Valoraba la opinión de Lei, pero sabía que no era objetiva en lo tocante a Jackson Rutledge.

Al final, sin embargo, se lo dije precisamente por eso. Quería una opinión extrema, una opinión que planteara el peor escenario posible.

Lei se inclinó hacia delante mientras yo hablaba y, cuando acabé, había apoyado los codos sobre las rodillas y la barbilla en las manos.

—Así que te está escamoteando información. La gente guarda secretos por dos motivos, principalmente: para protegerse o para proteger a otra persona. ¿Tienes idea de a qué se debe en su caso?

—No estoy segura. Teniendo en cuenta todo lo que hemos tenido que afrontar, es posible que esté intentando... protegerme de algo. Pero esto... No puedo evitar sentir que no quiere que sepa que están utilizando a mi familia en beneficio de los Rutledge.

—Si es así, seguramente no será la última vez. ¿Qué sientes al respecto?

—Me indigna. ¿Cómo puede decir que me quiere y luego hacer cosas que me generan conflicto?

—Esa es una pregunta que tienes que hacerle a él. Cuanto antes.

Lei solo acababa de afirmar lo que yo ya sabía, pero aun así fue un alivio ver confirmada mi posición.

Ahora solo tenía que prepararme para lo que haría una vez tuviera la respuesta.

Quando llegó la hora de la comida, eché un vistazo a mi móvil y vi que tenía una llamada perdida de Deanna. Me dirigí a una de las salas de reuniones de Savor en busca de intimidad y pasé por delante de Laconnie, que estaba colocando un nuevo expositor de especias y condimentos en la estantería, detrás del mostrador de recepción.

Me saludó al pasar y le dije que me encantaba el llamativo traje pantalón rojo que llevaba puesto.

Iba sonriendo cuando entré en la misma sala de reuniones a la que había llevado a Jax cuando había visitado Savor. Ese recuerdo ayudó a mitigar en parte la excitación nerviosa que sentía cuando marqué el número de Deanna.

—Gianna —me dijo—, menos mal que por fin podemos hablar.

—Sí, menos mal. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. Espera, voy a irme a un sitio más tranquilo.

Un momento después, las voces que se oían de fondo, hablando al mismo tiempo, desaparecieron de repente.

—Bueno, he estado indagando sobre los Rutledge, centrándome sobre todo en Leslie Rutledge, como me sugeriste. Tienes mucho olfato. He dado con una mina de oro.

—¿Sí? —un escalofrío de inquietud me corrió por la espalda.

—La familia la hizo encerrar en un sanatorio un par de meses. Después de que le dieran el alta fue cuando desapareció de escena. En aquel momento corrieron rumores, nada concreto, pero ahora he encontrado una fuente fiable.

Se me encogió el estómago. Empecé a pasearme de un lado a otro.

—No sé qué clase de enfermedad mental tenía —prosiguió Deanna—, pero la verdad del caso es que se convirtió en alguien prescindible. Tenía un problema, así que la empaquetaron, la quitaron de en medio.

—¡No puede ser! —pensé en las fotos de Leslie que había visto en el cuarto de estar de Jax. Él no la había olvidado.

—Pues sí, así es. Espera un momento —tapó el micrófono del teléfono y luego añadió—: En fin, saldrán más detalles a la luz cuando la historia se haga pública. Es lo que pasa siempre.

Me erguí, aterrorizada.

—¿Cuándo la historia se haga pública? ¿Qué quieres decir?

—Es noticia, está punto de ser de dominio público.

—¡Ese no era el trato!

—¿Qué trato? —replicó Deanna—. No teníamos ningún trato, aparte de que ibas a pagarme por mi tiempo, cosa que no voy a pedirte porque esto va a compensarme con creces en otros aspectos.

—¡No puedes publicar esta historia! —siseé mientras daba vueltas a la mesa de reuniones con paso frenético.

—Ya está hecho, Gianna. No se menciona tu nombre, así que no te preocupes por eso. Escucha, tengo que colgar. Solo quería ponerte al día y darte las gracias. Cuidate, ¿vale?

Colgó y se cortó la llamada antes de que tuviera tiempo de apartarme el teléfono de la oreja.

Salí rabiosa de la sala de reuniones, tan enfadada que casi no podía pensar. Estaba tan furiosa conmigo misma como con Deanna. ¿Cómo era posible que no hubiera previsto la posibilidad de que utilizara la información que había descubierto?

—Tu chico sabe tratarte bien —comentó Laconnie cuando pasé otra vez a su lado—. Acabo de dejar otro envío sobre tu mesa.

Encogiéndome por dentro, sentí el peso de la culpa sobre mis hombros. Al ver un ramo de lirios blancos junto a mi teléfono se me cerró la garganta.

Agarré la tarjeta adjunta.

Estoy ondeando la bandera blanca de la rendición. Te quiero, nena. Hablamos esta noche.

Jax había firmado la tarjeta, pero mis lágrimas angustiadas emborronaron su firma.

Más que la violación de su intimidad, yo temía que una revelación tan personal acerca de su madre lo hiriera en lo más profundo. Las fotografías que había visto en el cuarto de estar de nuestra casa me habían convencido de que la quería, pero su reticencia a hablar de ella me hacía pensar que era un tema

doloroso para él.

Y ahora todo el mundo se enteraría de lo que le había ocurrido, y la culpa era directamente mía.

Toqué un pétalo suave como el terciopelo.

—He metido la pata hasta el fondo —dije en voz baja.

Hundiéndome en mi silla, me puse a pensar en cuál sería la mejor manera de decirle lo que había hecho.

Tenía más o menos claro cómo iba a sacar a relucir el tema de Deanna cuando se abrieron las puertas del ascensor en el piso del ático y de pronto me encontré frente a un caos.

Me detuve, anonadada. La puerta del ático estaba abierta de par en par y dentro había una docena de hombres y mujeres trajeados, paseándose de un lado a otro por mi cuarto de estar con el móvil pegado a la oreja.

Las náuseas que llevaba sintiendo todo el día empeoraron y de pronto pensé que iba a vomitar allí mismo, en el vestíbulo.

Cuando crucé el umbral y entré en el apartamento, busqué a Jax. No lo vi, pero Parker estaba delante del televisor, con la mirada fija en las fotos de su difunta esposa. Habría destacado en medio del gentío por su sola presencia, pero inmóvil entre aquel enjambre frenético de desconocidos atrajo mi atención de inmediato. Volvió la cabeza hacia mí. Noté el instante en que cobraba conciencia de mi presencia. Echó a andar hacia mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté, aunque temía conocer ya la respuesta.

—Estamos intentando apagar un fuego. Siento haber invadido esto, pero Jackson prefiere ocuparse de ciertos asuntos desde el despacho de casa.

—¿Puedo hacer algo?

Su boca, tan parecida a la de Jax, se torció en una mueca irónica.

—Me vendría bien una copa. Algo fuerte, preferiblemente.

—Está bien —miré hacia el aparador que había junto a la ventana, donde varias botellas de cristal contenían algunos de los mejores licores del mundo. Fruncí el ceño al ver solo un jarrón de flores encima del aparador—. Voy a traerte algo.

—Gracias. Yo dejaré tu bolso en tu habitación —dijo, tendiéndome la mano para agarrarlo.

Mientras Parker echaba a andar por el pasillo, fui sorteando a los hombres y mujeres que deambulaban por el cuarto de estar atestado de gente. Por todas partes captaba retazos de conversaciones.

—Confirmar la fuente...

—Deberíamos pensar en una posible demanda por calumnia y difamación...

—Declarar la guerra a la familia Rutledge es un disparate...

Me temblaban las manos cuando abrí las puertas del aparador. Las botellas de cristal estaban guardadas dentro, en perfecto orden, pero vacías. Fui a la cocina, donde descubrí que la nevera de los vinos estaba vacía.

Miré desconcertada a Parker cuando volvió.

—Por lo visto se nos ha acabado todo.

—Yo tampoco he encontrado nada.

—Lo siento. Voy a llamar al portero. ¿Te apetece algo en concreto?

Tocó mi brazo.

—Ya me encargo yo. ¿Por qué no te encierras en tu habitación y te olvidas de este lío?

—Tengo la sensación de que debería ayudar de algún modo.

—Tú cuida de mi hijo —murmuró—. Esto déjame a mí.

Abrí la boca para decir algo, pero no me salió nada. No sabía qué decir. Acabé asintiendo con la cabeza y eché a andar por el pasillo. Pasé de largo junto a mi cuarto y entré en el despacho de Jax. Estaba solo, de pie frente a la ventana, con los brazos cruzados, dando órdenes a alguien a través de unos auriculares con micrófono incorporado.

—Necesitamos esos archivos. Sí, lo entiendo y me importa una mierda. No creas que esto no va a afectarte a ti también. Ya. Puedes llamarme a este número —tocó los auriculares, se giró bruscamente y se detuvo al verme de pie delante de su mesa—. Gia...

Se quedó callado. Pasándose una mano por el pelo, masculló un exabrupto. Parecía nervioso y cansado. Se había quitado la chaqueta y la había arrojado sobre la silla del rincón. Llevaba desabrochado el chaleco, y también el botón del cuello de la camisa. Se había aflojado la corbata y la sombra de la barba que a esas horas empezaba a asomar en su barbilla le daba un atractivo peligroso.

—Hola —dijo en voz baja.

—Nena —suspiró—, siento todo esto. Ha surgido algo y tenemos que solucionarlo.

—¿De qué se trata?

—Hoy hemos recibido un soplo acerca de un artículo que supuestamente va a publicarse mañana y estoy intentando conseguir información sobre la periodista y lo que ha escrito.

Tragué saliva.

—Deanna Johnson.

Se quedó helado.

—¿La conoces?

—Salió una temporada con Vincent.

—Joder —frunció el ceño—. Necesito todos sus datos de contacto: e-mail, número de móvil y de fijo, dirección...

—Está bien —me acerqué—. Jax, tenemos que hablar.

—Lo sé, y hablaremos. Pero ahora mismo no puedo.

—Esto es culpa mía.

Se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

—No. Debería haberte dicho lo de Ted y...

Su móvil empezó a sonar sobre la mesa.

—Tengo que contestar —tocó otra vez sus auriculares—. Rutledge —contestó enérgicamente, y luego añadió—: Es un comienzo. ¿Cuándo puedes conseguírmelos?

Me dio la espalda y apreté los puños. Salí del despacho para ir a buscar mi móvil y darle la información que me había pedido. Iba a tener que confesar antes de que volviera a interrumpirme. Detestaba haber actuado a sus espaldas, pero Jax tenía que saberlo.

Con el móvil en la mano, volví a su despacho y cerré la puerta al entrar. Jax había dejado de hablar por teléfono y estaba sentado a su mesa, leyendo algo en el monitor.

—Tengo la información que querías —me acerqué a él—. Deanna ha escrito un artículo sobre tu madre. Acerca de cómo la familia la hizo encerrar en un psiquiátrico.

Eché la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

—¿Has hablado con ella?

Tragué saliva, notando un nudo doloroso en la garganta.

—Hablé con ella hace unas semanas. Y otra vez esta tarde. Lo siento muchísimo, Jax. No debería haberme puesto en contacto con ella. No tenía ni idea...

Se quedó mirándome sin pestañear, tan quieto que comprendí que estaba en estado de shock.

—Siéntate —ordenó con amenazadora suavidad—. Y dime de qué coño estás hablando.

Prácticamente me dejé caer en la silla de delante de su mesa. Su modo de mirarme hacía que me temblaran las rodillas. Sus ojos oscuros eran como los de un tiburón, duros e inermes.

—¿Recuerdas que dije que iba a investigar un poco y a...?

—¿Recurriste a una puñetera periodista? —se levantó bruscamente y apoyó de golpe las manos sobre la mesa—. ¿Estás loca o qué?

—Me puse en contacto con Deanna como amiga. Fue antes de que me dijeras que no volvería a tener intimidad.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿El daño que podría causar esto? ¿Se suponía que la enfermedad de mi madre no debía convertirse nunca en pasto para los putos medios!

—Jax... —me levanté, y di un respingo cuando se apartó de la mesa tan violentamente que volcó su silla—. Sé que es algo muy personal y muy doloroso,

pero hay un montón de familias afectadas por enfermedades mentales. La gente lo entenderá y...

—Mi madre no estaba loca, Gia —dijo con frialdad—. Era una borracha.

El desprecio que rebosaba su voz me pilló por sorpresa.

Miró hacia la ventana.

—No pudo soportar la presión.

Aquella sencilla declaración me desveló muchas cosas. Sentí que me escocían los ojos mientras los recuerdos se agolpaban en mi cabeza y se definían con una claridad que antes me había faltado.

—El alcoholismo es una enfermedad, Jax. Tú mismo lo dijiste.

—Ella era débil —cruzó los brazos—. Se casó con quien no debía, teniendo en cuenta sus expectativas.

—Se querían. Eso fue lo que me dijiste.

Se encogió de hombros.

—Parker intenta cambiar el mundo. Ella hubiera preferido que se limitara a cambiar la bombilla o el canal de televisión.

—¿No le gustaba la política?

—No le gustaba la forma de vida que entraña —me miró de frente—. Los proyectos políticos requieren aliados y los aliados requieren compromisos. No le gustaban algunos de los compromisos que tenía que asumir. El alcohol era para ella como coraje líquido. Lo utilizaba como muleta.

Me hundi en mi silla, agotada por los altibajos emocionales que llevaba sufriendo todo el día. Nada me apetecía más que meterme en la cama con Jax y abrazarlo, pero sabía que no permitiría que lo ayudara. Y me dolía.

—Jax... Cuando dijiste que alguien a quien querías se había hundido por culpa del estrés, te referías a ella, ¿verdad?

Dio un respingo y por fin sentí que empezaba a comprenderle. Entendía, claro, por qué se había puesto tan nervioso al verme beber en el Rossi... y por qué de pronto no había alcohol en el apartamento. Si creía que el problema con Ted y con mi padre bastaba para impulsarme a beber, estaría preocupado por cómo podían afectarme futuros incidentes mucho más estresantes. Y no podía olvidar que nos habíamos conocido en un bar...

—Se parecía mucho a ti —dijo en un tono nada halagüeño—. Su familia, sus expectativas respecto a cómo debía ser su relación con mi padre. Creía que tener ideas políticas y dedicarse activamente a ellas era una elección, no una responsabilidad.

Sentí el impulso de defender a Leslie Rutledge, una mujer a la que nunca conocería y con la que sin embargo simpatizaba. No era fácil vivir conforme a las normas que marcaba Jax y con las que yo no siempre estaba de acuerdo.

—Si la mantenían en la ignorancia, como a mí, no me extraña que no tuviera los mismos intereses que el resto de vosotros.

—Mi padre se lo contaba todo, ese fue su error. Quería que le diera su aprobación, pero lo único que conseguía era enfurecerla. A veces el fin justifica los medios, y los medios pueden ser muy feos.

Tomé aliento, temblorosa.

—Estás muy enfadado con ella.

—¡Tengo derecho a estarlo! Intentó hacerme elegir entre su visión de las cosas y la de mi padre. Nadie debería verse obligado a estar en esa situación, y menos aún un adolescente —giró los hombros hacia atrás—. No puedo hablar de esto contigo ahora. Tengo que hacer... algo. Minimizar los daños. Si es que es posible.

—¿Qué puedo hacer?

Cerró los ojos y bajó la cabeza. Su actitud derrotada me rompió el corazón, pero lo que dijo a continuación me desgarró las entrañas.

—Deberías dormir en casa de tus hermanos esta noche. Y hacer la maleta para un par de días.

El dolor me impulsó a contraatacar.

—¿También echaste así a tu madre de tu lado? ¿Es así como tratas con las personas que te quieren cuando te molestan?

—A pesar de todos sus defectos —replicó entre dientes—, ella nunca nos sabotó.

—¡Eso no es justo! He cometido un error, Jax, y no puedo expresar cuánto lo siento, pero lo hice porque te quiero, no porque quisiera hacerte daño.

Abrió los ojos.

—Esta relación ha sido un error desde el principio.

Su tono frío y tajante hizo que se me helara la sangre en las venas.

—¿Sabes qué, Jackson Rutledge? Que te jodan.

—Entiendo por qué lo has hecho —comentó Nico—, pero yo también me cabrearía, y mucho, si una chica con la que estuviera saliendo mandara a un detective detrás de mí.

La voz de mi hermano y el ruido de fondo del restaurante en una noche ajetreada aplacaron en parte mis nervios.

—No estamos saliendo —repeuse, mirando la maleta a medio hacer que tenía a mi lado y que me recordaba que lo mío con Jax estaba al borde del desastre—. Vivimos juntos.

—Peor aún. ¿Tienes que pedirle a alguien ajeno a tu relación de pareja que se informe sobre el tío con el que te acuestas todas las noches? Menuda mierda, Gianna. Voy a preguntártelo otra vez. ¿De verdad quieres vivir así?

Fruncí el ceño mirando al teléfono.

—No, claro que no.

—Entonces sal de ahí y búscate un tío decente que te dé lo que quieres.

—Lo he intentado. Y no ha dado resultado.

Soltó un bufido.

—Pues vuelve a intentarlo.

—¿Puedes dejar de ser tan negativo un momento y ayudarme a encontrar un modo de salir de este lío? ¿Por qué será que los tíos siempre intentáis resolver los problemas cuando nosotras solo queremos desahogarnos y luego, cuando queremos soluciones, no nos dais ninguna?

—La solución a estar con un tío que no te conviene es dejarlo. Ahí lo tienes. Problema resuelto.

Gruñí.

—Yo creo que el problema es Deanna.

—Nunca me gustó esa zorra —comentó Nico, sorprendiéndome. No solía hablar despectivamente de las mujeres: nuestra madre había criado a sus hijos para que fueran unos caballeros—. Y a Vincent tampoco. Solo la aguantaba porque era una fiera en la cama. Le gustaban las cosas raras, el *bondage* y todo ese rollo.

—Qué asco —sacudí la cabeza—. No me cuentes más, Nico, en serio. Además, me parece fatal que os contéis esas cosas. ¿Qué ha sido de la intimidad?

—Oye, que yo no pedí ver esas fotos que le mandaba. Le dije a Vincent que las guardara en su habitación. El caso es que debería haberte advertido sobre ella. Una vez le contó que había empezado su carrera acostándose con hombres importantes, casados, y usando luego las cosas que le contaban en la cama, o

directamente el chantaje, para sonsacarles información.

Me quedé mirando la puerta cerrada del armario, paralizada por una idea que acababa de ocurrírseme.

—Entonces —añadió mi hermano—, ¿quieres que me pase por allí este fin de semana y te ayude a sacar tus cosas?

—Todavía no —me levanté y me acerqué a la bolsa donde guardaba mi portátil—. Luego te llamo.

—Si no puedo contestar, te llamaré yo.

A pesar de que tenía la cabeza en otra cosa, me di cuenta de lo maravilloso que era Nico. Había muchas cosas buenas en mi vida, pero decididamente mis hermanos eran lo primero de la lista.

—*Ti amo, fratello.*

—Yo también a ti.

Me guardé el teléfono en el bolsillo, saqué el portátil de su funda y lo puse en el banco, a los pies de la cama. Me metí en la nube y recé en silencio para que Vincent no hubiera cambiado su contraseña desde que me la había dado, unos meses antes.

No la había cambiado.

Dudé un momento, sopesando mis opciones. En cualquier caso, alguien a quien quería iba a sufrir.

Al final, ganó la amenaza que suponía Deanna, por ser de índole pública.

Me metí en la cuenta de Vincent, pinché en el álbum de fotos vinculado a su teléfono y enseguida me dieron ganas de restregarme los ojos. Había cosas que una prefería no pensar que sus hermanos conocían, o hacían.

Descargué todas las fotos obscenas de Deanna mientras me preguntaba por qué las había guardado Vincent después de su ruptura y le mandé un mensaje de texto diciéndole que tenía información que le interesaba y que me llamara lo antes posible.

Con manos temblorosas, comencé a deshacer la maleta. Jax no creía que fuera lo bastante fuerte para compartir su vida y me tocaba a mí demostrarle que se equivocaba. Podía hacerlo. Lo haría. De ese modo, Jax no sentiría que tenía que ocultarme cosas porque no podía soportarlas.

Oí la voz de Jax al otro lado de la puerta, cada vez más fuerte a medida que se acercaba.

—Lo entiendo, papá, pero ahora mismo tengo que ir a buscar a Gianna...

Se abrió la puerta y entró. Se quedó parado al verme. Parker apareció detrás de él, pero se detuvo al verme y cerró la boca antes de decir lo que tenía en la punta de la lengua. Asintió con la cabeza, agarró el pomo de la puerta y cerró. Jax echó la llave.

Empezó a sonar mi teléfono. El nombre de Deanna apareció en la pantalla. Sosteniendo la mirada de Jax, contesté con voz cortante:

—Gianna Rossi.

—¿Qué pasa? —preguntó Deanna con aire distraído e impaciente.

—Hola, Deanna.

Jax entornó los párpados.

Respiré hondo, consciente de que estaba a punto de marcarme el mayor farol de mi vida.

—Voy a ir directa al grano. O renuncias a publicar ese artículo sobre los Rutledge o publico fotografías sexuales tuyas en todas las páginas porno que encuentre.

Las aletas nasales de Jax se ensancharon cuando tomó aire bruscamente.

—Eso son gilipolleces —siseó Deanna.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Quieres correr ese riesgo?

—¡Esas fotografías son propiedad privada!

—¿Vas a hablarme a mí del derecho a la intimidad?

—¡Son dos cosas totalmente distintas, Gianna! La familia Rutledge renunció a su derecho a la intimidad cuando decidió intentar controlar este país.

—Tú te has pasado de la raya.

—¿Y tú no? Hay leyes contra ese tipo de publicaciones sexuales. Cuelga esas fotos y los que saldréis perjudicados seréis tú y los Rutledge. Vosotros seréis el enemigo, entonces.

—También hay leyes contra la extorsión —dije con voz crispada—, pero eso no te ha detenido. Hay formas de averiguar a quién exprimes para conseguir información, igual que hay formas de ocultar cómo han llegado a Internet esas fotos tuyas.

Estaba mintiendo sin ton ni son, perdiendo el control de lo que decía, pero no podía detenerme.

Respiró hondo.

—No sé qué crees que tienes sobre mí, pero...

—Tengo bastante —agarré con fuerza el teléfono—. Renuncia a publicar ese artículo, Deanna, o arruinaré tu reputación. Tú eliges.

—¡No puedo retirar el artículo! ¡Es demasiado tarde!

—Peor para ti —colgué.

Jax se quedó mirándome.

—¿Qué estás haciendo?

—No estoy segura. Solo quiero arreglar esto —sonó otra vez mi móvil y contesté.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —la voz de Deanna sonó llena de pánico—. Una mujer a otra, ¿cómo puedes hacer esto?

No podía hacerme esa pregunta a mí misma, porque recularía. Alguna vez había mandado fotografías sugerentes a Jax. Nada tan extremo como Deanna, pero aun así habría sido espantoso que salieran a la luz.

—Ofréceme otra alternativa.

—¡Esto no es asunto tuyo! Jackson Rutledge es mayorcito. ¡Deja que se defienda solo!

—Lo haría si no fuera la culpable de este embrollo.

Jax comenzó a acercarse a mí.

Deanna gruñó.

—¿Vas a hacerme esto por un tío que no te cuenta nada de su vida? ¿Crees que le importaría si la situación fuera al revés? Alucinarías de lo deprisa que se largaría, ¿no creas que no!

Había elegido el instante menos oportuno para plantearme esa posibilidad, porque los ojos de Jax en ese momento estaban llenos de amor. De pronto comprendí que habría hecho cualquier cosa por mí.

—Esta conversación se ha acabado —le dije, ansiosa por ponerle fin antes de que pudieran asaltarme las dudas. Sí, era una zorra oportunista, pero lo que yo amenazaba con hacerle no me situaba muy por encima de ella—. Ya conoces las condiciones.

Colgué una fracción de segundo antes de que Jax me agarrara y me apretara tan fuerte que apenas pude respirar.

—Dios mío, Gia —besó con fiereza mi frente—. No esperaba que... No quería...

Lo abracé, apretándolo con todas mis fuerzas. Tenía razón: la primera vez que habíamos roto, no había luchado por él. No iba a cometer dos veces el mismo error.

—Superaremos esto. ¿Verdad?

Mi voz sonó suplicante. Me estremecí al oírla, pero sentía un nudo en el estómago del que no lograba librarme. Tenía la horrible sensación de que todavía no había llegado lo peor.

Jax apoyó la cabeza en mí. Parecía agotado.

—Lo siento, nena. Estaba furioso con todo y con todos, menos contigo, pero tú eras el blanco más fácil. Me he portado como un capullo.

—Yo también lo siento. No sé cómo se me ocurrió pedirle ayuda.

—Esta vida... Hay que acostumbrarse a ella. Tendré que enseñarte cómo afrontar ciertas cosas —sus labios rozaron mi mejilla—. Debería habértelo contado. Necesitabas respuestas, y debería haber sido yo quien te las diera.

—Lo harás la próxima vez —dije, rezando por que fuera así de fácil.

Con el tiempo, se agotarían los errores que podíamos cometer. Al menos, tenía que convencerme de ello.

Dejé escapar un suspiro. Lo que habíamos tenido en Las Vegas parecía tan... tan claro. Tan auténtico. Ahora todo estaba turbio, nublado por nuestros lazos familiares. Lamenté un poco que nuestra relación de pareja hubiera perdido frescura e inocencia por el camino.

Pero lamentarme por lo que habíamos perdido no me impedía apreciar lo que teníamos aún. Cuando estaba en brazos de Jax, sentía que estaba donde debía estar. En ningún otro sitio me sentía tan a gusto, como no fuera en el Rossi.

Sabía lo que significaría perder aquello. Ahora tenía que aprender lo que costaba mantenerlo.

Jax se apartó y me miró, deslizando las manos por mi espalda.

—Iba a ir a buscarte. Si te hubieras marchado, te habría hecho volver a casa.

Froté la nariz contra su cuello. Quería reconfortarlo, y reconfortarme a mí misma de paso. Sentía el estrés que atenazaba su cuerpo, aquella tensión que parecía lista para estallar.

—Quizás habrías tenido que sudar un poco para conseguirlo.

Posó las manos en mi cuello y masajeó mis músculos agarrotados. Gemí, derritiéndome bajo sus caricias expertas. Bajó la cabeza y su voz sonó baja y honda:

—Puedo hacerlo ahora.

A pesar de que intuí lo que iba a pasar, su beso me dejó noqueada. Se apoderó de mi boca con ansia, bruscamente, con una fiereza que no había saboreado desde nuestros tiempos en Las Vegas. Su lengua se introdujo rápida y fuertemente en mi boca, lamiendo la mía con devastadora pasión. El mensaje quedó claro antes de que hablara.

—Te deseo —dijo en voz baja, y trazó mis labios con la punta de la lengua—. Hay una docena de personas al otro lado de estas paredes y no me importa. No puedo callarme cuando estoy follando contigo. Me oirán cuando me corra dentro de ti. Me lo notarán en la cara cuando salga. Pero me importa un bledo. Si no te la meto hasta el fondo en los próximos diez minutos, voy a volverme loco.

—Jax... —empezó a sonar mi teléfono. Lo silencié y lo solté sin importarme dónde cayera. Luego agarré a Jax por el pelo y lo sujeté mientras le comía la boca.

Me encantaba besarlo, sentir sus labios, tan firmes y sin embargo tan suaves, sus gruñidos de placer, el ansia con que me besaba... Me hacía sentir que no podía vivir sin mí.

Me agarró por la muñeca y me hizo bajar la mano hasta su polla y rodearla con los dedos. Estaba dura como una piedra y maravillosamente gruesa. Luego me hizo subir la mano hasta su pecho y me la apretó contra su corazón palpitante.

—Gia...

Perdí el control.

Nos quitamos la ropa el uno al otro, arrancándonos los botones y rasgando la tela delicada. Yo estaba ansiosa por tocarlo, mis labios y mis dientes se abalanzaban sobre cada centímetro de piel dorada que podían encontrar, mis manos tiraban y arrancaban cada trozo de tela con la que se tropezaban.

En un rincón remoto de mi mente oí vibrar mi teléfono, pero no me importó.

Tampoco a Jax. Solo pensábamos el uno en el otro mientras a nuestro alrededor todo parecía arder.

Me hizo retroceder hasta que caí sobre la cama, se quitó la camisa rota y se tumbó a mi lado. Su piel, caliente al tacto, me quemó incluso a través del sujetador y los pantalones. Besándome con fiereza, agarró uno de mis pechos y lo masajé con ansia antes de apartar la copa de encaje para tocar mi piel desnuda.

Gemí junto a su boca. Mi pezón se endureció al contacto con su mano. Luché con el botón escondido de sus pantalones de traje y gruñí cuando se puso encima de mí y me sujetó las manos.

—Tú primero —masculló. Sus hábiles dedos rodearon mi pezón, y una oleada de placer inundó mis entrañas.

Un momento después, esa boca que adoraba se posó sobre mi pecho y un calor mojado envolvió mi tierno pezón. Lamíó la punta endurecida y sus mejillas se hundieron al chuparla. Había metido la mano entre mis piernas y estaba frotando mi raja ansiosa a través de los pantalones al mismo tiempo que me provocaba restregando su erección contra mi muslo.

Su olor y su calor me envolvieron, sus manos y su boca se movieron por todo mi cuerpo. Yo quería retener parte del control, pero Jax iba demasiado deprisa, se deslizó hacia abajo antes de que pudiera detenerlo.

Clavó la mirada en mis ojos al bajarme los pantalones y las bragas de un tirón.

Me senté, me quité la blusa y me desabroché el sujetador. Mi móvil vibraba sin parar, marcando un ritmo urgente y ansioso. Jax se tumbó de espaldas y se abrió la bragueta, levantó las caderas para quitarse los pantalones y los calzoncillos y se echó encima de mí así, demasiado impaciente para desnudarse del todo.

Me abrí para él, lo rodeé con los brazos y grité su nombre cuando bajó las caderas y me metió la polla hasta la mitad.

Bajó la cabeza y gruñó junto a mi oído:

—Déjame entrar, nena.

Retorciéndome, jadeando, tiré de él. Clavé las uñas en los músculos rígidos de su espalda y tensé las piernas sobre sus muslos. Estaba cada vez más mojada, excitada por el movimiento incansable de sus caderas, por la forma en que su cuerpo buscaba frenéticamente una conexión más profunda entre nosotros. Me habría gustado que hubiera más preámbulos, pero me estaba poniendo rápidamente a punto y mi sexo succionaba el suyo con rítmicos latidos.

—Eso es —jadeó, retirándose un poco para volver a penetrarme—. Toma mi polla.

Gemí cuando me penetró más aún, sacudí las caderas para librarme de sus manos, ansiosa por combarme hacia arriba.

De repente se retiró, dejándome vacía y palpitante. Después, su boca se posó entre mis piernas y comenzó a lamerme, a rodear en círculos mi clitoris y rozar suavemente aquel vibrante manojito de nervios. Me agarré a la sábana con fuerza, arqueando la espalda. Pasé de no estar del todo lista a precipitarme en un orgasmo tan brusco que me pilló completamente desprevenida.

El calor se extendió por mi piel como una fiebre. Mi cuerpo se estremeció, sacudido por un temblor de placer. Tomé aire ansiosamente y, retorciéndome, intenté apartarme del delicioso tormento de su habilidosa lengua. Me agarró los muslos con las manos para sujetarme, obligándome a soportar las superficiales pero rapidísimas pasadas de su lengua. Aquella perversa provocación me hizo anhelar frenéticamente su polla larga y dura como el acero.

En el instante en que cambió de postura para penetrarme otra vez, lo rodeé con las piernas y me giré para colocarme encima de él. Quedó magníficamente tendido sobre la cama, excitado, enloquecido. El sudor brillaba en las duras prominencias de su abdomen y el calor bruñía sus pómulos. Su pecaminosa boca estaba todavía mojada por mi flujo y enrojecida por nuestros besos.

Dios mío, era irresistible. Y su modo de agarrarme por las caderas para atraerme hacia sí me hizo enloquecer. Ansiaba cabalgarlo, tomar lo que necesitaba, poseerlo.

Agarré su sexo y lo coloqué, manteniéndolo erguido para poder deslizarme sobre él. Estaba tan duro que se me hizo la boca agua. Miré su pene largo y grueso y me lamí los labios, deseosa de saborearlo.

—Luego —gruñó, y levantó las caderas para colocar en su sitio su ancho glande. Al sentir su calor, se me puso la piel de gallina. Estaba ardiendo, y yo me abrasaba con él.

Tiró de mí hacia abajo y gemí, tan mojada y lista por el milagro que había obrado su boca que me penetró hasta el fondo de una sola embestida, suave como la seda. Arqueé el cuello, levantó la espalda de la cama y soltó un siseo de placer entre los dientes apretados.

—Gia...

Me ardió la garganta. Saber que le estaba dando lo que necesitaba, ver cómo gozaba... No había nada que me emocionara tanto como aquello.

Se incorporó, tensando sus duros músculos, y acercó la cara a mi cuello.

—Te quiero.

—Jax... —metí los dedos entre su pelo y agarré su cabeza para mantenerlo cerca de mí.

—Quiero despegar contigo —masculló—. Marcharme lejos y mandar al diablo todo lo demás.

Me tensé alrededor de su sexo.

—¿Por cuánto tiempo?

Sus dientes se clavaron suavemente en la piel de mi cuello.

—Para siempre.

—Está bien —me puse de rodillas y dejé que se deslizara dentro de mí—. Vámonos.

Un instante después estaba tumbada de espaldas y Jax se cernía sobre mí. Su boca se había curvado en una sonrisa peligrosamente sensual.

—Primero vamos a acabar lo que hemos empezado.

—No quiero que se acabe nunca —le dije en voz baja.

Posó las manos a ambos lados de mi cara y me sostuvo la mirada. Tragó saliva y pareció que iba a decir algo. Luego, bajó la cabeza y, besándome, me lo dijo sin palabras.

Sentada en la cama, con las piernas cruzadas, vi vestirse a Jax. Estaba muy callado. Saltaba a la vista que sus pensamientos se hallaban muy lejos de allí.

—Jax...

—¿Umm? —me miró y la negrura de sus ojos fue haciéndose más nítida poco a poco, hasta que volvió por completo al presente. Sus dedos se detuvieron mientras se abotonaba la camisa—. ¿Estás bien?

A pesar del ansia con que me había penetrado, una vez dentro de mí había aminorado el ritmo. Me había hecho el amor. Despacio. Dulcemente. Como si él también quisiera recordar cómo habían sido las cosas entre nosotros en otro tiempo.

Le devolví la pregunta.

—¿Y tú?

Hinchó el pecho y lo deshinchó.

—Sí. Tengo que ocuparme de algunas cosas, pero sé lo que hay que hacer. Pero tú vas a quedarte al margen, ¿de acuerdo? Se acabó, Gia. No voy a permitir que...

Lo interrumpió un grito procedente del cuarto de estar. Los dos nos pusimos alerta al oír aquellas voces furiosas, hasta que se hicieron reconocibles.

Me puse rígida. La angustia disparó los latidos de mi corazón. Me levanté para vestirme.

—Es mi hermano.

Eché una rápida ojeada al reloj y vi que era la hora de mayor ajetreo nocturno en el Rossi. Empecé a ponerme histérica. Si Vincent se había marchado del restaurante para ir a casa de Jax, solo podía ser por un motivo.

Jax se metió los faldones de la camisa en los pantalones.

—Yo me ocupo.

—No. Es problema mío.

—Y un cuerno —se puso los mocasines y se acercó a la puerta—. Ya has tenido bastante por hoy.

—Jackson... —la puerta se cerró tras él, y me apresuré a arreglarme para estar presentable.

Vincent volvió a gritar, todavía más enfadado que antes. Para darme prisa, me puse unos pantalones de yoga y una camiseta deportiva. Salí al cuarto de estar a tiempo de ver cómo salía todo el mundo. Jax estaba junto al sofá, frotándose la barbilla, y Vincent de pie en el último peldaño que bajaba al cuarto de estar, con los puños apretados junto a los costados. Iba vestido para trabajar, con una camiseta del restaurante, y su bella cara tenía una expresión tensa y amarga.

—Vincent...

Se volvió hacia mí.

—¿Quieres explicarme por qué Deanna no para de llamarme al trabajo como una loca?

Crucé los brazos, intentando proteger mi corazón del frío de su mirada. Nunca, en toda mi vida, uno de mis hermanos me había mirado así.

—¿Te ha dicho lo que se trae entre manos?

—Es periodista, Gianna. Se dedica a escribir artículos.

—¿Eso es lo que te ha contado? Lo que está haciendo está mal.

—¿Y lo que has hecho tú está bien? —replicó, dando un paso hacia mí.

Jax también se acercó. Vincent giró la cabeza hacia él.

—Apártate, Rutledge. ¡Todo esto es culpa tuya!

Jax asintió con gesto amargo.

—Tienes razón.

Me quedé boquiabierta.

—¡Eso es mentira! Jax no tiene nada que ver con esto.

—¡Y una mierda! —estalló mi hermano—. Tú no habrías hecho algo así si no fuera por él. ¿Cómo sabías lo de las fotos?

No podía meter a Nico en aquel embrollo.

—Tengo la contraseña de tu cuenta en la nube.

Se quedó mirándome como si no me hubiera visto nunca antes.

—¿Y la has utilizado? ¿Cuánto tiempo llevas invadiendo mi intimidad?

—Solo ha sido esta noche.

—No te creo.

Aquello me llegó muy hondo y me dolió. Mucho.

—Es la verdad.

—Podrías haberme llamado. Podría haber intentado hablar con ella. No tenías que...

—No habría servido de nada —le dije, tajante—. No la habría amenazado si hubiera habido otra alternativa.

—Así que, ¿has preferido abusar de mi confianza e involucrarme sin avisarme siquiera? Me has dejado al margen, Gianna, en vez de venir a pedirme

ayuda. No es así como funciona nuestra familia y tú lo sabes —señaló a Jax con la barbilla—. Así es como se enfrenta él a las cosas, no tú.

—¡No ha habido tiempo, Vincent! —repliqué, odiándome a mí misma por el dolor que veía reflejado en su cara.

Algo precioso acababa de destruirse, y verlo desaparecer me hacía pedazos.

—Iba a decírtelo.

—Demasiado tarde —miró a Jax—. Enhorabuena. Has estropeado a la chica perfecta.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Vincent, espera! —corrí tras él, ansiosa por arreglar la primera verdadera pelea que había tenido con uno de mis hermanos. Nunca había estado tan asustada. Mi corazón latía tan deprisa que me sentía mareada.

Jax se puso delante de mí, me agarró por los hombros y me sujetó.

—Deja que yo me ocupe de esto.

Abrí la boca para protestar y entonces reparé en el moratón que iba extendiéndose por su mejilla. Me quedé paralizada por la impresión.

—¿Te ha pegado?

—No te vayas —ordenó como si no me hubiera oído, y miró la puerta cuando se cerró de un portazo al salir mi hermano—. ¿Entendido? Espera a que vuelva.

Salió detrás de Vincent.

Y casi dos semanas después me descubrí esperando todavía que volviera a casa.

Capítulo

10

—Es solo que es muy terco, nada más —Angelo meneó la cabeza y bebió un largo trago de su refresco—. Ya sabes cómo se pone Vincent.

—Te echa de menos —comentó Denise mientras echaba un montoncillo de patatas fritas sobre un chorretón de ketchup—. Prueba a llamarlo otra vez.

—Me cuelga en cuanto oye mi voz —acerqué más mi silla a la mesa para que una mujer pudiera pasar por detrás de mí. La cafetería, al lado de mi trabajo, estaba de bote en bote y habíamos tenido suerte de encontrar asiento.

—Pero gracias al identificador de llamadas —añadió Denise—, sabe que eres tú antes de contestar. Si de verdad no quisiera hablar, podría simplemente dejar que saltara el buzón de voz.

Di un mordisquito al pan de mi perrito caliente, intentando combatir mi falta de apetito. Llevaba casi dos semanas sin hablarme con Vincent, y los Rossi habían decidido por fin que ya estaba bien. Mi madre me había llamado el día anterior, y Nico esa misma noche. Angelo y Denise me habían llamado al trabajo para que comiéramos juntos. Yo tenía mis sospechas de que mi padre se presentaría a la hora de la cena.

—Gianna —Denise puso su mano sobre la mía—, pásate por el *loft* para verlo. Arregla esto. Estáis pasándolo mal los dos.

—Mejor aún —Angelo me miró a los ojos—, vuelve a casa. No deberías estar viviendo sola en el apartamento de Jackson.

Esa era la única ventaja de haberme peleado con Vincent: que así tenía una excusa para seguir en el ático a pesar de que no estuviera Jax.

—¿Jackson sigue llamándote? —preguntó Denise sin dejar de comer patatas.

Asentí.

—Todas las noches.

Me decía que me echaba de menos. Que tenía mucho trabajo y que no quería llevárselo a casa. Pero no decía nada más, lo cual me dejaba en una situación muy extraña. ¿Habíamos roto y no se atrevía a decírmelo? ¿Llamaba solo para ver si me había marchado y podía regresar?

Pero eso no explicaba por qué me hablaba como un novio que estuviera de viaje de negocios.

Angelo tensó los labios.

—Sé que no quieres oírlo, pero es lo mejor que podía pasar, Gianna. Te estaba convirtiendo en algo que no eres. Lo vuestro no podía salir bien.

Por las noches, cuando estaba sola tendida en la cama, mis pensamientos seguían ese mismo camino y llegaban a la misma conclusión. El artículo sobre la

madre de Jax no se había publicado, pero, fuera lo que fuese lo que había dicho o hecho para retirarlo en el último momento, Deanna había sido despedida por ello, y a mí me estaba costando mucho asimilarlo.

—Lo quiero —dije—. Tanto como tú quieres a Denise. Te sorprendería lo que serías capaz de hacer si alguien amenazara con hacer públicas cosas que solo le atañen a ella.

—No, no me sorprendería. Eso lo entiendo, pero el mundo de Jackson es muy distinto al tuyo y tú lo sabes. Esa no es vida para ti —insistió mi hermano, y por un momento me recordó a mi padre cuando nos daba una mala noticia.

Pasé el resto de la tarde en el trabajo pensando en lo que tenía que hacer para que mi vida privada volviera a encarrilarse. Profesionalmente, las cosas iban como la seda. Chad volvía a sentirse cómodo conmigo y trabajaba bien con Inez y David. El diseño del primer restaurante estaba decidido y las obras iban muy avanzadas. Lei seguía al tanto de todo, pero no me agobiaba. Yo seguía yendo contenta al trabajo todos los días y hacía a Jax participe de esa satisfacción. La desconfianza que había sentido anteriormente respecto a hablarle de mis asuntos laborales había desaparecido por completo. Sabía que solo quería lo mejor para mí.

Pero, en cierto modo, era todo muy raro. El lío con Deanna había fortalecido algunos aspectos de nuestra relación, y sin embargo estábamos otra vez separados. Yo no entendía por qué.

Después del trabajo, me fui al Rossi. Mi familia tenía razón: era hora de arreglar las cosas con Vincent.

Cuando llegué era la hora feliz y mi hermano estaba atendiendo la barra. Me vio enseguida y frunció el ceño un momento antes de fijar de nuevo su atención en la bebida que estaba mezclando. Nico y él tenían estilos distintos a la hora de servir una copa. Vincent no coqueteaba desvergonzadamente, pero aun así había el mismo número de chicas siguiéndolo con la mirada allá donde iba. A él le daba resultado mostrarse hosco y malhumorado.

Me senté en un taburete libre de la barra y lo miré trabajar. Había varias clientas que competían por atraer su atención, pero él estaba pendiente de mí, y yo lo sabía aunque no hubiera vuelto a dirigirme una mirada. No podía decirse lo mismo de mis padres, que no podían evitar mirarnos cada pocos minutos.

Cuando Vincent se acercó para servir una cerveza al tipo sentado a mi derecha, rompí el hielo y dije:

—Lo siento.

Respiró hondo y estiró la espalda. Luego recogió la propina de cinco dólares de la barra, tocó con los nudillos sobre la madera bruñida para dar las gracias y metió el dinero en el bote de las propinas.

—Me tomo diez minutos de descanso —le dijo a Jen, la chica que estaba atendiendo con él en la barra.

—De acuerdo —dijo ella, dedicándome una sonrisa.

Vincent se reunió conmigo al otro lado.

—Vamos al despacho —dijo, indicándome que pasara delante con un gesto impaciente.

Fue imposible no acordarme de Jax cuando entré en la oficina de la trastienda, pero procuré arrumbar aquel recuerdo y miré de frente a mi hermano.

Fui directa al grano.

—Necesito que me perdones.

Cruzó los brazos.

—Eso lo hice hace tiempo.

—¿Sí? —parpadeé entre la oleada de alegría que me hizo apoyarme contra la mesa de nuestro padre—. Entonces, ¿por qué no me hablas?

—Para castigarte. Además, no quiero oír explicaciones sobre lo que hiciste. Si para estar con Jax tienes que dejar de ser como eres, más vale que lo dejes.

—Jax no tuvo nada que ver con lo que pasó con Deanna. No sé por qué te dijo eso.

—Porque sabes que es la verdad —levantó una mano para hacerme callar—. Si no lo entiendes enseguida, me marchó: manejaste la situación como una Rutledge, no como una Rossi, y eso lo has aprendido de él.

Dejé que aquello calara en mí y luego eché una ojeada al retrato de familia que había en la pared. Finalmente, asentí con la cabeza.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo —se pasó una mano por la cabeza y luego, de pronto, me agarró y me estrechó entre sus brazos.

Empecé a llorar. No me lo esperaba, ni siquiera sabía que tenía aquel llanto contenido hasta que me vi otra vez envuelta en amor y seguridad.

Vincent soltó una maldición y me apretó aún más fuerte. Yo sabía que odiaba las lágrimas y que le costaba mucho enfrentarse a una mujer llorosa, pero no podía parar y me parecía delicioso poder dejarme ir al fin.

—Corta ya —masculló con los labios pegados a mi coronilla.

—Te echaba de menos —sollocé.

—¡Maldita sea, estaba aquí mismo!

—También echo de menos a Jax. Hace días que no lo veo.

Su pecho se hinchó bajo mi mejilla cuando exhaló un suspiro.

—Lo sé.

Me retiré, respirando entrecortadamente.

—No... sé qué hacer.

Vincent tensó la mandíbula.

—Dejar de llorar, lo primero. Y luego, dejar de preocuparte por Jax. Está intentando arreglar las cosas.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

Dio un paso atrás.

—Me lo dijo él.

Fruncí el ceño y me sequé las mejillas.

—¿Por qué te lo ha dicho a ti y a mí no?

—Porque yo soy seguramente una de las pocas personas que no va a intentar disuadirlo.

—¿Puedes ser más claro, por favor?

Soltó un bufido.

—No voy a allanarle el camino, Gianna. Es asunto suyo y, salga como salga, es él quien tiene que explicártelo.

—Me estás poniendo nerviosa, Vincent.

—Bien, te lo mereces —me rodeó los hombros con el brazo—. Tengo que volver a la barra. Voy a prepararte una copa.

—Ojalá me explicaras qué está pasando, en vez de preparármela —me choqué. Choqué contra él y se tambaleó un poco.

—Ten cuidado.

Cuando regresamos al restaurante, aflojé el paso. Reconocí al instante aquella blanquísima mata de pelo, al otro lado del local atestado de gente. Como si sintiera mi mirada clavada en él, Parker Rutledge se volvió hacia mí. Al ver que se relajaba visiblemente, comprendí que había ido a buscarme.

No pude evitar preocuparme. ¿Le había pasado algo a Jax?

—Grita si me necesitas —dijo Vincent, apretándome el hombro antes de volver a la barra.

Vi acercarse a Parker y confié en que no se me hubieran corrido el rímel y el lápiz de ojos. Me pasé las manos por la falda y lamenté no haberme pasado un momento por el aseo de señoras para arreglarme un poco. El padre de Jax vestía un traje negro con camisa azul clara y parecía listo para conquistar el mundo entero. Temía parecer derrotada.

—Gianna —me dio un breve abrazo—, esperaba poder hablar contigo.

—¿Va todo bien?

—Me temo que no. ¿Podemos hablar?

—Claro —como estaba tan serio, pregunté—: ¿No sería mejor ir al ático?

Torció los labios con fastidio.

—Jackson me dio órdenes estrictas de no molestar en casa ni en el trabajo, aunque confieso que lo hubiera hecho si esta noche no hubieras venido al Rossi.

Miré al guardaespaldas que me acompañaba a todas partes. ¿Había avisado a Parker? De todos modos, no me importaba.

Vi que mi madre me estaba mirando y señalé una mesa vacía para que

supiera que íbamos a ocuparla. Asintió con la cabeza y la tachó del diagrama de mesas libres.

—Quería hablar contigo sobre Jackson —comenzó a decir Parker tan pronto se sentó—. Está cometiendo un terrible error.

Puse las manos sobre la mesa.

—¿Cuál?

—No puede marcharse así como así. Lleva esto en la sangre. Pero, aparte de eso, tiene una responsabilidad para con este país. Tiene lo que hay que tener para modificar el mundo de una manera profunda y necesaria.

Evidentemente, Parker creía que yo estaba al corriente de lo que se traía entre manos Jax, y pensé que era preferible no sacarlo de su error. Así que saqué mis propias conclusiones y procuré no entusiasmarme demasiado con la posibilidad de que Jax estuviera pensando en dejar el negocio familiar. Por así decirlo.

—Estoy segura de que está haciendo todo lo que puede.

—No podrá afirmar eso hasta que se presente a unas elecciones.

—Ah —nunca se me había pasado por la cabeza esa posibilidad. Aquello me hizo cambiar de perspectiva, y la pequeña chispa de esperanza que había sentido se extinguió rápidamente—. No sabía que quería dedicarse a la política.

Parker se inclinó hacia mí.

—Jackson me ha contado cómo te encargaste de esa periodista. Eres todo un hallazgo, Gianna. Tienes lo que necesita mi hijo para dar el siguiente paso. Contigo a su lado, podría llegar a la Casa Blanca.

La sola idea me dejó anonadada.

—¿La Casa...? ¿Es una broma?

Se echó hacia atrás.

—¿No crees que pueda conseguirlo?

Me quedé mirándolo, asombrada por la magnitud de lo que soñaba para su hijo.

—Jackson puede hacer todo lo que se proponga. Es asombroso.

—Estoy de acuerdo.

—Mientras siga formando parte de su vida, lo apoyaré en todo lo que decida hacer —respiré hondo—, pero...

Me observó atentamente.

—¿Pero qué?

No había forma fácil de decirlo.

—¿Sabe que echa la culpa del alcoholismo de su madre a la política, al estrés de la vida pública?

Parker se enderezó bruscamente y echó los hombros hacia atrás.

—Jackson es más fuerte que ella.

Sobre eso no podía llevarle la contraria.

—Creo que soy yo quien le preocupa.

—Lo sé —convino, asintiendo enfáticamente con la cabeza—. Por eso tienes que hablar con él. Decirle que puedes afrontarlo. Conseguir que te crea.

Miré hacia la barra y me encontré con los ojos de Vincent. Su comentario de un rato antes acerca de que era una de las pocas personas que no intentarían disuadir a Jax cobró sentido de repente.

—¿Sabe dónde está?

—En Washington. Puedo llevarte allí.

Lo miré.

—Estoy lista, cuando quiera.

Esperaba acabar en la mansión de los Rutledge, pero me encontré llamando a la puerta de un apartamento en un rascacielos. Poco antes, jamás se me habría ocurrido pensar que acabaría por habituarme a viajar en jet privado, pero mi vida había cambiado mucho. Iba acostumbrándome a ella todo lo rápido que podía. Aun así, una cosa a la que jamás me acostumbraría sería a vivir sin...

—Jax —dije cuando se abrió la puerta y apareció delante de mí. Mi corazón dio un brinco. Estaba para comérselo. El traje de tres piezas que llevaba no suavizaba la apariencia hosca de su mandíbula, oscurecida por una sombra de barba, y por su pelo ligeramente largo. Su bellísima cara se veía más flaca y su mirada parecía intensamente reconcentrada.

No dijo nada: me agarró y me besó como si estuviera muerto de sed y yo fuera un vaso de agua fresca. Le rodeé el cuello con los brazos, abrí los labios para dejar que introdujera su lengua y me lamiera y gemí cuando me comió la boca con erótica ferocidad.

El nerviosismo que había sentido durante el vuelo se disipó por completo. No sabía exactamente por qué se mantenía alejado de mí, pero no era porque hubiera dejado de desearme.

Me hizo entrar en la casa, cerró la puerta de una patada y me apretó contra ella.

—Tengo que hacer una llamada, tardo un minuto —masculló junto a mis labios—. Luego voy a pasar un buen rato follándote.

Le di un golpe en el hombro.

—¿Qué demonios haces en Washington?

—Ya lo sabes, por eso estás aquí —me soltó y retrocedió—. ¿Te ha mandado Parker?

—Me ha ofrecido los medios necesarios para venir, pero he venido porque he querido.

—Al final, se dará por vencido —se apartó de mí y señaló la puerta doble que había a la izquierda—. El dormitorio está a la izquierda. Desnúdate y espérame

allí.

Su arrogancia me hizo reprimir una sonrisa. Sabía que me estaba provocando a propósito.

—Ni lo sueñes.

Me miró al llegar al escritorio del cuarto de estar. El apartamento era mucho más pequeño que el ático de Nueva York y apenas estaba amueblado. Había un sofá y una mesa baja, pero no cuadros, ni televisión. La única superficie que estaba ocupada era la del escritorio, cubierto de bolígrafos y papeles sueltos.

—Estas dos últimas semanas no he hecho otra cosa que soñar contigo —recogió su móvil y se apoyó contra la parte delantera del escritorio—. Siempre he visto en tus ojos una casa con valla de madera blanca cuando me mirabas. Estaba convencido de que no estaba hecho para eso. Pero me equivocaba. Uno de estos días, cuando estés preparada, haré realidad ese sueño para ti. Y tú me darás una niñita preciosa o dos, morenas y con el pelo rizado, como tú, y una sonrisa que me desarme.

Se me encogió el corazón.

—Jax...

Sonó su teléfono y contestó.

—Dennis... No, has oído bien, por eso quería ponermme en contacto contigo. A partir de ahora, tendrás que tratar con Parker. No, no va a ponermme al corriente. Yo lo dejo —me miró—. Voy a casarme. Sí, eso es bueno. Gracias. Buena suerte en las próximas elecciones, senador.

Lo vi colgar y dejó su teléfono en la mesa.

Cruzó los brazos.

—Todavía estás vestida.

—Yo no me acuesto con hombres prometidos —procuré estarme quieta, a pesar de que estaba eufórica. Había algo distinto en él. Algo que me recordaba al Jax al que había conocido en Las Vegas. Me gustaba. Un montón.

—Yo no he dicho que esté prometido —esbozó una sonrisa— aún. Y tampoco he dicho que quiera acostarme.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Y tú estás loca por mí.

—O loca, a secas —yo también crucé los brazos—. ¿Es aquí donde has estado?

—Principalmente.

—¿Y no podías decírmelo? —estábamos cada uno a un lado de la habitación, pero yo sentía su poderosa atracción como si estuviera tirando de mí poco a poco.

—Me prometí no volver a meterte en líos que tuvieras que resolver. Pero para eso primero tenía que despejarme el camino.

—¿Despejarlo de qué, exactamente?

—De todo, salvo de ti y de Rutledge Capital.

Me froté el pecho.

—Yo no te he pedido que hagas eso.

—No, pero había que hacerlo. Y quería darte tiempo para arreglar las cosas con tu familia y decidir si puedes perdonarme o no por haberte puesto en esa situación —se rascó la mandíbula y añadió con voz ronca—: Verte hablar con Deanna, veros a ti y a Vincent tan angustiados... Me hizo trizas, Gia. Me odié a mí mismo por haberte hecho pasar por eso.

—Ahora ya ha pasado todo. Lo hemos resuelto.

—Me alegro. Pero no habría sido la última vez —se quitó la chaqueta—. Todo ese rollo que te conté sobre ser fuerte y saber afrontar las cosas... Las célebres últimas palabras del condenado. Lo mismo le dije a mi madre la última vez que hablamos, y creo que fue eso lo que la mató. Mis palabras mataron su última esperanza de poder salvarme de esa vida que tanto odiaba.

—No —se me rompió el corazón al ver la culpa y la vergüenza que reflejaba su rostro—. No te fustigues así.

—Me lo merezco —se frotó cansinamente la nuca—. Tengo que encontrar un modo de asumirlo. Era joven. Insensato. Estaba muy pagado de mí mismo, y convencido de que mi padre era un héroe nacional. No me importaba que su ambición estuviera destruyendo a nuestra familia —me miró con vehemencia—. Eso no va a pasarnos a nosotros. Por nada del mundo renunciaría a ti otra vez. Por nada.

Tragué saliva, notando un nudo en la garganta. En ese momento, lo quería más que nunca.

—¿Ni siquiera por la Casa Blanca?

Se rio. Sus ojos oscuros brillaron, llenos de humor.

—Te ha hablado de ese sueño, ¿eh? Eso no va a pasar. Creo que Parker me mira y se engaña pensando que se está viendo en un espejo.

Pensé que tenía razón.

—No voy a vivir como quiere mi padre, Gia. Voy a vivir como debería haber vivido él. Voy a casarme con una chica encantadora de una familia estupenda, y voy a procurar que siga siendo encantadora y feliz y que se sienta a salvo. Tendremos unos cuantos niños, un par de perros y de vez en cuando haremos una barbacoa con los pesados de sus hermanos.

—¿Será suficiente diversión para ti?

—Absolutamente. Sobre todo, si luego puedo quitarte la ropa.

Me acerqué a él y puse la mano sobre su pecho. Sentía que su corazón latía, fuerte y firmemente, a través del chaleco.

—Quiero que seas feliz. No quiero que hagas sacrificios por mí de los que luego puedas arrepentirte.

Puso su mano sobre la mía y besó mi frente.

—Solo he sido feliz estando contigo. En cuanto a lo demás... Sentía que debía atenerme a lo que le había dicho a mi madre. Si no, ¿qué sentido tenía haberlo dicho y haberle causado ese dolor? Nadie podrá decir que no soy terco —añadió con una sonrisa irónica—. Es demasiado tarde para arreglar lo que le hice, pero aún puedo evitar cometer el mismo error contigo.

Cerré los ojos y me apoyé en él. Hablaba de vallas de madera y de hijos, pero ¿se daba cuenta de que era su franqueza lo que me ataba a él mucho más de lo que me ataría cualquier posible voto matrimonial?

—Te quiero.

Esbozó una sonrisa sobre mi piel.

—Lo sé. Y después de esto nunca volveré a dudarlo.

—A tu padre le va a costar mucho dejarte marchar —le advertí, echándome hacia atrás para mirarlo.

Se encogió de hombros, pero tensó la mandíbula con determinación.

—Mientras no me dejes marchar tú...

—Descuida —me puse de puntillas, mordisqueé su labio inferior y sonreí al oír que gruñía—. Yo también soy muy terca.

Epílogo

—Tengo que estar diciéndome constantemente a mí misma que es real —dije, mirando a Lei.

Sonrí y entrechocó su copa de champán con la mía.

—Tan real como ese enorme pedrusco que llevas en el dedo.

Como hacía varios cientos de veces al día, extendí la mano para admirar el anillo de compromiso que me había regalado Jax, adornado con una esmeralda de cinco quilates. Su declaración había sido el momento más emocionante de mi vida, aunque la inauguración del primer restaurante Trifecta no le iba muy a la zaga.

Bajé el brazo y fijé mi atención en los tres cocineros que eran los protagonistas de la fiesta. Chad, David e Inez parecían perfectamente compenetrados mientras hablaban con los importantes personajes a los que se había invitado a la exclusiva inauguración del local de Atlanta.

—Chad está guapísimo —comenté innecesariamente. A fin de cuentas, Lei era una mujer fogosa. Sabía reconocer a un espécimen de primera a primera vista—. Estoy muy orgullosa de él.

—Yo estoy orgullosa de ti —repuso—. No estaríamos aquí si no fuera por tu dedicación y tu esfuerzo.

—Gracias por darme la oportunidad —ver su sonrisa me produjo un intenso hormigueo de satisfacción. Una chapita con el logo de Trifecta adornaba su largo y estrecho vestido rojo. Con el pelo suelto y los ojos brillantes, parecía joven y vital.

—Me da pena ella —murmuró, señalando discretamente con la barbilla.

Seguí la dirección de su mirada y vi a Stacy Williams merodeando por los márgenes de la fiesta, con la mirada fija en su hermano.

—Quisiera saber cuándo abrirá su primer restaurante.

—Buena pregunta. No he oído nada aún.

La guapa pelirroja no parecía muy contenta. Yo no sabía si era porque su hermano había sido el primero en independizarse o porque Ian estaba pasando la velada junto a Isabelle. Al parece, Ian tenía una nueva favorita.

—¿No te molesta que esté aquí? —pregunté, escudriñando la habitación hasta que vi a Jax hablando con el presentador de un programa culinario de televisión. Respiré hondo y disfruté mirando a mi hombre, cuya presencia seguía impactándome a pesar de que llevábamos meses viviendo juntos. Llevaba un elegante jersey negro y pantalones de vestir, y yo estaba deseando quitarle ambas cosas un par de horas después.

Me sorprendió mirándolo y me guiñó un ojo.

—¿Quién, Ian? —Lei negó con la cabeza—. Me habría sorprendido que no viniera. Deberías ir a saludarlo.

—¿Tú no vas a hacerlo?

Sonrió.

—Cuando se humille y venga él, sí. Incluso le ofreceré una copa. Es lo menos que puedo hacer.

Levanté mi copa en un brindis de despedida, seguí su consejo y me mezclé con los invitados. Los altavoces ocultos vertían ecléctica música de fusión como un reflejo sonoro de la carta del restaurante. Los platos estaban cosechando críticas excelentes y había euforia en el ambiente. Inaugurar un nuevo restaurante siempre era una ocasión trascendental. Al igual que Lei, yo vivía para aquella emoción.

Pronto Vincent abriría su propio restaurante. Había tantas cosas que celebrar... La vida era cada día mejor.

—Enhorabuena, Gianna. Esto es todo un logro.

Me detuve y miré a Ian Pembry. Mi madre lo habría calificado de «espectacular». A mí me parecía impresionante. Poseía un carisma innegable.

—Gracias —dije, tendiéndole la mano—. Les transmitiré tu enhorabuena a los chefs.

Besó mis nudillos con sus labios secos y firmes.

—Sé muy bien cuánto trabajo requiere un lanzamiento con tanto éxito como este. Acepta los elogios: te los mereces.

Incliné la cabeza, agradecida.

—No podría haberlo hecho sin Lei. Es una maestra excelente.

Los ojos azules de Ian brillaron, divertidos, y apretó mi mano antes de soltarla.

—Quizá te sorprenda lo que serías capaz de hacer sin Lei. Cuando estés lista para dar ese paso, avísame.

Me pensé un momento si morderme la lengua. Luego dije:

—Echaste a perder lo vuestro, ¿sabes? Ella te quería.

Su semblante se endureció, pero antes de que pudiera contestar fijó la mirada en un punto más allá de mi hombro. Cuando un brazo fuerte y firme rodeó mi cintura, comprendí a quién estaba mirando.

—Jackson —dijo Ian con voz crispada—, he oído que tú también estás de enhorabuena.

Jax me apretó contra su costado.

—Soy un hombre afortunado al que han dado una segunda oportunidad.

Sus palabras enlazaban tan limpiamente con lo que yo acababa de decir, que miré a Ian levantando una ceja. Ian respondió con una tensa sonrisa.

Jax nos excusó y me alejó de allí, agarrándome por la cadera de un modo que agitó ideas apasionadas dentro de mi cabeza.

—He conseguido que nos den la misma habitación en la que dormiste la última vez que estuvimos juntos aquí.

Recordaba bien aquel viaje. Había sido un punto de inflexión para nosotros. El principio del fin que desencadenaba un nuevo comienzo.

—¿Te estás poniendo sentimental? —bromeé, deteniéndome para mirarlo.

—Sigo esforzándome por reparar pasados errores.

—¿Ah, sí? ¿Cuál fue el error en este caso?

Pasó la punta de un dedo por el puente de mi nariz y dejó ver su hoyuelo. De pronto sentí que se me aflojaban las rodillas.

—Dejarte desnuda y excitada. Eso tengo que arreglarlo, nena.

—Creo que me has dejado colgada más de una vez. Quizá debería llevar una lista.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Desde luego que sí.

—Puede que sea muy larga —le advertí, pensando en todas las veces en que me había excitado y luego me había hecho esperar hasta que había estado a punto de volverme loca.

Agarró mi mano y jugueteó con mi anillo.

—Por suerte tenemos mucho tiempo por delante.

Una vida entera. Quizá bastara con eso.



SYLVIA DAY, escritora americana, es conocida principalmente por sus obras dedicadas al género romántico, donde ha destacado en el romance contemporáneo, el histórico y el paranormal.

A lo largo de su carrera ha recibido varios premios y ha sido nominada en varias ocasiones al prestigioso RITA, siendo *No te escondo nada*, novela en la que introduce fuertes dosis de erotismo, su libro más conocido a nivel internacional.